

CRUZ Y CLAVELES



R. 41743

Juan F. Muñoz y Pabón, Pbro.



4
350

CRUZ Y CLAVELES



SEVILLA

IMP. Y LIB. DE SOBRINO DE IZQUIERDO

FRANCOS, 43—47

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito del número de ejemplares que marca la Ley.

AL EXCMO. E ILMO. SR. DEÁN Y CABIL-
DO DE LA SANTA METROPOLITANA Y
PATRIARCAL IGLESIA DE SEVILLA.

En el libro de mi vida, incolora, vulgar e insignificante donde las haya, hay una página que dice así:

CABILDO METROPOLITANO
DE
SEVILLA

En la sesión que celebró este Cabildo el lunes 12 del corriente fué leída la siguiente moción:

«Excmo. Sr.: Los Capitulares que subscriben, inspirados en nobles y delicados sentimientos, y movidos principalmente por el de sincero y muy legítimo afecto fraternal, tienen el honor de someter a la discreta deliberación y justo fallo de V. E. la siguiente moción.—No es desconocida para el Excmo. Cabildo Catedral de Sevilla, la intensa y meritoria la-

bor que en el campo de la buena literatura viene realizando, desde hace ya no pocos años, su M. I. Canónigo Lectoral, el Sr. D. Juan Francisco Muñoz y Pabón, de cuya fecunda y castiza pluma han brotado, en prosa unos y en versos otros, multitud de bellísimos trabajos literarios, que, recibidos por la opinión con generales aplausos, y juzgados muy favorablemente por la crítica, habían ya granjeado, en justicia, a su autor un respetable puesto en la república de las letras. Y tampoco ignorará Vuestra E. que con ocasión de las últimas producciones literarias del Sr. Muñoz y Pabón, se han desbordado, por decirlo así, la admiración y entusiasmo público, y, objeto hoy de los más fervorosos ditirambos por parte de la prensa periodística y de insignes literatos, ha venido a consagrar sus triunfos el desusado cuanto significativo y valioso honor que acaba de dispensarle el Cabildo Secular de nuestra Ciudad, acordando, por el voto unánime de sus municipales, felicitar oficialmente, como lo ha hecho, a tan inspirado cantor de las glorias

sevillanas. Pues bien, Excmo. Señor: ante esas espontáneas cuanto generales manifestaciones, que, si honran grandemente al Sr. Lectoral de nuestra Basílica, ceden también, y no poco, en honor de la Corporación a que pertenece, los Capitulares que abajo firman creen llegada la hora (no tardía, como alguien pudiera sospechar, pues la más elemental prudencia aconseja y dicta que las alabanzas de los propios, si han de estar autorizadas, deben ir siempre precedidas por las de los extraños), la hora decimos, de pedir, como pedimos, a nuestro Excmo. Cabildo Eclesiástico. que asociándose a lo que llamar pudiéramos «plebiscito en honor de nuestro Canónigo Lectoral», se sirva acordar y hacer constar en sus actas capitulares: 1.º Que se complace y aun gloria de contar en su seno y como uno de sus más ilustres miembros a literato de tan justo renombre: y 2.º Que con el más sincero y fervoroso entusiasmo le felicita por los laureles que viene cosechando, animándole a la vez a que continúe sus beneméritas campañas

en forma tal, que siempre se traduzcan en gloria de Dios Ntro. Señor, esplendor de su bendita Religión y honor y prez de sus ministros. Tales, Sr. Excmo., la petición que respetuosamente nos permitimos elevarle. V. E. en su ilustrado y recto criterio, se servirá acordar lo que mejor proceda. Sala Capitular, 12 de Agosto de 1918.—Luciano Rivas. Bartolomé Romero Gago. Jose Holgado, >

Terminada su lectura, el Cabildo acordó por unanimidad hacerla suya, que se consignase íntegramente en sus actas y que por el infrascrito se enviase oficio a V. S. dándole conocimiento de ella y del acuerdo tomado. Lo que por el presente tengo el honor de hacer. Dios guarde a V. S. muchos años. Sevilla, 14 de Agosto de 1918.

JOSÉ HOLGADO.

Canónigo Secretario.

M. I. Sr. D. Juan Francisco Muñoz y Pabón,
Canónigo Lectoral de esta Santa Iglesia Metropolitana.

Creyéndome en el deber de la más elemental cortesía de contestar correspondiendo a tan inmerecido honor, contesté lo que sigue, rebosando mi alma bien nacida, de honrada gratitud.

«Dios, que ve como en un libro abierto en lo más recóndito y arcano de la conciencia humana, sabe todo lo indigno que yo me reconozco del acuerdo que el fraternal amor y caridad evangélica de V. E. para conmigo le han hecho adoptar en la sesión capitular del doce del corriente y del que con fecha de ayer se me libra oficio por esa Secretaría. Tan excesivo y fuera de lo justo me parece el galardón que se me otorga, que, lejos de enorgullecerme y vanagloriarme de él, me humilla y hasta me avergüenza... Yo soy quien tiene que honrarse, y mucho, de pertenecer al Cabildo de la Iglesia primera de las Españas, y Madre y Maestra de las del Nuevo Mundo, y no el glorioso Senado a que pertenecieron en lo antiguo los Loaisas, los Pachecos y los Nicolás Antonio y ayer, como quien dice, los Cayetanos Fernán-

dez y los Servandos Arbolí (por no citar otros) quien tenga por qué honrarse de contar en su seno tan insignificante criatura. Nada soy en este mundo. Pero si por inescrutables dèsignios de la Divina Providencia, sin la que ni siquiera se mueve la hoja del árbol, algo suena mi nombre por ahí, a mi Santa Madre la Iglesia Hispalense, de la que sois dignísimo Senado, se lo debo: a su Seminario, mi única escuela, y a sus sapientísimos profesores, mis únicos maestros. Reciba el único de ellos que sobrevive, nuestro hermano, el M. I. Señor Don Modesto Abín y Pinedo, a quien amo y venero como a una reliquia, reciba—repito— para sí y en representación de los demás, el rendido homenaje de mi filial respeto y de mi acendrada gratitud de discípulo. Ni puedo dejar de rendir tributo de amor, al llegar a este punto, a la santa memoria del Emmo. y Reverendísimo Sr. Cardenal Spínola, cuyo paternal consejo me hizo darme a las letras. Obispo era de Málaga, cuando fui a leerle mi primera obrecilla. La oyó con aquella pacienzuda manse-

dumbre, que era la nota característica de su fisonomía de santo y me dijo al acabar la lectura:—A seguir escribiendo, y que ésta no sea su única obra... Ni se contente sólo con ser aficionado. Hágase profesional. Teólogos y canonistas, patrólogos y exégetas, tenemos muchos. Filósofos y naturalistas, tampoco nos faltan. De literatos es de lo que andamos escasillos y es lástima que se nos acabe la semilla. Quizá, y sin quizá, no sea la amena literatura el camino más apropiado para ir a la conquista de las almas. Deje Vd. que otros vayan en busca de ellas, y encárguese Vd. de entretenerlas agradablemente, para que no se nos vayan al otro campo: *ne vadas in alterum agrum ad colligendum*. La Iglesia—prosiguió—es una casa muy grande y de muchos y muy variados intereses, y debe tener de todo. ¿No ve Vd. la Casa X?.. El uno, en el escritorio, al frente de los negocios navieros... El otro, en el cortijo, al cuidado del campo y de la ganadería... Aquél, al comercio. Esto-tro, a la política... Lo que no puede un solohombre, lo puede la Casa X, Her-

manos. Acuérdesese si no de la casa de los Médicis. Así debe ser la Iglesia. Por eso,—terminó—los jesuítas son lo que son, Porque son muchos, y cada uno hace aquello para lo que parece que ha nacido. Siga Vd. escribiendo. —Y eso he hecho, Excmo. Señor, durante más de un cuarto de siglo, en los ratos de vagar que me han dejado mis nunca desatendidas obligaciones, de párroco primeramente, de capitular después, y de profesor asiduo al desempeño de su cátedra siempre: hacer amena literatura, como hubiera podido pasear, conversar con amigos o entretener mis ocios en cualquier otro honesto esparcimiento. Una vez puesto a escribir para llenar mi misión de entretener, he procurado siempre escribir a lo humano, a fin de hacerme leer, ya que no con delectación, siquiera sin fatiga por la gente de mundo y hacer por que la heterogénea muchedumbre de mis lectores no tenga que ir por amenidad «al otro campo». Quizás esta mi labor merezca la estimación particular y el aplauso privado de los lectores... El acuerdo capitular de V. E., creo

lealmente que no. *Deus scit quia non mentior*. Llena el alma, sin embargo, de reconocimiento a la mucha dignación de V. E. para conmigo, rindo al Excmo. Cabildo las más humildes gracias, tanto más expresivas y sinceras, cuanto por más indigno me tengo y reconozco. Dios guarde a V. E. muchos años. Sevilla, día de la Asunción de Nuestra Señora, de 1918.

JUAN F. MUÑOZ PABÓN,
Canónigo Lectoral de esta S. I.

Excmo. Sr. Deán y Cabildo de esta S. M.
 y P. Iglesia. >

Y porque ni aun así creo, Excmo. Señor, saldada mi cuenta de gratitud con V. E. Ilustrísima, es por lo que, al dar hoy a la estampa estas siluetas de tipos de nuestras calles—estos girones de nuestra vida, como effluvios del ambiente de nuestras costumbres, latidos de nuestro corazón y vibraciones de nuestra alma de creyentes—me creo en el

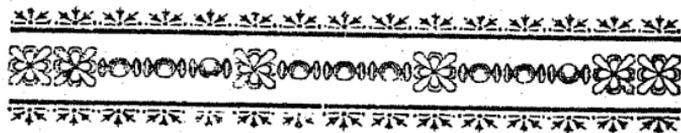
deber de justicia de poner la humilde ofrenda de este librejo a los pies de mi Cabildo ...claro que con el natural rubor del que, debiendo ofrecer un ramo de flores, no tiene en su jardín más que bravíos escaramujos e incultos jaramagos.

De V. E. Ilma. agradecido servidor y reverente hermano,

EL LECTORAL.

Sevilla, fiesta de San José, del año de Cristo de 1920.





Deuda flotante

—¡Chiquillo, qué sermonazos los que está haciendo todas las noches el predicador de la novena del Gran Poder!... ¡Lo que es el de anoche estuvo para chillarlo!... ¡¡Sencillamente estupendo!! Por cierto que no te he visto este año por allí.

—No: no he ido.

—¡Pues tú eres un sermonero, de los que no pierden uno!

—Sí, que me ha gustado siempre la oratoria.

—Pues créete que es un dolor que te estés dejando escapar unos sermones tan her-

mosísimos. Esta noche va a hablar de la influencia de Jesucristo en el arte, y debes ir a oírlo. ¿Quieres que venga por tí y nos vamos juntos?

—No te molestes, Gracias.

—Pero ¿qué molestia cabe, cuando tengo que pasar por la puerta?

—No, Pepe, no: ¡yo no puedo entrar decentemente en San Lorenzo!

—¿Que no puedes entrar decentemente en San Lorenzo?

—¡Pero en ninguna parte donde esté el Señor del Gran Poder!

—¡Me dejas estupefacto!

—Pues sal de tu estupefacción... ¡Aún no estoy tan degradado ni tan envilecido, que no se me caiga la cara de vergüenza cuando veo al Señor del Gran Poder!

—Pues, hijo: lejos de salir de mi estupefacción, cada vez me hundo más en ella... De modo que, o te explicas de una vez, o déjame en mi estupefacción por vitalicio... ¿Vergüenza del Señor del Gran Poder, y tú, tan devoto suyo?...

—¿Ves estas lágrimas... ¡lágrimas en un hombre de veintidós años, con más bigotes

que un guardia civil renganchado!?. Pues ellas te dirán todo lo que yo quiero a mi Señor del Gran Poder y lo que siento el estado de relaciones a que hemos venido a parar... ¡Con todo lo que yo te quiero, Padre mío! (Llora.)

.....
¡Soy muy desgraciado, Pepel! ¡Pero muy desgraciado!! Mi vida es un remedo de la del judío errante... Mi sino es un perpetuo huir de tantísimo «inglés» como pulula en la atmósfera en que me muevo... Me habéis puesto los compañeros «La Deuda flotante» y habéis estado inspirados... Le debo al sastre el paletot de este invierno... la vuelta del terno de primavera, ¡y hasta «la ida», Pepel! La ida, o sea el terno mismo, cuando me lo hizo la primavera pasada. El de invierno lo escamoteé con el abrigo, aunque me mandaron el dinero.

Yo le debo al zapatero las botas que tengo puestas... y las que me quité, cuando me puse las que llevo. Yo le debo al «fumista» el sombrero mascota de este otoño, amén el de paja del verano pasado... cuyo dinero me «fumé», para no ser menos que

mi acreedor. Yo le debo a la pupilera todo lo que va de curso, más setenta reales que me prestó para irme de vacaciones.

En la cervecería me han dicho que «de verano», y eso que estamos en Diciembre, y en el café que «por lo proveído», no me proveen más... ¡Soy muy desgraciado, Pepe!...

Esa Amparo me trae de cabeza, y esa madre me trae de coronilla: pues no he visto ni novia más decente, para todo lo que no sea pedir, como ni más indecente ni más gañote, para pedirle a uno hasta... consejos espirituales, si a mano viene, ni suegra más aficionada a pasteles, a gambas, a bombones, a castañas tostadas y a todo lo que tú veas en este mundo... Porque, para gustarle, hasta le gustan los calentitos a rabiarse y se los come por metros lineales, como si fueran... ¡lo que son, después de todo! cordeles para mi garganta.

¡Todito lo que me mandan de casa se lo engullen entre las dos! Y lo que no les entra por el gañote tiene que entrarles por los ojos: porque ellas «cine»... ellas, zarzuela... ellas, verso... ellas, ópera... ellas,

tranvía a todo pasto, porque con el maldito reuma de la madre, no da un paso si la majan, y ellas, en fin, hasta coche el día de la Purísima, para ir al paseo, que me dejó más pegado a la pared que el zócalo de azulejos del zaguán...

¿Querrás creer que hasta el empaste de una muela, ¡yo, que no empasto ni los libros!, se me ha pegado a las costillas? — Me da fatiga, ¿sabe usted? — esta es la martingala que se trae la madre —; pero. como donde hay caballeros no pagan señoras... —

Y esto, todos los días, y esto, todas las noches, y esto, todas las tardes, y esto, todas las madrugadas. Y empeñe usted hoy el reloj, y venda usted mañana la cadena, y el alfiler de corbata, y los libros de texto... o líese usted la manta a la cabeza y tírese usted al río... ¡¡Soy muy desgraciado, Pe-pell!... ¡Voy a morir «de amor» y «víctima del deber»!

—Bueno: morirás de amor... o de calzonazos y víctima del deber o de la gorronería de doña Julia y de Amparito. Pero la capa que aquí no parece por ningún lado

es tu estado de relaciones, como tú dices, con el Señor del Gran Poder.

—¡¡Padre mío de mi alma, que no me acostumbro con otro, nada más que contigo!!

—Pues como no te expliques...

—Allá va, hombre: allá va. Tú sabes lo que el Señor del Gran Poder ha sido siempre para mi casa... La devoción de mi padre, el amor de mi madre... ¡la locura, en una palabra, de toda la familia! ¡Con decirte que lo primero que rompió marcha para el pueblo cuando nos tuvimos que establecer allí por el destino de mi padre, fué la urna con el Señor del Gran Poder!...

Pues yo, todos mis apuros, al Señor... Mis penas y amarguras, al Señor... Hasta mis alegrías tenía que contárselas al Señor. ¡Con decirte que la noche que me declaré a Amparo y me dijo que sí, le eché un duro en el cepillo y le llevé un manojo de claveles!... ¡¡Padre mío!!

Desde entonces, hermanito, ¡ni un perro gordo le he podido dar!... Con esta particularidad, que hasta me quita el sueño: que le debo lo menos treinta Misas... ¡trein-

ta Misas, que se dicen de una vez!... Es decir: que no se dicen nunca, por causa de esas mujeres condenadas.

Tres, porque no me catearan en «Civil»... otras tres, porque me aprobaran en «Político y Administrativo»... las tres del «Canónico» me lo ahorré, porque me catearon, como sabes... Unas pocas (me parece que son diez), porque mi padre no se enterase, el año que me fumé la matrícula, y otro chaparrón de ellas, para que no me formaran consejo de disciplina cuando lo del abucheo del rector... ¡mi vida entera de apuros, de los que, aparte cuatro calabacillas inevitables, siempre me ha sacado en palmas mi Jesús del Gran Poder!

Pues dime tú, con qué cara me presento yo en San Lorenzo con un trampazo tan enorme... ¡Y con lo que yo te quiero, Padre mío!

He procurado hacerme devoto del Señor de Pasión que tan hermosísimo es y que tanto me gusta... Pero no me acostumbro. Mi Señor, es *mi Señor* y nada más, y lo será mientras yo viva.

¡Ojalá tropezára por ahí con un confesor

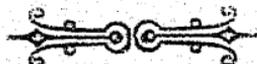
que me quisiera conmutar las Misas, aunque fuera por ir de cargador debajo del paso! Créete que lo hacía, por reconciliarme con él... Mientras viva esa doña Julia, o no pierda el estómago, imposible de todo punto que yo fragüe un cuarto... Las amigas le han puesto Tragayernos.

A mí hasta se me había ocurrido hacerle otra promesa de las gordas al Señor, para que esa condenada mujer aborrezca las chucherías y los espectáculos. Pero, sabiendo el Señor cómo las gasto, ¿qué me va a conceder en este mundo?

¡Soy muy desgraciado, Pepe! El que me puso «Deuda flotante»

Bien me supo poner nombre.

¡Mira que estar entrampado hasta con el Señor del Gran Poder!...





Turismo

I

Conque ámate, y no seas tonta... ¡Un día de vía es vía... Nos alevantamo mu tempranito. Nos llevamo un jornazo cá una pa armorzá por er camino, y pa dí y vení to er día, cá ve que nos dé jambre... Nos echa-mo... po lo meno, lo meno, dos... o tres rea-le en la barciquera, pa si se nos ofrece un raso e agua, que se nos tiene que ofrecé, y a poco más de hora y media, diéndono pr la trocha, estamo en aquer Sevilla ¡en auer Sevilla! y cogiendo por punta er Jue-veSanto... ¡Casi ná!

¿ú no te pué figurá lo bonito que es la bendición der santolio en la Catedrá, y lo que trabajan aquellos cuerpo, jasta que arreatan... Primero le dan un repaso, y

alospué otro, cantándole prefacio y echándole vajío. Yo, es que me jarté de llorá, pensando en quién sería el infelí que le iba a tocá estrenarlo...

Y alospué er morumento, ¡que eso sí que no hay lengua en er mundo que lo explique! ¡Con decirte que tiene tantas lámpara, como días tiene el año, y que hay una piara de hombre en la zotea, na ma que echando cubos e agua, pa que no sargan ardiendo la bóveda, de tantísimas vela y re-tantísimos cirio como tiene encendíos!...

Po aluego, la visita de sagrario, en tititas las parroquias y convento; que, si uno es güeno y está con lujo, el otro es mejón, porque es cosa que parece que están en competencia; y no como aquí, que na más que uno, y pa eso, más probe que las rata..

Po no te quió decí ná der lavatorio, porque es que jasta me puse mala de llorá.. ¡Figúrate tú! ¡Un señó arzobispo!... ¡con er mérito tan reatró que tiene un arzobispo, lavándole los piés á doce infelice, jincao en aquer santo suelo, piéndole perdón, después de haberles dao de comé en su mesa!. Lo que a mí no me gustó es que cantáran el

Evangelio a media tarde... ¡Viví pa vé!...

Po ¡y aquellas cofradías por aquellas calle, con tó, tó, tó a lo vivo, endeje que er Señor entró en Jerusalén (lo cuá que iba escarranchao en una borriquita y le recé un creor Señor como es naturá, y a la borriquita no sabía qué rezarle y la espaché con un quiencantimpace)... Po güeno: endeje que er Señor entró en Jerusalén, jasta que lo bajan de la crú los Santos Varone y se lo ponen a la Virgen en los brazo, ¡que no sé cómo hay corazone que puean resestí una inquisición tan regrandísima!... (Llora).

Po ¡ande me dejás tú tititos los dañinos de Su Majestá: Herode... Pilato... los judío ¡que en diciendo judío se dice tó! judiqueando con é, si tienen que judiqueá los mú malos centro, que lo que toca yo no los subía en «pasos», ni los sacaba en procesione, como si fuán imágene, y ¡¡armírate!! jasta con capas e terciopelo, con cá bollo de oro como media jogaza, que ¡miá tú que doló: nuestra Virgen de los Dolore, con un manto liso, y aquellos mardecíos con retantísimo lujol...

Po ¡y los armao, hermanita, que son sor-

daos de carne y güeso como nosotra... na má que tiene que vení de Roma ¡de Roma! tos los años... lo cuá que por eso le dicen los sordaos romano... que rejastallí lo bonita que tienen las vestimenta... como que basta de media ve que esté allí er Papa?...

Po lo víamos tó, de punta a cabo, que pa eso tenemos güenos pié, y, si no estábamo mu cansá, emparmábamo 'er Jueve con er Vierne, y nos traiamo edentro der cuerpo jasta la Soledá de San Lorenzo.

Yo, media ocena e güevos tengo arrecogía: dos, pa er jornazo, y cuatro, para venderlo y llevarse una a la mano, pa cuarquié necesidá que le puea a una ocurri. Una mala noche se pasa de cuarquier manera, y con las cofradías e madrugá tiene una pa está entretenía y que se le pase la noche en un soplí. ¡Te digo que son pa vería!...

Conque ámate y no seas tonta, que la ocasión la pintan carva. ¡Ya quisieran más e cuatro tené nuestros posible y estar tan esobligá como nosotra, que no tenemo que ve en er mundo, na má que con er que gobierna los enubleao!

Ahora: que son días de mucho lujo, y no

es cosa de dí de cualisquíe manera. Así es que nuestras güenas botas nuevas es lo primero que tiene que dí polante. Nuestrs vestíos e coco negro... nuestros güenos mantones e merino... y nuestro güen pañuelo de sea a la cabeza. ¡Po no que no!

Lo cuá que me pienso llevá mi abanico de talle arto, porque ya jace caló, y aunque no lo jaga, un abanico da mucho señorío, y mi rosario engarzao en plata, de «azabache negro», pa en la visita de los sagrario no tené que rezá con los deos, como los moro.

De moo que anímate, que me vas a tené que mentá. ¡A bien que no tenemos marío a quien peirle permiso, ni hijos que nos pían cuenta!... ¡Un día de vía es vía!

II

¡Que no pueo má, hermanita de mi arma: que no pueo má! Yo creí que Sevilla era más chica, y no estas caminatas tan reatrocísima. Er viaje de la Macarena a San Jacinto, pa compará palio con palio, y aluego er de San Jacinto otra ve a la Macarena, pa compará manto con manto, me ha dejao pa

no sé mujé en lo que me quea de vía. Y si es la hora y media de plantón en la plaza e San Lorenzo, pa cogé güen sitio y ve salí ar Señó der Gran Podé, es que me ha dao la puntilla, como a los toro... Yo estoy ya mú cascá, y mú trabajá (porque hay que vé lo que yo he trabajao en este mundo) y es que estoy rengaíta, ¡rengaíta! y con una sobaúra en cá pié, der reondé de un duro colunario.

De moo, hermanita, que ni er Señó pasó de la crú, ni yo paso de aquí. Yo me siento en este lumbrá de esta puerta y me quito er carzao, pa que se me refresquen estos pié, que los tengo jecho porvo; y, si no vemos las otras de madrugá, bastante himos visto, pa la edá que tenemos. ¡Esto es pa caballos y burras, y no pa mujeres cristiana! ¡Miá que de San Bernardo ar Patrocinio, pa ve cuá Señó era más bonito, y der Museo a la Trinidad, a ve cuá paso va más bien puesto, tiene andaúra! ¡Y con unas botas nuevas estrenándola!... ¡Tonta, retonta yo, que no me vine con las arpargata!...

Asín pues, já tú lo que quiera, que libre ere. Pero lo que toca yo, me siento más sen-

tá que una partía de bautismo, y de aquí no me alevantan ni con una garrocha...

—Po hija: ande va el Rey va la corte. No quió que tengas que decí que te he traído a Sevilla, pa alospué darte de lao. Lo que sea de una que sea de la otra... ¡Echate un poco pa allá, y me escarzaré tamién!... ¡Ha sío mucho andá en veinticuatro hora, que jace que salimo!!

—¡Po un año, de los bisiesto me parece a mí!...

III

—¡No seas bromista!

—¡Déjame!

—¡No andes con tontería, no andes con tontería! ¡No es día un Viernes Santo, pa andá con burlas e Carnavá!

—Mujé; déjame un ratito, siquiá que lo escabece.. ¿Tú ves? por eso no quería yo que nos sentáramo... Porque se enfria una y es peó...

—Güeno: ¡trae pa acá las bota, que tengo los pies helao!

—¡Miá la que no quiere chanzal!... ¡Arza, dame las mía!...

—¿No oyes tú que me las dé?

—¿No oyes tú que la que tiene que dár-mela a mí eres tú, pero mu pronto?...

—¡Amos a ve, amos a ve, si arrematamo la fiesta en pa!

—¡Eso mismo digo yo! De moo que ya estás en pié, a ve ánde te la has guardao!

—¡Quien se va a poné en pié ahora mismo, eres tú, y a quitarte er mantón, a ve que va aquí jugao!... ¡Arza, alevántate!

— Po hija: ¡míralo!... ¡Arregístrame si quieres!

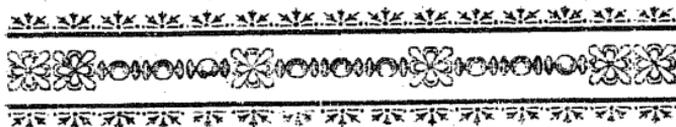
—¿Pontonce? ???

—Po... algún hijo de su madre y de su padre, que nos ha visto dormías, y nos ha dejao ¡más escarzas que er Señor!

—¡Y con dos sobauras, Madre mía!

—¡Y sin dinero, ni pa unos arpargate!





Culto interno.

En el argot cofradiero de Sevilla hay un algo que se llama *culto interno*. ¿La razón? Allá va.

Culto, y verdadero culto de Dios y a la Sagradas Imágenes la pública ostentación de piedad que supone la «Salida de Cofradía», todo lo demás que no sea esto es denominado «culto interno» por aquí. O sea: el novenario, quinario o triduo al Señor, y el septenario doloroso a la Santísima Virgen... el jubileo circular de las cuarenta horas, que tienen a su costa todas las Hermandades... los ejercicios de pasión de todos los viernes... la adoración al Santísimo en la parroquia de Santa Cruz, durante el triduo de Carnaval...

y, sobre todo: la «Función de Instituto», donde se tira la casa por la ventana.

Para ello cuenta cada Hermandad con un altar portátil, que llega a las nubes; con una numerosísima candelería, donde arde un pinar de cera; una colección de lámparas o de arañas que han costado un sentido, y hasta con un paño de púlpito de su propiedad exclusiva, claro que con su escudo, bordado en medio. ¡Pues no que no!

Rara es la de ellas que no cuenta con una «Misa» propia, a gran orquesta, obra, bien de un cofrade aficionado, bien de un maestro de universal renombre, como Feo, Noriega, García de Torres, Eslava... con su gran «*Christus factus est*» para entre la Epístola y el Evangelio... su motote eucarístico para después de «alzar» y su «alabado», repompeado y electista, para el momento de la «reserva».

Día es el de la «Función Principal» en que se saca la levita de vestir y la chistera... el alfiler de corbata del casamiento y la botonadura de perlas o brillantes... claro está que por el que lo tiene. Pero, si no la levita, el «terno nuevo», no sólo porque es el

día más solemne del cofrade, sino porque hay que subir al presbiterio, a «la protesta- ción de fe», y no es cosa de subir, como usted comprenderá, con un trapo atrás y otro *alante*.

¡La protesta- ción de fe! ¡he aquí lo más hermoso que hacen en todo el año cofra- dierc *todas* las Cofradías de Sevilla!

Ha terminado el credo de la misa. La Hermandad, toda de pié, con las varas y demás «insignias» en la mano cuantos ejer- cen cargo o prelación, y sin varas los restan- tes, escucha la protesta- ción de fe católica— en que entra de reglamento la confesión del dogma netamente sevillano (siquiera sea hoy universal) de la Concepción Inmacula- da de la Virgen—, que lee en alta voz y en tono declamatorio el secretario. En- tonces se sienta el preste, con los mi- nistros de altar, en los sillones del pres- biterio, sosteniendo en el regazo el li- bro de la Regla, mientras sostiene el diá- cono el libro del Evangelio. Y, de uno en uno los caporales, portando su in- signia, y de dos en dos los otros, hélos ha- cer genuflexión en la grada... genuflexión

en el plano... genuflexión ante el preste, para hacer su juramento con la mano sobre los Evangelios, y los labios en las sagradas Imágenes, pintadas en la Regla... y tornar a los bancos del aprisco, después de haber protestado solemnemente creer cuanto la Santa Madre Iglesia cree, y condenar y anatematizar cuanto la Santa Madre Iglesia condena y anatematiza... ¡desear vivir y morir, en una palabra, a la sombra de la cruz de Jesucristo paciente, y bajo el celeste manto de la Virgen Inmaculada y Dolorida, cuya original pureza han jurado *defender, ¡hasta el derramamiento de su sangre!* ¡Hay nada más cristiano, ni más caballeresco? ¡Aunque no hiciesen más las Cofradías en el resto del año, habrían cumplido una gran misión evangelizadora sobre la faz de la tierra!

Y el título de Castilla del más rancio abo-
lengo, y el cochero de punto; el apuesto mi-
litar, que va de uniforme, cuajado el bravo
pecho de encomiendas y cruces, y el pobrecito
sacristán de monjas, que también es herma-
no; el niño «goma», acinturado y bienolien-
te, y el zafio pescadero, que huele a sardi-
nas... aunque se haiga lavao, pa asestí; el

hermano veterano y panzón, que ya es abuelo, y el niñito que aún no ha hecho su primera comunión, pero que fué recibido de hermano cuando todavía lloraba por la impresión del bautismo; el literato insigne o el médico de gran clientela, juntos con el «capataz de los pasos» o el guardia municipal... todos, como lo que son: como una compacta *familia de hermanos*, a los sonoros acordes de la gran marcha fúnebre, que les pone el pelo de punta, les produce repelucos de entusiasmo por la espalda y hasta les arrasa en lágrimas los ojos, porque es «la de la Hermandad»—¡la misma que se ejecuta por las calles en la salida de Cofradía—, toman, por así decirlo, este vaso de *vermut*, que les deja abierto de par en par el insaciable apetito cofradiero... ¿Apetito?... ¡¡Hambre canina, que no se saciará hasta la memorable tarde o madrugada, en que se vistan la túnica y se encasqueten el capirote, y descalzos, o calzados; cirio al cuadril, o «simpecado» en ristre; «cruz de guía» por delante, o «lábaro» hacia atrás... «la bocina» sobre el hombro, o al brazo «la canastilla», salgan en derechura de la Cam-

pana... pasen por la calle de las Sierpes... den el opio en la plaza de San Francisco... levanten un murmullo de admiración en la Catedral... tornen a su parroquia o a su capilla... y se vuelvan a sus respectivas casas, a descansar los pobrecitos... ¡¡¡vistiéndose en «la otra», de la que *también* son hermanos!!

Porque, el que más y el que menos, es cofrade de dos... o de tres... o cuatro, o más; siquiera una de ellas sea *la suya* por antonomasia; la de que no puede hablar, sin que a lo mejor se le escape un hipido de llanto que delata su emoción... ¡La de que fué su padre... y fué su abuelo... La de que es su mujer y son todos sus hijos... ¡La cuya túnica le servirá de mortaja cuando muera! ¡¡Padre suyo, o Madre suya de su alma!!

.....
¿Qué mucho, pues, que terminada la función, el día en que se celebra, se reúnan en un hotel de nombradía o en un *restaurant* de fuste, a almorzar en familia, con el predicador y el preste por delante?...

Los primitivos cristianos, ¿no celebraban también en las mismas catacumbas sus fraternales ágapes, después de la celebración

de los Divinos Misterios? ¡Es tan humanamente fraternal eso de comer juntos los que sienten al unísono!

Allí se habla, y se proyecta. Se comenta, y se ponen sobre el tapete defectos que hay que corregir, o empresas que hay que acometer... De allí sale de ordinario «el juego de insignias» nuevo.. la restauración del paso.. la renovación completa del vestuario de las Imágenes... ¡el salto, en fin, que los saque del montón anodino y vulgarote, y los coloque, como «Hermandad», a la envidiable altura de las primeras!

.....
¡Y ahora, evíteme usted que uno que sabe cantar, y que se ha quitado la vergüenza con un par de copas, se arranque por peteneras, esto es: por «saetas»; se levante de la silla y se cante un par de ellas, ¡por to lo jondo!... aunque vaya de levita de vestir.

Pilato, por no perdé
er destino que tenía,
dirtó sentencia crué
contra er Divino Mesía.
¡Y se fué a lavá despué!

Por cierto que, al llegar a este punto, me acuerdo de un «histórico» acaecido en una Cofradía de cabo de barrio, que no mentaré... (¡Alospué to son dijusto!)

Por una de esas anormalidades incomprendibles de la vida, les sobró un año, después de satisfacer los gastos todos, la fabulosa suma de setenta... reales, y una gorda.

—¡Conque ustede direi qué jacemo con este dinerá!... ¿...?

—¡Po mercaremo una arrobita 'e aceite pa las lámpara! ¡Digo yo!

—¡Déjame tú a mí de aceite, que alospué se lo beben las lechuza!... ¡Aceite, no!

—Pontonce, si a los señore le parece, mercaremo unas libritas 'e cera, pa que siquiá tengan los infelice (el Señor y la Virgen) con qué alumbrarse por las noche. ¿...?

—¿Y qué vamo a jacé con tantísimos cabo como han sobrao? ¡No; cera, no!

—¿Y un cachito 'e sitenario a la Vigen?

—¿Y tú no has oío decí que en allegando Pascua de Risureción, ni pasa, ni jigo, ni sermón?

—¡Tamié es verdá! ¡No hiba caío!

—Po este dinero no es cosa de entriegárselo a denguno pa que lo guarde. ¡Semos mortale, y denguno está libre de una mala hora! ¡Cudiao que no es por na!

—¡Chipél

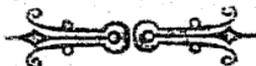
—¡Y que lo diga!

—¡Prefetamente!

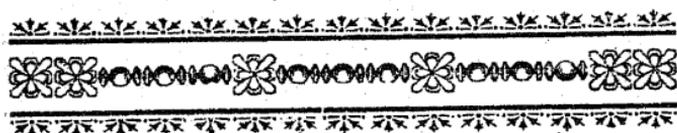
—Po güeno; allá va mi propuesta. y varga por lo que vargare. ¿Le parece a ustedede que mérquemo... un pellejito e vino y unas acitunita... y mos lo bébamo a la salú der-Señó, cantándole unas saetas ar probecito?...

—¡¡Prefetamente!!

E diz que así se fizo.







El respetable público

Y le llamo respetable, no por valerme de una frase hecha; sino porque en realidad toda agrupación de seres humanos es digna de respeto. Sería una anomalía incomprensible que, respetable cada individuo de por sí, la agrupación de ellos no lo fuera; por donde el público que presencia el desfile de las Cofradías de Sevilla, en el mero hecho de ser público, es respetable. Con razón lo denominamos «El respetable público.»

¿Que si es heterogéneo?... La heterogeneidad más heterogénea es la que integra al Respetable de que tratamos.

Nacionales y extranjeros; sevillanos «abovo», y lugareños de la redonda... heterodo-

xos furibundísimos, y católicos fervientes... Potentados multimillonarios y pobres de toda solemnidad... Títulos con Grandeza, y hampa de los corrales... El lujo más deslumbrador y más aparatoso, junto a la más risible cursilería,... La piedad más edificante, tabique en medio con la procacidad y la indecencia... El requiebro señorial y madrigalesco, sirviendo de contrapunto a la jaculatoria... El cumplido de salón, haciendo el dúo a la obscenidad tabernaria... La pobrecita religiosa sin clausura, silla con silla con la reina del «cuplé» y ojalá pare en eso... y el niño «goma» y «dandy» junto al desquiciado chulo... El militar, y el paisano; el cofradiero neto, que se entusiasma por todo y el indiferente que bosteza... El fotógrafo impertinente que lo fotografía a usted «hóspite insalutato» y el reporter del periódico de gran circulación, que perjeña unas notas a vuelapluma... El «inglés» manos a boca con su deudor, que ¡claro! hace como que no lo ha visto, aunque eche a huir más que el tío de la lista, y el «esgrimidor de sable» dándose un topetonazo con el sableado días atrás, a quien luego ni recuerda ¡memoria

como la suyal, y delante del fecundo matrimonio, con toda su prole, más dos o tres niñeras y una nodriza, el solterón egoísta y empedernido, que acaba por abroncarse con tanto rorro y se larga, acordándose de Herodes... no el de San Juan de la Palma.

Todo esto y mucho más, pero infinitísimamente mucho más, en compacto montón y acerbo apretadísimo, y desde la Campana al Salvador, la Catedral inclusive, constituye el "Respetable" que presencia horas y horas el desfile de nuestras Cofradías. Y porque entre tanta gente es fácil que haya muchos que tengan sed, cata sus aguadores, con su cántaro lebrijano, su vasera y... su pregón. Y porque hay niños y gente con el mal hábito de regalarse el pico a toda hora, de su peso se cae que ha de haber vendedores de golosinas y de chucherías, que tienen que llevar su canasto y pregonar, aunque no sea más que por aquello de que el que no pregona no vende: y dígame usted qué va a hacer con su mercadería el vendedor de programas de Semana Santa y Feria; de la lista de las Cofradías, o de la fotografía del

Señor del Gran Poder y de la Virgen de la Esperanza, ni si se va a entender por señas con «er marchiante» la expendedora de sillas.

¡Lo mismo que el cantador de saetas! ¡De modo que ha venido a la estación, sólo para lucir las «facurtaes» que le ha dado Dios y hacer gala del estilo que se trae el arma mía, y qué usté que no le suerte un chaparrón de saeta a tó «paso» que se pare elante é...? Que no le aplaudan, ni lo jaleen, ni le echien una conviá si a mar no viene... y verá usted cómo se cayia, más cayiao, que un hermano del Silencio, de San Antonio Abál

Bueno: pues métale usted en la cabeza a tantísima gente que las Cofradías son «una meditación», y no «un espectáculo», y a los novios que están juntos, que no pelen la pava... aunque son los pobrecitos los que, después de todo, meten menos bulla... al forastero que no pregunte, desde qué quiere decir S. P. Q. R., hasta si tiene mucha familia el capitán de armados... al indígena, que no conteste dando pelos y señales de «omni re scibile»... al rorro que no lllore y a

la vieja que no gruñe, a los hombres que no fumen y a las mujeres ¡que estén calladas...!

¿Qué culpa tienen las Cofradías, edificantes las más de ellas, de que así se las desnaturalice y se les trate? ¿Deja de ser augusta la persona del Rey, porque al pasar por una plaza pública se le abuchee y se le silbe...? El Rey sigue siendo tan Rey y tan digno de veneración y de homenaje, como cuando descendía por las escalinatas de su trono. Si no le dieron en la plaza el honor que se le debía, culpa fué de la ineducación y de la barbarie de la turba, que se olvidó de la semidivinidad encarnada en la realeza.

Las Cofradías van por su camino, cumpliendo una regla santa y a llenar un fin santo. Para mayor honorabilidad y mayores garantías de respeto, hácense preceder de una santa cruz y llevan entre sus filas de encapuchados penitentes, santas insignias e Imágenes venerandas en augustos «misterios». Muchos de sus cofrades—eso se ve—van dando el edificante ejemplo de una penitencia pública... ¡No sé qué más puede hacer nadie, para tener derecho siquiera a

que a su paso se descubran respetuosa las muchedumbres!

Aunque los nazarenos no fueran más que meros comparsas o partiquinos en una farsa de teatro: ¿no es verdad que merecerían—y obtendrían—el que, al levantarse el telón, las personas educadas se quitasen de la cabeza el sombrero y de los labios el cigarro?.. ¿O es que por el mero hecho de ir detrás de una cruz, en una ciudad cristiana y al lado de Jesucristo y de su Madre en un pueblo creyente, no merecen otra cosa que la desconsideración, rayana en el ultraje?..

¡Si supieras, desaprensivo espectador, quién es ese nazareno, que está parado delante de tí, oyendo tus payasadas, cuando no soportando tus irreverencias!

Pues lo mismo puede ser un hombre constituido en autoridad, que una reputación científica; el militar de alta graduación, que el artista de renombre; el prebendado de la Santa Iglesia, que el Príncipe de la sangre.

¿Ese? tu jefe... tu principal,... ¿Por cuánto fumarías delante de él si tuviera el antifáz levantado? ¡Por quien eres, que te tragarías

ese indecente chicote, aunque te achicharraras la campanilla!..

¡Tu señorito, delante del cual te cuadrás!... sólo que por amor y reverencia a Jesucristo, señor de todos, se ha vestido de un sayal y se ha descalzado el pié, aun a trueque de servirte de espectáculo

¡Anda! Dile esa procacidad que ibas a decirle!.. Echa al suelo esa saliva, que ibas a echar, para que se le crispara de asco y de frío ese pié, que tú has secado tantas veces en el cuarto de baño... ¡Por Dios, que merecerías que se levantase el antifáz del capirote!

Pero no lo hará, descuída: profesa el gran principio de que «cada uno se porta como quien es» y, mientras tú payaseas y haces el oso, él seguirá cirio en ristre, inmóvil en su puesto, aunque sienta impulso—al fin es hombre—de estrellártelo en la cara.

¡Suele hacer y decir tantas majaderías el Respetable!.. Con esta particularidad, colmo de la injusticia: que siendo, las Cofradías las desacatadas, son las que encima de todo, cargan con el mochuelo.

Cierto que, si no hubiese Cofradías que

hiciesen estación, no habría esos desacatos ni esas irreverencias; como si no hubiese ley, no habría pecados... Pero ¿porque haya transgresores, va a abolirse la ley?

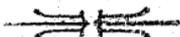
¡No vayamos a querer cortar tan por lo sano, que arranquemos de cuajo las Cofradías, porque haya quien las profane y prostituya! ¡Es mucho más de justicia abofetear al que blasfema, que suprimir a Dios, para que no vaya a ser blasfemado!

Con sólo que mostrase su fé todo el que la tiene: y a falta de fé: con sólo que todos los educados y corteses se portasen como tales, el desfile de las esplendorosas Cofradías de Semana Santa, por las calles de Sevilla sería, al par que el espectáculo más deslumbrador, más estupendo, de todo el mapa, el ejercicio de devoción, el acto más conmovedor y más edificante.... ¡el culto más educador, y por ende más didáctico, de todo al Cristianismo!

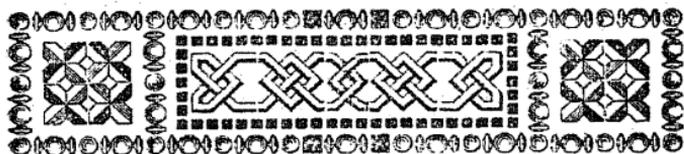
Son el dogma, que no cabe en las cátedras y tiene que desbordarse por las calles. Son el austero ascetismo de la moral cristiana, que, si santificó los desiertos, también puede santificar y santifica las plazas de las

ciudades populosas... ¡el culto, en fin, a Jesucristo y a su Madre, que, no cabiendo en la capilla de la hermandad ni en la parroquia del barrio, se derrama desde el de la Trinidad, al Patrocinio, y desde San Jacinto, hasta la Macarena; desde el Museo, a San Bernardo y desde la Carretería, a San Antonio de Padua, para hacer de Sevilla, cuan grande es, un templo con los muros de sus murallas y la bóveda de su cielo... el tabernáculo de su Catedral famosa.. los jarrones de flores de sus jardines... la salmodia de sus saetas y la lámpara votiva de su luna de Marzo, que primero falta del firmamento, que dejar de asomarse a dar ella un vistazo a la Semana Santa de Sevilla (1).

(1) Perdón por la gedeonada, en gracia de la retórica.







La Catedral.

Grande, muy grande, tan grande, que en su trascoro cabría holgadamente cualquiera de las catedrales de España, la Catedral de Sevilla es la realidad feliz de la frase de aquel Capitular en la sesión en que se acordó levantarla:—Fagamos un templo tal e tan grande, que los venideros nos tengan por locos.

Y eso es nuestra Basílica: una andaluzada de Catedral: una locura, petrificada: una demencia sublime, que tarda todo un siglo—el XV—en realizarse y luego, cuatro siglos más en ornamentarse y enjoyarse y pulirse, hasta parecer aquella «Jerusalén nueva» que

vió San Juan en el Apocalipsis descender del cielo, «como una esposa ataviada para recibir al esposo.»

Bóvedas que se levantan hasta las nubes, y cimborrios calados como cupulines de turbulo, que se las dejan atrás; un tenebrario de bronce que pasa por encima de la verja del coro y un monumento encendido que llega hasta el enlace de los nervios de la bóveda... una capilla mayor, del tamaño de una plaza en que apenas queda lugar para que se muevan los arcos de los violines y se desenvuelvan los cantantes del «miserere», y un coro, de doble tamaño que el presbiterio y que aún así no es suficiente al gentío que lo invade... dos series de capillas como templos, tomadas al asalto como trincheras y dos naves a cada lado del altar mayor, más largas que muchas calles de las nuestras, llenas de gente de pié y codo con codo...

Alfombras que se hacen copiar los soberanos, y encajes de los que no hay ejemplar en muchas casas reinantes de Europa... Tapices de terciopelo galoneado de oro, vistiéndolo sus columnas del grosor de fortalezas y de la altura de torres, y esplendorosas

vestiduras sacerdotales en que desaparece el oro y la plata de la estofa bajo la policromía de iris de las imaginerías platerescas... Libros corales—museos—en que si cada bronce de sus tapas es un joyel, cada inicial de sus hojas es todo un cuadro, y alhajas de oro y pedrería en las que lo que menos vale es la materia... Verjas en las que el hierro se ha trocado en encaje de peregrina urdimbre, y retablos en que el alerce, dorado y policromado se ha resuelto en hornacinas de filigrana y estatuas con espíritu... Vidrieras, ensueños de luz y de color, cual espléndidos mosaicos de colosal pedrería y órganos como montañas, que arrancando de la sillera del coro de Nufro Sánchez, llegan hasta la clave de los arcos para invadir el sagrado recinto con la avasalladora tormenta de su lengüetería, o con los mugidos de fiera de sus potentes contras, remontando hasta el trono de la Divinidad inaccesible, diluidos con el humo del incienso de la oración vespertina, el himno de la fe, el beso del amor y el sollozo de la esperanza... Y por encima de este mar de vidrios y de hierros, de imaginerías y de esmaltes, de es-

tatuas y de doseletes, de terciopelos y de viñetas, de encajes y de joyas... de riqueza y de arte y de amor y de fe, un Cristo crucificado—el Cristo del Millón que corona el retablo—con una Virgen dolorida, y un San Juan, a la diestra y a la siniestra respectivamente, como en el Gólgota, siendo la única razón de todo esto: del templo y del culto, del aparato y de la liturgia, de los cimientos de la portentosa fábrica y de los grumos de la calada crestería... ¡Un Cristo, haciendo decir a todo el que contempla la gloria con que Dios lo ha exaltado por su obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz:—¡Adorámoste, Cristo, y bendecímoste, que por tu santa cruz, redimiste al mundo...!—

¡La síntesis de la Catedral de Sevilla es un calvario, como la síntesis de toda la vida, de toda la fe y de todo el amor de este gran pueblo es su Semana Santa!

Con ser tan grande, empero, la Catedral, la Semana Santa de Sevilla no cabe en ella... quizás porque la Catedral se hizo para un pueblo y no para un mundo, siendo así que la Semana Santa de Sevilla es la Semana Santa del planeta.

Sea de ello lo que sea, lo cierto es que sus cinco colosales puertas—la mayor no se abre—no bastan en dos momentos: o sea: cuando el tenor del miserere acomete la última nota del «Jerusalem» con que remata el «Benigne»—ese inmortal versículo que parece un abrazo de reconciliación y un beso de paz entre el Dios desagraviado y el pecador arrepentido—y cuando el penetrante frío de la madrugada de primavera hace inhospitalarias las calles y comienzan las Cofradías de esa hora a desfilar devotas y recogidas, como grupos de fantasmas por delante del encendido monumento.

El gentío penetra entonces con el ímpetu incontrastable de una desbaratada catarata. Y antes de cinco minutos hay «un zócalo» de gente dormida como piedras a todo lo largo de los muros y en derredor de las columnas...

Claro que sería mucho mejor que orasen y no durmiesen... Para que orasen con El, y no para otra cosa, se llevó Jesucristo consigo al Huerto del Olivar a Pedro y a los dos hijos del Zebedeo... siquiera ellos se durmieran a pierna suelta, mientras El Hijo de

Hombre entraba en agonía y sudaba sangre... ¿Lo dará eso quizás esa noche, la más augusta de los siglos, o será malaventura de Jesucristo el que se le queden dormidos los que debieran acompañarle?...

Casa matriz y solariega de la fe y la piedad de Sevilla su templo catedralicio, no hay sevillano que no «sienta» la necesidad de la Catedral, en esa noche. Diríase que es el foco de atracción de la ciudad entera... ¡Sin Catedral no habría Semana Santa!

Porque hasta lo más culminante de estos incomparables días sevillanos—sus Cofradías de universal predicamento—no tienen otra razón, ni otro objetivo, ni otra explicación satisfactoria, que la Catedral Metropolitana.

Que no: no salen de los templos en que están canónicamente establecidas, para lucir en las calles y deslumbrar en las plazas. Salen... «a hacer estación» de penitencia ante el Altar Mayor de la Basílica, o ante las cuatro caras del monumento.

Esa es su institución canónica y su porqué social: rendir culto a Jesucristo en este o aquél misterio de su pasión sacrosanta durante todo el año, y luego en un día de la

Semana Mayor prevenido en la Regla de cada una, agrupados, en hermandad, ¡en Co-fradía!, con toda la magnificencia de que pueden rodear a sus sagradas Imágenes y todo el esplendor que cabe en sus grandiosos «pasos», ir todos, corporativamente y en familia, a lucrar la indulgencia de la estación, ante el Altar Mayor o ante el monumento de la «Iglesia Madre».

Son hijas, establecidas aquí o allí, que viven independientes y con vida propia; pero que, de «la casa» de su Madre, vienen a ella a testificar de su filiación, y de su amor por ende... y a llevarse, como recuerdo de su visita, el munificentísimo regalo que el amor de su Madre les tenía aparejado para cuando vinieran: la indulgencia plenaria de la estación: ¡cuajarón de la sangre redentora del Calvario, que redime de la «pena» de que nos hizo reos el pecado «culpa»!

¡Catedral, nave de piedra con la quilla hacia el cielo, «red arrojada al mar y llena de peces de todo género»: dilátate, ábrete.

«Dilatate, aperire,

Tamquam rosa fragrans mire»:

¡ábrete como el seno de una rosa al enjambre de abejas que vienen a tí!

Quizás entre los inmaculados haya algún poluto... quizás alguno no lleve la nupcial vestidura que previene el ritual de las ensangrentadas bodas del Cordero... quizás, como en la parva del Evangelio, haya paja mezclada con el grano, reclamando el ventillabro del Hijo del Hombre...

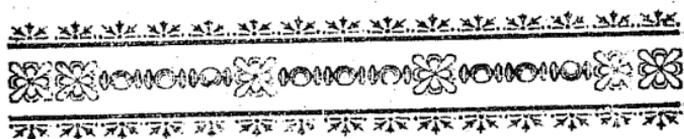
«Dilatate, aperire...»

tú, dilátate y ábrete.

¡Quizás el que entró pecador salga contrito! ¡Quizás el que entró lobo, salga cordero! ¡Tiene que ser muy lobo—y los monstruos no son frecuentes en la historia—para que dentro de tí, a tu influencia, al avasallador empuje de un mundo de creyentes y adoradores como el que te hinche y te maciza, no tenga que caer descoyuntado ante el Cristo colosal del Millón que se yergue en lo alto del tajo de tu altar asombroso, y decirle entre lágrimas de contrición y golpes de pecho:—¡Adorámoste, Cristo, y bendecímoste, que por tu santa cruz redimiste al mundo!

«Dilatate, aperire,

Tamquam rosa fragrans mire».



La Camarera

La llamaremos Doña Concha, que es un nombre muy sevillano, y la pondremos viuda, ya que han dado en decir que es el estado perfecto de la mujer. Como no nos cuesta ni tanto así de trabajo hacerla guapetona, y la galantería con las damas no está reñida con nada de este mundo, héla ahí, a pesar de sus cuarenta y cuatro años, con una estampa como cuando tenía treinta y tres, y oseándose los pretendientes como moscas. Pero, lo que dice ella: «Una y no más, señor San Blas.»

Ya en vida del difunto la hicieron camarera honoraria, por lo del regalo de la saya

para el camarín, a la Santísima Virgen. Murió la de Pozoviesgo, camarera efectiva, y entonces la Hermandad, en cabildo extraordinario, la nombró «Camarera de Nuestra Madre y Señora», y se lo comunicó por medio de un pergamino primorosísimo, que orló y minió inspirándose en un misal de la Colombina, el mejor pendolista de esta Roma de Occidente.

Doña Concha se volvió loca con el nombramiento y agradeció el pergamino lo que no es decible. Casualmente le venía bien de tamaño la moldura de plata del espejo que le regalaron las de Bohórquez cuando se casó y que tenía la luna toda manchada, y lo mandó a la platería para que se lo limpiasen y bruñesen; le puso el pergamino, y al sitio más preferente de todo el salón: encima del sofá y debajo del retrato al óleo de «su llorado bien».

¡Y se consagró de lleno al servicio de su cargo!

Su vestidura de novia que la tenía sin estrenar, porque siempre le había dado lástima de ponérsela—tan rica era—, ésa para la Virgen... pero sólo para la Cofradía.

Para el septenario, la de encajes Valencien-
nes, también intacta, y luego, para el cama-
rín las otras más inferiores, aunque desde
luego ricas y como para la canastilla de
una princesa.

Otro tanto hizo con los pañuelos. Guar-
dar uno abominable, bordado de lentejue-
las, que era todo lo que tenía la celestial
Señora, y ponerle para diario el de nipsis,
que le había traído de Manila su tío Curro
cuando estuvo de fiscal en aquella Audien-
cia. Para el septenario, el de aplicaciones
de B. useias, de su madre, y luego «para
la calle» el buenazo de Alençon que le ha-
bía regalado el difunto, como complemento
del traje de desposada.

No le había gustado a ella nunca eso de
empedrar de joyas el pecho de la Virgen y
que hoy estén al servicio de la Madre de
Dios, y mañana, como es natural, al servi-
cio de sus legítimas dueñas. Y ni corta ni
perezosa tiró del cajón de su joyero...
cogió todas las alhajas que tenía esplén-
didas las más y magnificentísimas algu-
nas, y se plantificó en la joyería, a que le
fabricasen un puñal con el oro de las onzas

de las arras, y todo aquel incendio de esmeraldas y de rubíes, de zafiros y brillantes, cuajando materialmente toda la empuñadura... ¡Ella con las perlas grises tenía bastante, y, si les encontraba colocación el joyero, allí estaban también! (A las sobrinas no les gustó mucho la cosa. Pero no dijeron nada).

¡Así! ¡Que no se pusiera la Virgen nada de nadie, ni nadie nada que Ella hubiese santificado con su uso! Sino sólo su velo de desposada, sirviéndole de toca a la judía, y encuadrándole aquel hechizo de rostro, y luego, sobre el pecho, destacándose sobre la aérea e inmaculada nitidez de aquellas gasas de humo, aquel sueño de hadas de aquel puñal, donde iba todo lo más querido de su alma de mujer... ¡El anillo de cuando se pusieron en relaciones! . . . ¡La pulsera de pedida!... ¡El aderezo completo de desposada!... ¡La diadema de los suegros!... ¡Los solitarios que le compró él en el viaje de novios!... ¡El *pendentif* de cuando tuvo su hijo, primogénito y único, muerto el ángel de Dios a los dos años!... ¡La botonadura de brillantes, regalo de ella a él para el ca-

samiento!... ¡El trébol de perlas gris, blanca y rosa, que no se quitaba nunca, de la corbata, y el solitario estupendo del anillo, con que estaba el pobre tan encariñado!... ¡Ponerse nadie nada de aquello?? ¡Eso para la Virgen, y para siempre!

.

Esta mujer sevillana, que no es tipo único, sino que rara es la Cofradía que no la tiene o no la tuvo, es con el Capillita el alma y nervio de la Hermandad. Con sólo la diferencia de que el Capillita es el que saca y ella la saqueada.

¿El jubileo? Que le apunten a ella un día. ¿La novena del Señor o el septenario de la Virgen? Que le reserven a ella la función... ¿Los faroles de plata? Ella uno... ¿Manto y saya para la Virgen? la saya corre desde luego por su cuenta... ¡Ojalá las acciones de las minas no se hubiesen venido tan abajo! Si no, lo que toca al palio, no salía la Virgen a la calle con aquél, tan sencillo!.. ¡Poco había ella de vivir, o había de costearle uno, que los eclipsara a todos!...

Y lo que tiene que ver es la casa de la señora durante la semana de Pasión. Los va-

rales del palio, acabados de limpiar, en el rincón de la sala, y sobre la mesa de centro, la corona... «los candelabros de cola», encima de las butacas y encima de la consola, todas las guardabrisas... Y el Capillita que entra, y el Prioste que sale... y las niñas del Hermano Mayor, que vienen a ofrecérselle para ayudarle y las huéspedas de las de Ramírez, que quieren ver el puñal, con lo que se les enseña hasta el último pañuelo... y la marquesa que viene a traer su *riviere* de brillantes para el cinturón, y la pobre de la madre de Manolo Luque, que trae la cadena de reloj del hijo de su alma, para que se la ponga de pulsera, como el año pasado... Y la planchadora, con toda la ropa blanca de la Virgen como si acabara de salir de las manos de los ángeles y que ocupa el sofá cuan grande es... y el señor predicador que entra de visita, acompañado de dos o tres «de la mesa»...

—¡Magnífico, magnífico!... ¡Cada noche más elocuente!... ¡Que el día del panegírico le eche usted muchas flores a la Virgen! ¡La súplica, sobre todo, que no se le olvide a usted... y que sea larga! ¡No me gustan los

sermones sin súplica, y de la Virgen, menos!... Va usted a permitirme que le mande una fotografía del «paso», con su marco tallado, que le he mandado hacer y que me prometieron tenérmelo para ayer de mañana y no me lo han mandado todavía... ¡Sí! ¡Para que se lleve usted ese recuerdo de nosotros, y que vean en sus tierras de usted algo de nuestra Semana Santa!

Y llegan los dos o tres días antes de la salida de la Cofradía, y aquéello es el disloque.

¡Tomar la parvedad a la carrera!... ¡Llenar el coche de cajas y de estuches!... ¡Subir en él, en compañía de las sobrinas y la doncella, y a la capilla de la Hermandad, al desempeño de sus funciones!

Su amplio delantal blanco sobre la falda elegante y coquetona, y ¡arriba! encima del «paso», a poner este alfiler y a arreglar ese pliegue...; a ceñir más la toca y a colocar con más gracia la blonda del manto...; a ahuecar más la saya, que está escurridilla y a subir más las caidas del cinturón, que tapan mucho bordado...

—Fíjate, Laura; tú que estás ahí abajo, a ver si está muy alto el puñal... o está mejor un poco más tendido...

¡A ver si se ven bien los cuatro picos del pañuelo!...

¿Queda así bien la pasionaria?

¡Usted, Domínguez!: empuje un poco el manto para arriba, para echárselo más a la cara... ¡Ajajá!

Ustedes: tiren más de ese pico del manto, para que se le señale perfectamente la forma del hombro... ¡Asinita!...

¡No, por Dios! ¡La candelaria tan pronto, no!... ¡Yo necesito todo el día de hoy, por lo menos, para dejarla a mi gusto!...

¡Corra! ¡los alfileres!... No, mujer: de los largos.

¿Qué, don Ernesto?... ¿Le gusta a usted...

¡Domínguez! A ver si hay uno, que vaya a casa volando, por el estuche de costura, que se le ha descosido este vuelo a esta manga!... Si acaso, vé tú, Laura. Ahí está el coche... ¡Miral; ya que vas a casa, a ver si ha venido ya el capataz de la hacienda, para encargarle las flores. ¡Créete que no vivo, sin saber a punto fijo si habrá azahar bastante, o

tendremos que apechar con los alelís blancos!... ¡Tráete unas botellas de Jerez, para que estos pobres hombres tomen un refrigerio!

—¡Como que otavía no mos himos esayunao, señorita!

—Manda unas torrijas con Patrocinio.

.....

Pero lo que constituye el placer de los placeres de doña Concha es cuando, desde el palco de la plaza de San Francisco, sentada con el cortejo de sus sobrinas, como una reina en medio de sus damas; vestida por el último figurín y con sus perlas grises por todo enjoramiento; tocada de la mantilla de su madre, que una reina pudiera prenderse con orgullo para una capilla pública, y en la mano el espléndido abanico, digno de la vitrina de un palacio, ve asomar por la calle de las Sierpes las bambalinas del palio del «paso» de *sz* Virgen...

¡Doña Concha ya no vé más! Los ojos se le nublan con las lágrimas...; la garganta se le anuda por la emoción...; ¡todos los recuerdos de su vida: todas sus sensaciones de hija, de novia, de esposa, de madre y de viuda se

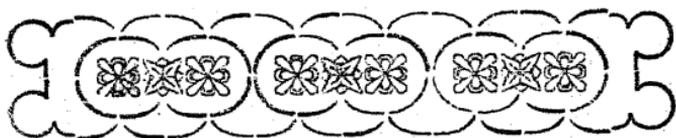
le interponen entre ella y la Virgen de su amor..., y ni oye la música que va detrás del «paso», ni se da cuenta de los mil plácemes de las amigas de junto!...

¡¡No; por el amor de Dios!!... ¡¡¡Que no le paren el «paso»!!!... ¿Quién es ella en el mundo, para eso?... ¡Madre suya de su alma!
—¡Dios te salve, Reina y Madre...!

• • • • •
¡Para que la Camarera no sea capaz de quitárselo de la boca, por una bordadura, por una joya, por un encaje, por una luz, por una flor, en fin, para el «paso» de su Virgen!

Por la choza, se saca el menseguero—dice la gente de mi lugar.—¡Por el «paso de Virgen», se saca la Camarera!





«El señor ese»

Sobre todos los dones que le adornan, tiene el de la ubicuidad. Se halla en todas partes. Los forasteros que nos visitan acaban por aprendérselo de memoria. Cuando hablan de él lo denominan «el señor ese».

Y es que, como cada sér trae a este mundo su misión especial, «ab aeterno», dispuesta y ordenada por la Divina Providencia, «el señor ese» ha venido a la vida y anda por la historia con la misión providencial de... guía de forasteros; y por lo mismo que en el resto del año tiene que tener embotellada su vocación y en ocio sus naturales prodigiosas aptitudes, pues vive de sus rentas y no es cosa de meterse a «cicerone» de

ningún hotel, cuando llega, que llega, la Semana Santa, la vocación hace efervescencia dentro de la botella de su natural; da un taponazo, que va a parar a lo alto del muñeco de la Giralda, con lo que se derraman a borbotones todas esas sus naturales aptitudes, y hételo deseandito un grupo de turistas con quienes confrontarse, lo mismo en la calle que en el templo, en la visita que en el ensayo del «miserere», para dar riendas sueltas a su verbosidad impetuosísima y a su pasmosa erudición cofradiera. ¡Hay que oirlo!

—¿Ustedes son forasteros, ¿no es verdad?

—Sí, señor: riojanos; de Logroño. Allí tiene usted su casa. Llegamos ayer tarde en el rápido de Madrid...

¡Muy rebién hecho! Así se hace: coger la Semana Santa por punta, y llevárselo todo dentro del cuerpo. Los que vienen a mediados de la Semana Santa son como los que se sientan a la mesa a la hora de la fritura. Y es una lástima, en una Semana Santa, que no tiene desperdicio, desperdiciar un día tan hermoso como el Domingo de Ramos. Por-

que no es lo mismo ver en los templos los «pasos», cuando ya han salido, que verlos antes de salir, y, sobre todo, en la calle. Lo que va del cadáver al hombre vivo, va del «paso» parado, «inmóvil y sin moverse», al «paso» en movimiento. El cimbreo de los varales y el bamboleo de las bambalinas del palio hacen un efecto de vida que no se parece a nada: y los «pasos» parados parecen algo así como una Semana Santa en conserva.

Cofrades hay tan aficionados al movimiento de los palios, que cuando ven un «paso de Virgen» en la iglesia, pues... le dan un en-vión, o un encontronazo, con todas sus ganas, siquiera para que, a falta de otra cosa, se le muevan las borlas y los flecos que verán ustedes en todas las bambalinas.. ¡Hay mucho gusto aquí para adornar los «pasos»! .. ¡Ya verán! ¡Ya verán!

Fijense ustedes esta tarde en el de la Virgen de la Amargura, de San Juan de la Palma... La Virgen es de la Roldana, ¿saben?... una escultora del siglo XVII, hija de otro escultor «de la misma época», llamado Pedro Roldán (que por eso su hija es conocida por

Luisa la Roldana... y el San Juan Evangelista, que va al lado de la Señora, señalándole con el dedo el camino que lleva Jesús, es de otro escultor muy notable, llamado Hita del Castillo. ¡Verán ustedes qué grupo! En Sevilla no hay otro tan completo.

También lleva esa Cofradía otro «paso» digno de verse: el del «Desprecio de Herodes»... Cuando Pilatos, pretor de la Judea, al saber que el Señor era galileo de origen, se lo envió a Herodes para que éste lo juzgase, Herodes lo despreció como a idiota al ver que el Divino Redentor no pronunciaba palabra... Entonces le mandó vestir de blanco; por eso notarán ustedes que el Señor, (que por cierto es de Pedro Roldán) lleva túnica blanca, de tisú de plata, y túnica asimismo blanca, el cuerpo de nazarenos.

Los sayones que verán en el «paso» son también obra de Hita del Castillo y también de mucho mérito. ¡No así los dos rabinos que van al lado de Herodes!... Esos pertenecieron hasta hace poco a la Hermandad de la Coronación, que sale el Jueves Santo—por cierto que tiene una Virgen de Montañés, que recomiendo a ustedes,—y la Her-

mandad de la Coronación los puso en venta, con ropa y todo, y entonces cargó con ellos la de San Juan de la Palma. Aquí eso es muy frecuente...

Había en Grecia una doctrina filosófica que se llamaba metempsícosis, que sostenía la transmigración de las almas. Y aquí hay una metempsícosis, de judíos, que el que hoy está en San Jacinto de Triana, al año que viene está en la Macarena.

No dejen de ver tampoco la de la Borriquita, así llamada por el «paso» de la Entrada en Jerusalén, en que va el Señor montado en una burra, tal y como nos lo pinta el Evangelio. Pero, más que por el «paso» de la Entrada, por el del Cristo del Amor, que ya no cabe más.

Por cierto que tiene una leyenda, ¡bonitísima!: la conversión de un discípulo de Montañés, que se hirió con una espina de la corona, al ayudar al maestro a fijarlo en la cruz, y de un pervertido y casi ateo, se trocó en un asceta... ¡Es mucha la Semana Santa de Sevilla, y han hecho ustedes muy bien en cogerla por punta! ¡Ya verán! ¡Ya verán!

Martes Santo

—A oír el ensayo del «miserere»: ¿eh?

—Sí, señor, somos muy aficionados a la música, y no queremos dejar de oír ese «miserere» tan... discutido.

—Sí que lo está. No ya sólo como obra de arte, a que no dejan hueso sano los neoclasicistas, sino hasta como «acto ilícito» que hay que evitar a todo trance. Y crean que no es la cosa como para que se alarmen las conciencias. Verá usted. El «miserere» de Eslava, que es una obra musical muy de la época en que se hizo: la época en que Rossini cortaba el bacalao—tuvo que caer naturalmente dentro de la condenación del «motu proprio» del Pontífice Pío X.

Sevilla así lo entendió, empezando por el Cardenal Spínola, de santa memoria, y el Cabildo Metropolitano, y acabando por el Ayuntamiento de la ciudad y el último de los que nos lo sabemos de memoria.

¡Nos quedábamos sin nuestro «miserere», con lo que se nos iba de una mano a otra media Semana Santa!

Y, como donde está la ley general, cabe

la excepción de la ley, que es lo que constituye el privilegio; y como «ejus est tollere cujus est cóndere», como se dice en las cátedras de Derecho, o sea: el que hace la ley la puede derogar, Sevilla en masa, representada por sus dos Cabildos, con su Cardenal Arzobispo a la cabeza, se dirigió a la sede del que ata y desata, en demanda del privilegio de su amado «Miserere».

La Santidad del Vicario de Jesucristo en la tierra tuvo a bien despachar favorablemente la petición, y cata el «miserere» de la Semana Santa de Sevilla, ejecutado en la Metropolitana de Sevilla, «tan dentro del Derecho», como el que, en posesión de la bula de la Santa Cruzada, come jamón en Jueves Santo.

Nada más fuera de la ley eclesiástica, que el matrimonio entre primos hermanos por ejemplo. Pero «dispensa el que puede», y hételos tan legítimamente, tan canónicamente, tan santamente unidos en matrimonio, como si en su eterna vida se hubieran conocido.

Pueden ustedes, por consiguiente, decir en todas partes, que el «miserere» de Esla-

va es cantado y oído en Sevilla «con toda licitud»... ¡Que va a empezar el «Christus factus»!... ¡Verán qué numerito!

Martes de Pascua.

—¿Todavía por aquí?

—Como está tan cerca la feria, no hay quien nos arranque.

—¿Y qué tal? ¿Qué tal desde que no nos vemos?

—Mire usted: una bataola de cosas y una balumba de «pasos» que acaba uno por marearse y no acierta a decidirse por ninguno.

—¡Vieron las de madrugada, por supuesto!

—¿Quién las perdía, con la fama que tienen? El chico estaba destrozado y no se levantó, y la niña se nos quedó dormida, apenas nos sentamos. Pero ésta y yo no perdimos ripio. ¡Qué orden la del Silencio!...

—¿La del Silencio solamente? ¿Pues y la del Calvario? Por cierto que pasé rozando con ustedes. Pero, como no podemos hablar desde que se sale de casa hasta que se entra, no los saludé. En la tercera pareja del «paso» del Señor.

—Lo que más ha gustado a ésta han sido las dos Esperanzas: la de la Macarena...

—¡Como que eso es el cielo andando por la tierra!

—y la de Triana. ¡Qué palio, Dios eterno!

—¡Como que costó el año pasado OCHO MIL DUROS!

—¡Lo que una casa en lo mejor de Logroño!

—¿En Logroño? ¡Y en Sevilla!... Pues nada: a descansar estos días y hacer coraje para feria. ¡Ya verán! ¡Ya verán!

Pueden entretenerse viendo la casa de Pilatos. Tome usted esta tarjeta para el administrador... Las alhajas de la Catedral, si ustedes gustan, yo los acompañaré, pues afortunadamente soy íntimo amigo de uno de los señores Mayordomos... La iglesia de la Caridad, que es un relicario de arte, por cierto que también soy hermano y les acompañaré también con mucho gusto.

—Es usted muy amable.

—¡Muy sevillano!... ¡Ah! ¡Y el museo! Así como para conocer a Velázquez hay que ir al del Prado, para conocera Murillo hay que

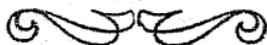
ir a nuestro museo... Todo lo mejor de él se conserva en Sevilla y a Sevilla hay que venir para ver lo que era.

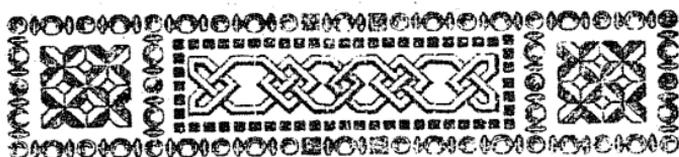
Ni dejen tampoco de ir a Itálica... (el Alcázar supongo que ya lo habrán visto) ni al compás de Santa Paula...

Pues ¿y los barrios? ¡Ese hechizo de barrio de Santa Cruz, de callejillas moras!... ¡Ese barrio de Triana, fabril y comercial como un pedazo de Cataluña y pinturero y gitano, como una bailaora!... ¡Esta Sevilla, en fin, sin igual en el mapa, porque hasta el refrán lo dice: «el que no vió a Sevilla, no vió maravilla», o «a quien Dios quiso bien, en Sevilla le dió de comer».

En fin, y por remate:—concluye el autor —que si hubiera justicia en el mundo, debiera el Ayuntamiento nombrarlo viajante, con muestras del artículo..., aunque fuera menester darle un tanto por ciento de comisión.

¡Se lo propongo al ramo de hosteleros!





«El convidado de piedra».

I

—Que te vienes, que te vienes y que te vienes. No hay más remedio. Un muchacho como tú, tan ilustrado, tan artista y hasta tan piadoso, no conocer más que de fama y por cuatro postales la Semana Santa de Sevilla, es hasta un pecado mortal. Así, pues, a liar el petate. Salimos esta noche en el expreso, y podemos alcanzar hasta la procesión de palmas... Casualmente vivimos en la calle Gran Capitán, y podemos presenciarla desde el balcón. Ves toda la Semana Santa de punta a cabo. Te emborrachas materialmente de belleza y de arte... descansas los

pocos días que tarda la feria, y otro atracón de hermosura que te cruja el pelo. La casa, como sabes, está a tu disposición. Mi madre, con los brazos abiertos para todos los que sean amigos míos, y más que para ninguno para tí... «Que no te vengas sin Ernesto», fué el último encargo que me hizo al arrancar el tren.

—Mira, Joaquín: bueno que se acepte el hospedaje de un amigo en una población donde no haya hoteles. En Sevilla, y nada menos que en Semana Santa, es una gorronería irse a casa de un amigo a molestar.

—¡Parece mentira que digas eso, tratándose de mí! Tú para mí no eres «un amigo». Tú eres un hermano. El irse a parar a un hotel en una ciudad en que se tiene un hermano es una ingratitud, rayana en el ultraje. Hasta podía pasar que te fueses derecho a una fonda, si hubiese salido de tí la excursión a Sevilla. Calentado por mí y azuzado, comprenderás que no es correcto que yo te deje en el patio de un hotel.

De modo que o te quedas en tus Madriles coleccionando postales de la Semana Santa

de Sevilla, o te vienes conmigo a la sucursal de tu casa: ¡a tu casa de Sevilla!, a compartir con nosotros nuestra «áurea mediocritas» y a ponerle una corona pero así: lo que se llama una corona a aquella pobre vieja que tanto te quiere. «¡Mira que te traigas a Ernesto! ¡Mira que no te vengas sin Ernesto! ¡Mira que como no te lo traigas por delante, no te recibol»

Conque anda y no seas comodón, que bien merece la pena del viaje el hartazgo de maravillas que hay en aquella antesala de la gloria... Me voy para poner un telegrama a mi madre, avisándole la llegada; a comprar unos regalillos para las primas, mientras haces la maleta, y ya estoy aquí con el coche para irnos a la estación. Pon ropa de primavera. Allí ya no se resiste la de invierno, y si es para feria, no digamos.

II

«Salimos Ernesto y yo express esta noche. Ya sabes cuánto le debo. De aquello, nada.—*Joaquín.*»

III

—¡Si es para matarlo! ¿No se hará cargo ese niño de lo carísimo que está todo, y más en estos días, y de lo estiriticado que nos viene lo que tenemos, para traerse un huésped, ¡y un huésped de cumplido, y desde el Domingo de Ramos por la mañana!... ¿Yo, que estaba reuniendo para el título, quitándomelo de la boca, como el otro que dice, tener que sacar del Monte lo que tanto trabajo y tantísimas privaciones me ha costado reunir, para ahora, en una semana, gastarlo en salvas, con lo recarísimo que se pone el pescado en estos días, pues no es cosa tampoco de atracarlo de espinacas y bacalao, «lo cual que» también está por el estado noble?

Ea: pues líese usted ahora a trastornar toda la casa e irse a dormir al cuarto de los baúles, para dejarle al huésped mi dormitorio, pues no es cosa de meterlos a los dos en un mismo cuarto, ni inutilizar la sala del balcón, con tantísimo imprudente como se viene a ver las cofradías, como si no hubie-

ra sillas al barrer por esas calles... que no se hacen cargo, y van a dar lugar a que me mu-
de ¡a la puerta de la Barqueta, o a Pinichi...
al moro de Tetuán, donde no habrá cofra-
días! ¡Y que son poco constantes las de Pi-
chardo, ni muy de clavo pasado las de Alu-
vión, ni más segura que la muerte la de Ar-
jona, con esos niños que Dios confunda, que
todo me lo trastean y me lo rompen, y esas
niñeras entrometidas y olisconas, que con el
achaque de que vea el niño, se le plantifi-
can a usted en el cogollo!...

Bueno: pues no les tenga usted aunque sea
agua con pañales y unas galletas para los
rörros... y queda usted a la altura de una ba-
bucha, después de tanta molestia y tantísi-
mo abuso a domicilio.

¡Cuando le digo a usted que suprimía las
cofradías de una plumada y que desde el
Martes de Carnaval estoy ya de mal humor,
pensando en el chinchorro que se me ave-
cina, porque aquí no se puede comer sino a
las tántas de la noche; ni aquí se puede dor-
mir, con rengancharse las muy sin educa-
ción para las de madrugada; ni aquí se pue-
de hacer más que estar de cuerpo presente

toda la Semana Santa, que sí, señor: será muy santa, pero que me va a llevar a mí a los profundísimos infiernos!

Pues nada: como si todo esto no fuera bastante cruz, éntresele a usted por las puertas un huésped de cumplido, y desde el Domingo de Ramos por la mañana, porque al alma de cántaro de su hijo se le ha antojado traerle ese refresco... ¡Déjalo que lo coja: que lo voy a moñear! ¡Necio! ¡renecio! ¡No hacerse cargo de las cosas! Es que es necio de remate, lo mismo que su padre, que en gloria esté. Que si el padre era tonto de capirote, éste es tonto de repique.

¡Deja que te coja solo, que te vas a acordar!

IV

—No puede usted figurarse el alegrón tan grande que me ha dado, con venirse con Joaquín... Yo, basta de media vez que sea usted tan amigo de mi hijo, para que lo quiera a usted como si también lo fuera. Lo único que sentiré es que usted, acostumbrado a otras comodidades y otras grandezas,

eche de menos el trato de su casa. Pero, a falta de lujo y refinamientos, tendrá usted toda la confianza que quiera tomarse y toda la buena voluntad que usted merece.

—Muchas gracias, señora. Pero no crea usted tampoco que en mi casa se atan los perros con longaniza... Casa por casa, allá se andan las dos, y siempre se me dará más de lo que yo merezco... Y una cosa que le voy a advertir a usted, y con lo que me pondrá usted una corona: que, puesto que me estima como a un hijo, me trate como a tal, y que la que sea la regla de la casa, esa sea la que se siga conmigo. Afortunadamente, soy sobrio como un anacoreta... En habiendo huevos y leche, no echo de menos ni sesos de mosquitos.

V

—¡Toma allá, grandísimo sinvergüenza, que tenía ansias negras por cogerte acostado, para hartarme contigo! ¡¡Toma, y dale gracias a Dios de que me contento sólo con pellizcos!!

¡Una falta nos estaba haciendo a nosotros

un huésped, y de cumplido, como los perros en misa!

¿Tú no sabes, mal hijo y mal cristiano, que nosotros no podemos escupir contra el viento, y que aquí no hay más que este pan para este queso y este queso para este pan? ¿Qué demonio del infierno te ha tentado para que me hayas traído esta ruina... porque esto es una ruina, que ni las de Santiponce?...

Pues veinte duros, como veinte soles, he tenido que sacar esta tarde del Monte de Piedad: ¡veinte duros, que necesito diez meses para ahorrarlos, y ande usted todo el año mal vestida y con los pies por los suelos, para que venga un gorrón a comérselos y a bebérselos, que ojalá reventara como un triquitraque!

¡Mire usted: huevos a pasto, cuando para sacar de la despensa el que se te pone frito para el almuerzo me pongo yo paño de hombros!... ¡Mire usted leche: cuando acá no se prueba, y venirse ei hambrución del enemigo con la premática de que en habiende huevos y leche, no echa de menos ni sesos de mosquitos!... En eso estoy yo pen-

sando: en igualarme con el lechero y la recovera, para que el hijo de su padre y de su madre, que sabe Dios lo que tendrá en su casa, venga a regodearse el muy sinvergonzón con lo que me ha costado a mí tantísimas privaciones!...

Y a todo esto callaba aquel pacientísimo Cordero, ¿no verdad? ¡Mira cómo te callas como un muerto: porque ves que me sobra la razón!

Pues bueno: la Semana Santa, y gracias. No me lo vayas a renganchar para la feria El Sábado de Gloria que se largue en el rápido, y ojalá descarrilara en Despeñaperros, para que no volviera por aquí mientras el cuerpo le hiciera sombra... ¡Indecente!... ¡gorrón! y... ¡mal nacido!

No rechistas, ¿verdad?... Pues ¡toma! ¡toma! y ¡toma, para que escarmientes!

VI

—¿Pero qué es eso, chiquillo?

—Que no me encuentro bien, y me voy en el rápido.

—¿Pero?...

—Nada: que me voy. He pasado mala noche, y me parece que me estoy retentando para un ataque de apendicitis.

—¡Anda, y no seas majadero, ni aprensivo!... ¡Marcharte de Sevilla en Lunes Santol...

—Resueltamente me voy, ¿sabes? De modo que no gastes fósforo en balde.

—Pero...

—No hay pero que valga. Lo que hay que hacer se hace, y nada más. Vamos a despedirme de tu madre.

—Si mi madre no estará en casa. Si es su hora de misa...

—Pues me despides de ella.

—¡¡...!!

—Nada; que no pierdo el rápido, aunque tenga que irme en la perrera.

VII

—¿Que se ha ido en el rápido??

—Como lo oyes. Dice que se siente retentado de apendicitis, y que para estar enfermo, en su casita. Creo que va disgustado.



—¿Oiría algo, quizás, de la reprimenda que te eché anoche?

—¿Reprimenda a mí, tú?

—¿Pues no te acuerdas, corazón mío, que te estuve diciendo las tres verdades del barquero y que me quedé dormida tirándote pellizcos?

—¿Tú a mí?... ¡Tú estás peor!

—¿Pues en qué cama te acostaste tú?

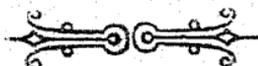
—En la tuya: en la alcoba. ¡Iba a acostarme yo en la mejor y dejar para el huésped...

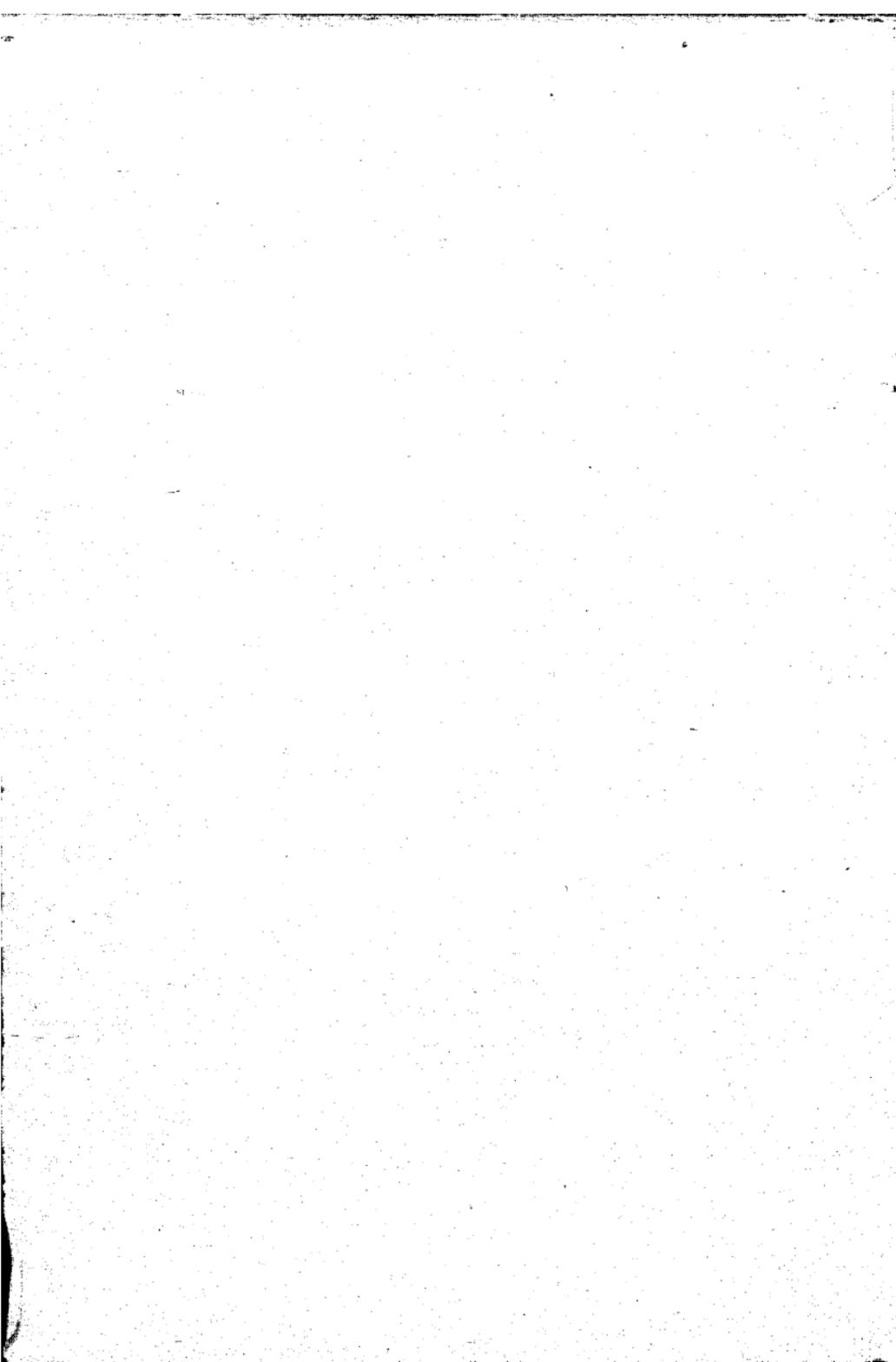
—¡¡Abrete, tierra, y trágame!!

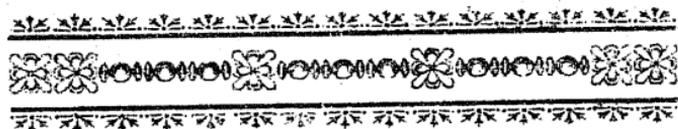
—¿Pero...

—Pues nada: que creí que eras tú, y me harté de decirle improperios y de tirarle pellizcos.

—¡Eres... eres... ¡de remate! ¡Buena la has hecho!...







Héroes anónimos.

Cosa frecuente es, en nuestras excursiones por la sierra, detenernos a contemplar el árbol gigantesco, que se remonta hasta las nubes; admirar la pujanza de su tronco; deleitarnos en la disposición del bien delineado ramaje; saborear, si a mano viene, su codiciado fruto, y no tener una mirada ni un recuerdo para las robustas raíces, que a modo de serpiente se enroscan por entre las piedras del barranco

Algo de esto acaece con las célebres Cofradías de Sevilla, cuando nos las tropezamos por nuestras calles: que admiramos en ellas desde «la Cruz de guía» que rompe

marcha, hasta los «candelabros de cola» del «paso de Virgèn» que la cierra; y no paramos mientes en el grupo de héroes anónimos de debajo de los «pasos» ... los pobrecitos cargadores, que, empapados de sudor desde los pies a la cabeza, luchando por igual con el trabajo y con la asfixia, permanecen horas y horas dentro de aquella atmósfera irrespirable y debajo de aquel peso abrumador, contribuyendo con la tensión de sus músculos y el ahogo de su pecho al esplendor porverbial de lo que es lo más saliente de nuestra incomparable Semana Santa.

Muchos de ellos ¡pobrecitos! empalman las cofradías, como los buenos fumadores empalman los cigarros. Y los hay que, después de una el Domingo de Ramos; otra el Martes y otra el Miércoles, se tiran a pechos de una sola tragantada una de Jueves Santo otra de Viernes de madrugada y otra de Viernes por la tarde: en fin: ¡treinta y seis horas seguidas, si no son más, debajo de una dura «trabajadera», respirando un ambiente de sudores fermentados, de tabaco fiambre y vino peleón, para llevar a sus hijos

un pedazo de pan... o recibir, a lo mejor, de mano del capataz que los regentea, el precio de sus sudores y fatigas y volver a ponerlo en manos del Mayordomo de la hermandad, porque ellos también son hermanos der Señó, o tienen también sus cuentas pendientes con la Virgen, de cuando el hombre entró en quintas, o de cuando la puñalá que tuvo que pegá por mó e la novia... de cuando estuvo, si se va si se quea, la probesita e su mare, o estuvo con la dirteria el hijo de sus entraña.

¡A quién gorvió los ojos, más que a Ella o más que a Él? ¡Po asín como Ellos jisieron «lo suyo», en é está er mostrarse agraesío! Er que paga descansa y deja una puerta abierta...

Si hay limosna en el mundo de más valía, ni acto de amor más fino a Jesucristo y a su Madre, por lo menos a mí no se me ocurre... Es menester ser muy agradecido y muy noble, para de esa manera tan gallarda arrojar a los pies del Cristo redentor un puñado de pesetas, ganadas con tan copiosos sudores y tan negras fatigas.

¡Pobrecitos cargadores de pasos, que como aquellos mártires que morían en montón, sin preguntárseles el nombre ni vérselos el rostro, discurrís por nuestras calles tras el anónimo de las caídas de un «paso»!: ¡por Dios no desperdiciéis el mérito de vuestra cruz! ¡Unidla con la de ese Cristo que paseáis en triunfo por nuestras calles!... Él también pasó fatigas, trabajos y sudores. A Él también le pesaba la cruz, y no la maldijo. ¡A Él también le atormentaba y no la abandonó hasta morir en sus brazos!

Tan recia y dura era, ¡tan pesada!, que le hizo caer una vez... y otra vez... hasta tres veces... ¡Desde entonces el trabajo es redentor y el sudor se ha transfigurado en divino!

Los que más se parecen a Jesucristo en la Semana Santa sois vosotros... A mí a lo menos me pareceis... imágenes animadas de de Jesucristo «pobre y en medio de trabajos desde su juventud».

Así, pues, no maldigais vuestra suerte. Si está escrito que ni un vaso de agua habrá de quedar sin recompensa, ¡cuánto más el sudor del bautismo del trabajo en el Jor-

dán de la pobreza, que tan cerca está del cielo?—¡Bienaventurados los pobres: porque de ellos es el reino de los cielos.—

.

Al frente de estos hombres—organismo que se mueve—va una cabeza, que los dirige: el Capatáz: cabeza que regula los movimientos y hace «humanos» los actos del individuo hombre.

Y es que, como los cargadores de los pasos no ven por donde van, se impone esa cabeza que los vaya dirigiendo a viva voz. Dirija bien el Capataz, y la Cofradía se deslizará como una seda. No importa que la calle sea estrecha y tortuosa, brusca la esquina y voleado el balcón: el capataz hará que los brazos de la cruz vayan entrando y saliendo entre uno y otro de los hierros de la baranda sin que las maniguetas rocen con el muro, ni los casquetes de la cruz se deterioren; se rompa una guarda-brisa, o una flor se descomponga...

—¡Esa dizquierda atrás!... ¡Esa derecha alantel... ¡¡Esa derecha alanteel!... ¡Andá, valientes ahí... ¡¡Tó, por iguá!!—Y los bra-

zos de la cruz o las perillas del palio, saltando el último hierro de la baranda, o sorteando el pescante de la farola de la esquina, y... el aplauso frenético de la turba, que ha admirado la filigrana de la «faena», y, a falta de la oreja y vuelta al ruedo, ¡ovación y música!

—¡Vamo, hijos míol... ¿Estai dispuestot?... ¡Qué vy a llamá, valiente!... ¡Una levantaíta suave, y quearse parao!... ¡¡Valiente: a esta es!!... ¡Tran! —Y seguido de su «paso», orgulloso de su uniforme, como un ministro de la Corona del suyo; poseído de la magia de su llamador, como de su prodigiosa batuta el director de orquesta, va bordando primores de dirección por toda la carrera, cuan larga es: bostezando de tedio, si a mano viene, por las calles anchas, y creciéndose hasta adquirir proporciones de genio, multiplicándose y derramándose en su obra, cuando llega la esquina que hay que torcer, o la muestra de la tienda, que hay que esquivar... ¡el dédalo de dificultades y peligros, que brotan en nuestras calles a lo mejor y que se truecan en rosas y claveles

al eco taumatúrgico de su voz de mando!

¡Con decir que hasta tienen su público, que los sigue estaciones y más estaciones, sólo para admirar su labor prodigiosa, y saborear su oratoria pintoresca, público que desde dos horas antes de pasar la cofradía por una de esas angustiosidades inverosímiles, se ha parapetado allí, solamente para verlos salir triunfantes!...

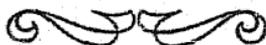
El capataz «ungido» se crece entonces, como el tribuno ante la expectación de la cámara... como el actor supremo en lo culminante de la escena definitiva... como el torero «fenómeno» en la suerte de la tarde... Abre entonces todos los complicados registros de su arte estupendo y echa mano a todos los recursos de su genial oratoria, y entre—¡Valiente!—e—¡Hijos mío!—increpando unas veces, como una furia y arrullando otras veces como una paloma, el «paso» se desliza, sin que roce en el obstáculo, más que si acaso las borlas de los cordones que amarran a los varaes las bordadas bambalinas...

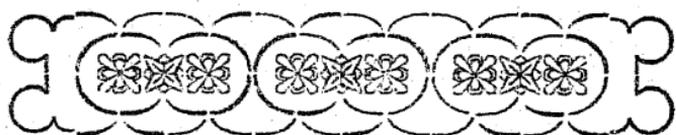
Haylos, que el Domingo de Ramos son

tenores. Barítonos, el Miércoles. El Jueves, bajos...

El Viernes de madrugada, a fuerza de caramelos y de pastillas de clorato, se las arreglan, como Dios les da a entender... ¡El Viernes por la tarde, ni por esas! ¡Como si fuese una puñalada la que tuviese que hablar!...

¡A bien que hasta el año que viene ya no habrá más cofradías y... sí: en un año, se puede echar muy bien otra nueva mucosa en la laringe!





Preparativos.

—¡Para, cocherol! ¡Para!

¿Va usted a alguna parte?

—Es natural.

—Digo a alguna parte, de precisión.

—A casa, a ver si me hacía una «silueta» para *El Debate*... La cosa no es urgente. ¿Quiere usted algo?...

—Que se venga usted conmigo a casa del bordador, a ver qué le parecen las imaginérfas del palio. No acaban de convencerme y me gustaría asesorarme de persona perita como usted.

—Pues a la orden...

—No, hombre: a la derecha... ¡Siguel ..

De allí tengo que llegarme al taller del broncista de los respiraderos del «paso de Virgen», a entregarle 500 pesetas, que me ha mandado a pedir, y de camino, a casa del dorador, a dejarle los medallones para el «canasto» del Cristo... Mire usted qué maravilla: ¡de la Roldana!... ¿Quién sabe si el paseo, después de todo, le dará a usted la «silueta»? ¡Pero no me vaya usted a sacar! ¡eh?... Que ustedes los escritores son como los gitanos: que si no la pegan a la entrada, la pegan a la salida. Así pues ¡ay de usted!

.

II

Entramos, y me pareció una de esas imágenes de la Caridad, que emparejada con la de la Esperanza y presididas ambas por la de la Fe, se destacan en el tímpano de los retablos del Renacimiento.

—¡Uán!... ¡uán!... ¡uán!...

—¿Tres chiquillos? de un golpe, señora?

—¿Qué quiere usted, don Juan de mi corazón? Tenemos tres oficialas criando, y como no se les tengan los rorros, no pueden

venir a bordar. ¡Figúrese usted el desavío tan regrande, con lo encimita que está la entrega!... ¡Mire usted, niños a mí: que cada uno me parece un toro, y metida a sucursal de la casa de la cuna! Pero ¿qué hago, señor don Juan?... A Ramón se lo digo: no me gustan estos trabajos a revienta caballo y por los pelos... ¡Velando las tiene usted desde muchísimo antes de Pascua de Navidad! Muchos miles de duros cuesta un manto: pero crea usted que los vale, y sobre todo: que es pan de muchísimos pobres. No sé como tienen cuerpo las infelices, aunque me-
tan en su casa muy buenos duros.

—¡Uán!... ¡uán!...

—¡Reyes, mujer, por Dios! ¡Mira que no respondo! ¡Son muchos «dos» de pecho, los de este niño, pa no cantar er «Jerusalem»!...

III

En plena calle otra vez...

—¡Para un momento!

¡Tú! ¿Cuándo vas a entregarme los faroles?

—¡Mú alantaitos que están! ¡Más e dos mese vengo currelando en ellos!... Yo creo que pasao mañana se los podré entregá a la gruñiora.

—¿Y ustedes no estrenan nada este año?

—Misté ¡tamié estrenamo! ¡Himos poío arrecójé unos cubitos e cá e Morón, y vamo a estrená un blanqueo en los reore de la capilla... ¿Por qué se ríe usted, padre de arma? ¡To es estrenál

.

IV

—¡Para!... ¿Tú por aquí?

—¡Calla, que vengo loco!... ¡Figúrate que vengo de casa del bordador, y me dice que el manto es imposible!

—Pero ¿tanto le falta?

—¡Casi ná! ¡¡Los dos picos!! ¡Y a la altura a que estamos! De modo que iba hacia casa a... escribir la carta para el juez.

—¿.....?

—Sí, hombre: para suicidarme tranquilamente y que no se culpe a nadie... Ya lo sabe usted, don Juan, por si quiere ponerlo

en *El Debate*: «En un violento acceso de manto por estrenar, puso fin a sus días el acreditado Capillita de esta plaza don Carlos Larramendi»... Bueno: sin broma: ¿ustedes quieren café?

—¿Traes termo quizás?

—Traigo un portamonedas, que es lo mismo... Tengo que ir a casa del platero a ver cómo me lleva las «potencias» del Señor... ¡De oro, señor don Juan! ¡De oro, con un J. H. S. de brillantes cada una, y una cruz de esmeraldas sobre la H, que quita como er sentío!... ¡Así! ¡Para que se quiten las lagañas estos jamberas!... De modo que me lleváis en coche. Ve el Lectoral las «potencias», a ver qué le parecen, y los convido a café.

—¡Y después te suicidas!...

—¡¡A ver si un manto sin acabar no es para ello!! ¡Gracias que cree uno en Dios! ¡Si no!...

—Pues anda, sube... ¡Anda!... ¡Pero por la rondal

—Sí: por la ronda. Con eso, nos pasamos por casa del Capitán de la Centuria, a ver

si ha solucionado el conflicto de la huelga.

—¿Pero...

—Nada: que ha dicho a la cohorte que cuidado quien prueba el aguardiente en la estación, y le han contestado que ¡por Baco! que para eso no se visten... ¡Cuando le digo a usted, señor don Juan!... ¡Echa la cortinilla, Rafael! ¡Echa la cortinilla!

—¿?...??

—¡Los de Santa Marina, con la demanda!

—¿Y a tí qué más te da un duro más o menos, a media hora del suicidio? ¿Vas a llevarte quizás los dinerales que tienes?...

¡¡Para, cochero!!...

V

—¡Hola, señores!

—¿Qué tal va esa demanda?

—Medianeja nada más... Doscientas pesetas próximamente, desde la una de la tarde.

—Pues no va mal... ¿Y se podría pasar un durejo por cabeza?

—¡Figúrese ustá la pedrá en los dientes!

—Pues vaya.

—Pues vaya.

—Pues vaya, y que el señor se lo aumente.

—¡Pues Dios se lo pague a ustedes!

—Y a ustedes los pasos.

—¡¡Andall!...

VI

—Oye ¡qué alfiler es ese?

—Pues... «el último grito» del capilleteo profesional. Un regalo de mi mujer el día de mi santo. ¡El escudó de la hermandad, de oro y esmalte!

—¡Pero hombre! Es toda una ocurrencia que merece ser copiada. En cuanto lleguemos a casa del joyero, voy a encargarle otro para mí con el escudó de la mía.

—Bueno:—pregunté yo por tirarles de la lengua—si los dejaran a ustedes cesantes «de empleo y sueldo»...

Los dos al unísono:—¡Reventábamos!... ¡Es una necesidad de nuestro organismo—añadió Rafael.—No sé si lo dará el clima, si será la costumbre... si será que lo hemos mamado con la leche... Que es una necesi-

dad de sevillano, no cabe duda. Con esta particularidad, ahora que nadie nos oye: que unos somos «capillitas» de solemnidad y profesión, y otros de sólo afición y vergonzantes... Cofradieros, todos. ¡Y usted también! sólo que usted es de los que tiran la piedra y esconden la mano ¿No es verdad, Carlos?

—Sí, señor; y no lo niego:—repliqué.—

Se ven cosas muy hermosas en nuestra Semana Santa. Esos cubitos e cá, pa blanqueá los reore e la Capilla, son todo un poema. ¿Recuerdan lo del hermano de la «Cruz de guía» de la Cofradía de la Macarena, hace unos años? Cosa fué de un dramatismo, sencillamente estupendo. Ir el hombre muy sereno, camino de su Catedral. Ver a punto de ser atravesada por enmedio, esto es: atropellada su Cofradía, por otra de las que ya habían hecho estación... Adelantarse al cruce de las dos calles... arrodillarse en el suelo con su cruz entre los brazos... besarla devotamente, y tenderla en tierra como si la colocara sobre un altar, y...

—¡Ahora, que pase el que quiera! ¡Pero

ay der que le jurgue a la santa Crú de Cristo!

Y no era teólogo. Ni asceta. ¡Un pobrecito hortelano macareno!.. Pero hijo de esta tierra de teólogos, sin saberlo, y de místicos, sin barruntarlo: ¡de esta tierra caballeresca por sentimiento y clarividente por intuición! Aquel hombre, más que un teólogo y que un asceta, ¡aquel hombre «se sentía» carne de martirio, por reverencia a «su Cruz!» Aquel hombre era... ¡Sevilla en toda la cristianidad de su Semana Santa!

—Pues allá va otro caso de cofradierismo agudo—añadió «el suicida»—que pudiera usted aprovechar para *El Debate*. Soy, como sabe Rafael, de las Conferencias de San Vicente de Paul de mi Parroquia. Y visitábamos este invierno un pobrecito acogido, de esos semaneros—santeros de raiz. El pobrecito estaba entregado a la voluntad de Dios, como un santo... ¡Lo que Dios quisiera de él y nada más! ¡A mí me tenía edificado!...

—¡De verdad—le pregunté en la agonía:—le da a usted lo mismo la vida que la muerte, con tal que sea la voluntad de Dios?

—¡Lo que Dios quiera! Ahora: que, la

verdad, siento... morir... me... pero es...
por... una... cosa... ná... má...

—¿Cuál, hermanito?

—¡Por... no podé... gorvé... a vestir...
me... de... per... ti... gue... ro... en la... co-
fra... día... de... er... Bara.. ti.. llo...!

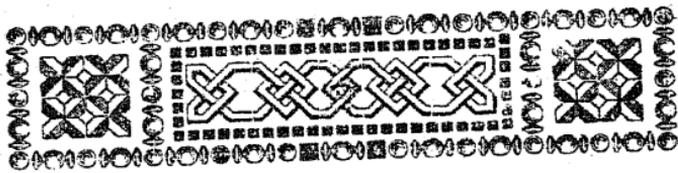
¡Y se me murió en los brazos el pobrecito
de mi alma!...

¿Pues qué cree usted que hice, Señor Lec-
toral?—prosiguió después de haberse enju-
gado una lágrima con el dorso de la mano—
Pues cerrarle los ojos. Irme a la capilla de la
Hermandad. Coger la toga del pertiguero.
Amortajarlo con ella, y claro: costear otra,
que es la que se va a estrenar.

.

VII

La «silueta» estaba hecha. Sólo faltaba
ponerla en limpio, remitirla a *El Debate*, y...
atenerse a las consecuencias



“La Amargura”

Imposible parece que dos escultores distintos, siquiera sean dos genios, hayan podido compenetrarse, como se han compenetrado en la maravilla del grupo de la Virgen y San Juan, de San Juan de la Palma, Luisa la Roldana e Hita del Castillo respectivamente.

Porque no son dos imágenes más o menos hermosas que ha colocado en unas mismas andas la piedad. Es un grupo escultórico, completo. Dos figuras de primer orden que se están necesitando mutuamente y que, cuando se reúnen y se juntan, constituyen «un asunto.»

Diríase que al juntarse dejan de ser dos estatuas más o menos bien agrupadas, para ser dos personas reales que se van entendiendo. Dos seres compenetrados de un pensamiento mismo e impresionados por una misma desgracia de la que van hablando... sin acabar de creerla—tan inverosímil es—ninguno de los dos... Un grupo de tragedia: la tragedia del Gólgota, en la que no ha tenido necesidad el artista de poner a la Virgen desmayada. Hay allí más tragicidad —y pase la palabreja —que en el desmayo mismo, síntoma de dolor, después de todo, al alcance de cualquier neurasténico. Es más sobriamente trágica la Virgen de la Amargura.

Yo no la puedo mirar, sin que se me vengán a las mientes los dos primeros versos de esa estrofa sevillanísima, especie de «Tantum ergo» de los septenarios dolorosos:

¿Quién es una mujer, que angustiada,

Vacilante y llorosa camina?

dístico tan descriptivo de cómo ella es, que parece compuesto expresamente para pintarla. La Virgen de la Amargura es eso

precisamente: una mujer... angustiada... vacilante... y llorosa, que camina.

Una mujer: la «más mujer» de entre todas las Dolorosas Sevillanas, y si me apuran mucho, «la única», mujer.

Todas las demás, bellísimas las más de ellas, más que la madre del Cristo padecido, parecen hijas de él. Apenas si representan arriba de veinte años. Tanto ha querido embellecerlas el artista, tanto ha querido pulirlas y acicalarlas, que las ha añiñado.—Así estaría la celestial Señora—me digo al verlas—en los primeros de sus dolores. En sus últimos dolores; en la tempestad de dolor que en expresión del salmo la hunde y la sumerge durante la pasión, estaría... como está la Virgen de la Amargura de San Juan de la Palma: mujer entrada en años, hecha, madura... ¡La Dolorosa del «Desprecio de Herodes» es toda una mujer!

¿Quién es esa mujer, que «angustiada...» ¿Angustiada? Hé ahí la nota característica de esta Virgen suprema. La angustia más de muerte... «¡La amargura» más de hiel que ha podido en el transcurso de los siglos empapar un alma:—inebriavit me ab-

sínthio—dijo el Profeta:—me emborrachó de amargura»—Y así está la Dolorosa de San Juan de la Palma.

Agrupada con el San Juan de Hita del Castillo, que de haberlo esculpido Miguel Angel, hubiérale podido decir como a su Moisés:—¡parla!—diríase que acaba de enterarse, por el Discípulo amado, de la cruenta realidad de la Pasión.

—¿De verdad?—parece que le pregunta.

—De la casa de Herodes viene saliendo, para tornar al lithóstrotos de Pilato.

La Virgen que lo oye, abarca de una sola ojeada todo el trágico desenvolvimiento de la cruz. El amado de su alma, como a la esposa del Cantar el suyo, conviértesele de repente en «manojito de mirra»; su dolor adquiere las proporciones inmensurables de su no medible amor, y se le puede decir con Jeremías:—tu dolor, como el mar en extensión .. como el mar en profundidad... como el mar en amargura.

Quién es esa mujer, que angustiada, vacilante...

Porque la Virgen de la calle de la Feria va vacilante,

Con el cuerpo doblado hacia adelante, como para echar a andar, y los ojos des-encajados de sus órbitas, con ese peculiar estrabismo del dolor y del espanto, más que hacia a donde apunta el rígido índice del virginal Apóstol, va mirando a todos lados: es decir: a ninguno.

No acierta a mirar nada, quizás por querer abarcarlo todo con la vista... Es tan inverosímil la pasión, tan absurda y tan monstruosa por parte del hombre que la lleva a cabo, siquiera sea tan sabia y tan providente por parte del Dios que la decreta, que la Virgen la oye y no la cree... ¡necesita: há menester que se le entre por los ojos, para que tanta malicia y con tanta ingratitud, sacrilegio tamaño le quepa como posible en la cabeza!... ¿Qué mal ha hecho, el que pasa por dondequiera haciendo bien?... Y sin que sus vacilaciones en la credibilidad del hecho histórico de la pasión obste a sus lágrimas, derramando más lágrimas que perlas de rocío vierte la aurora, angustiada, vacilante y llorosa... camina.

Porque «camina». No es que va de pié sobre un trono, para ser paseada por las

calles en triunfo. Es que camina realmente:
¡anda!

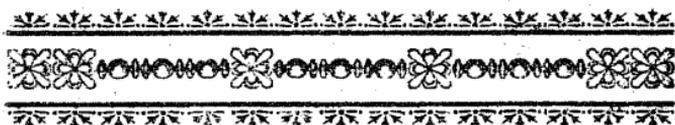
Cuando al peso de la pompa realmente asiática de que la circunda su hermandad se para el «paso» entre la admiración de toda Sevilla embebecida y la estupefacción del mundo entero—la Virgen de la Amargura merece un viaje del Polo Norte—cuando al peso de su propia magnificencia se para el «paso», yo la veo impaciente por volver a echar a andar...

¡No: presidentes del «paso»!... No os detengais. Y que, o ese San Juan se calle y deje de señalar con el crispado dedo, o adelante... y adelante, y adelante: a ver si encuentra por fin al Hijo de su amor. Al despreciado por loco y por idiota, siendo la Idea arquetipa, suprema, como Personal, de Dios.

¿Que quién es esa mujer, que angustiada, vacilante y llorosa camina??...

¿Esa? ¡La Virgen de la Amargura, de San Juan de la Palma!

.



Amor... Amor...

A los que, por escribir de cosas de Sevilla con toda la erudición que proporciona la mesa de un café, y toda la documentación que presta el cuarto de una fonda, no les merece la Semana Santa hispalense sino el despectivo nombre de «mascarada», quisiera yo llevar a muchas iglesias de las en que hay Cofradías, a lo que denominan los cofrades «la procesión chica», o sea: la conducción del Señor, desde el camarín del altar en que recibe culto todo el año, a lo alto de las andas en que habrá de recibirlo por las calles en el día y momento de la «estación». Creo que rectificarían, si eran honrados, como supongo.

Hácese esta traslación, en día fijo y a hora sancionada por la costumbre, con asistencia de sinnúmero de devotos de la Sagrada Imagen, suscritos anualmente a tributar al Señor de sus amores ese rendido homenaje de honda veneración, o «culto interno». Y con velas encendidas en las manos los asistentes y cantándose el *Miserere* con acompañamiento de fagotes... colocada la Imagen sobre unas sencillísimas parihuelas, si es un Jesús Nazareno, o conducida a hombros, si es un Crucificado..., haciéndole detenerse en el camino, para que se remuden los conductores—todos quieren llevarlo—, o para besarle con lágrimas de veneración el perforado pie o la mano ensangrentada..., colocarle una flor sobre el sudario, o arrojar un manojó de ellas por donde va a pasar, sale de la capilla; atraviesa las naves del templo *per longiorem*, y es remontado a lo alto de las andas, trono portátil desde donde reinará sobre toda Sevilla en la tarde o en la madrugada en que habrá de hacer estación, según la santa regla.

Y a propósito de estas «procesiones chicas», mucho más edificantes y devotas que

las solemnes «grandes», séame lícito describir una que yo, pecador, hube de disponer un año y que por espacio de muchos cristalizó en costumbre.

El Cristo del Amor, estupendo crucificado de Montañés, que podría firmar con orgullo el propio Buonarroti, se veneraba entonces en la capilla de Jesús, de propiedad particular, en la calle del mismo nombre.

Por razones que no son para escritas, la Hermandad del Amor tenía que «armar los pasos» en la capilla de San Gregorio—calle de Alfonso XII—para, de esta capilla hacer estación, por no poder hacerla desde la en que se veneraba la sacrosanta Imagen.

La conducción del Cristo de una capilla a otra tenía lugar a altas horas de la noche, un día cualquiera.

Se envolvía en una sábana, sin más ni más, y a hombros de los de la mesa se hacía la traslación a las callandas.

Habíales predicado yo aquel año el quinario y la función. Al final de ella, el almuerzo de costumbre, y en el almuerzo, el ratazo de charla cofradiera.

—¡Mire usted que tener todos los años

que liar al Señor en una sábana y llevárnoslo de tapadillo a la capilla de San Gregorio, como si se tratara de un contrabando!...

—¡Podía hacerse una cosa tan hermosa! —me atreví a proponer.

—¡Un voto de confianza! —propuso uno.

—Pues muchas gracias, señores. Y el domingo, a las once de la noche, todo el mundo en la capilla.

Una alfombra isabelina, propiedad de la iglesia, de tonos rojos, azules, caoba y verdes, tendida delante del presbiterio.

Ahora, tres cojines de terciopelo granados de ellos sobre la gradería del presbiterio y uno en el pavimento de la nave...

Ahora, cuatro blandones con sendos cirios en las esquinas del improvisado palenque...

Y ahora el Santo Cristo...

Y cargamos con él y lo tendimos sobre los tres cojines, como pudiera tender un grupo de huérfanos el aun caliente cadáver de su padre...

A la fantástica luz de las temblorosas lámparas, pendientes de las bóvedas de la iglesia, y a las rojizas llamaretadas de los cuatro

cirios amarillos de los blandones, aquel Cristo [supremo], de un realismo que espanta, al par que de un idealismo que enamora y subyuga, si dulce como el amor, fuerte como la muerte, tendido sobre la tierra como la víctima sobre el altar, y con los brazos abiertos como los tiene siempre la misericordia... ¡ah!, aquello, más que un Cristo de madera y que una obra de arte, era un muerto de verdad: ¡el muerto de la Pasión y del Calvario!...

Y en esto, dieron las once en el cercano reloj de San Lorenzo.

Mandé franquear las puertas, y empezaron a entrar los hermanos.

Entraban... y hondamente conmovidos, a vista de aquella no esperada escena de monte Gólgota, se acercaban, sobrecogidos y medrosos, a besar... la cruz. De la cruz se pasaban a los pies, y de los pies a las manos... y...

—¿Se le puede besar el costado?,—preguntó uno.

—¡Cuanto queráis!—le contesté—. ¿No se nos da *todo entero* en el altar?

¡Y las manos, y los pies, y el costado, y la

corona de espinas, y hasta el divino acardenalado rostro, ¡todo fué reverenciado y osculado y hasta regado de lágrimas!...

No sé de quién sería; pero la ví, ¡y yo no he experimentado otra sensación igual en este mundo! ¡Una lágrima *de alguien* había caído sobre el rostro de Jesús... y resbalaba, ¡resbalaba por la mejilla de la Imagen, cual si hubiese brotado de aquellos ojos muertos!...

¡Yo no sé qué dará, para morir de amor y de contrición! ¡Yo no he detestado nunca los pecados de mi vida, como en aquel instantel

Ni pude averiguar tampoco de dónde salieron tantas flores...

Claveles, que parecían cuajarones de aquella misma sangre redentora... violetas, que semejabán cardenales de aquella sacrosanta humanidad... manojos de rosas musgo y ramos de alelís... (amén algún que otro capullo de olor, colocado en el ojal de la solapa por la novia del oferente momentos antes) fueron cayendo, uno a uno, sobre el blanco sudario del Señor, enredándose en los clavos de las manos y de los

pies, o entretejiéndose con las espinas de la corona... ¡Delicadezas supremas que dicta sólo el amor!

—Ea: a encender los cirios, y de rodillas todo el mundo. Creo en Dios Padre...

Eran las doce.

Y como en el Evangelio todo está dicho y todo está hecho, he aquí todo lo que se me ocurrió decir a mi auditorio.

—Había Jesús resucitado de entre los muertos aquella madrugada, y María Magdalena se encontraba llorando en las afueras del sepulcro. Con apariencias como de hortelano, se le apareció Jesús y le dijo: —Mujer, ¿por qué lloras?— y creyendo Magdalena que fuese el hortelano el causante de su mal, hubo de contestarle:—¡Porque se han llevado mi Señor y no sé dónde lo han puesto! Si eres tú, por ventura, el que se lo ha llevado, dime dónde lo has puesto, para yo llevármelo—

¡Para yo llevármelo!... ¿Qué finura de amor es ésta, que se atreve a cargar con un cadáver?...

Hermanos del Amor: con el amor de adoración con que hubiese cargado con Je-

sús, de haberle sido posible, María Magdalena, carguemos ahora nosotros con nuestro Divino Muerto.

Creo en Dios Padre, todopoderoso...

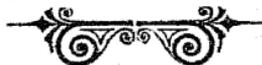
Y cargamos con él. ¿Cuántos? Cuantos cabían debajo de la cruz, que es muy ancha de brazos y muy luenga de asta. Y así, entre dos largas filas de hermanos con cirios, y llevando a la zaga un compacto grupo de mujeres, que me hacían recordar las del Calvario, rezando credos a cada una de las santas llagas, entre cuantas jaculatorias se me ocurrían, por la silenciosa calle de Jesús, la solitaria plaza de San Vicente y la calle de Abad Gordillo, desembocamos en la plaza del Museo, y entramos en la calle de Alfonso XII...

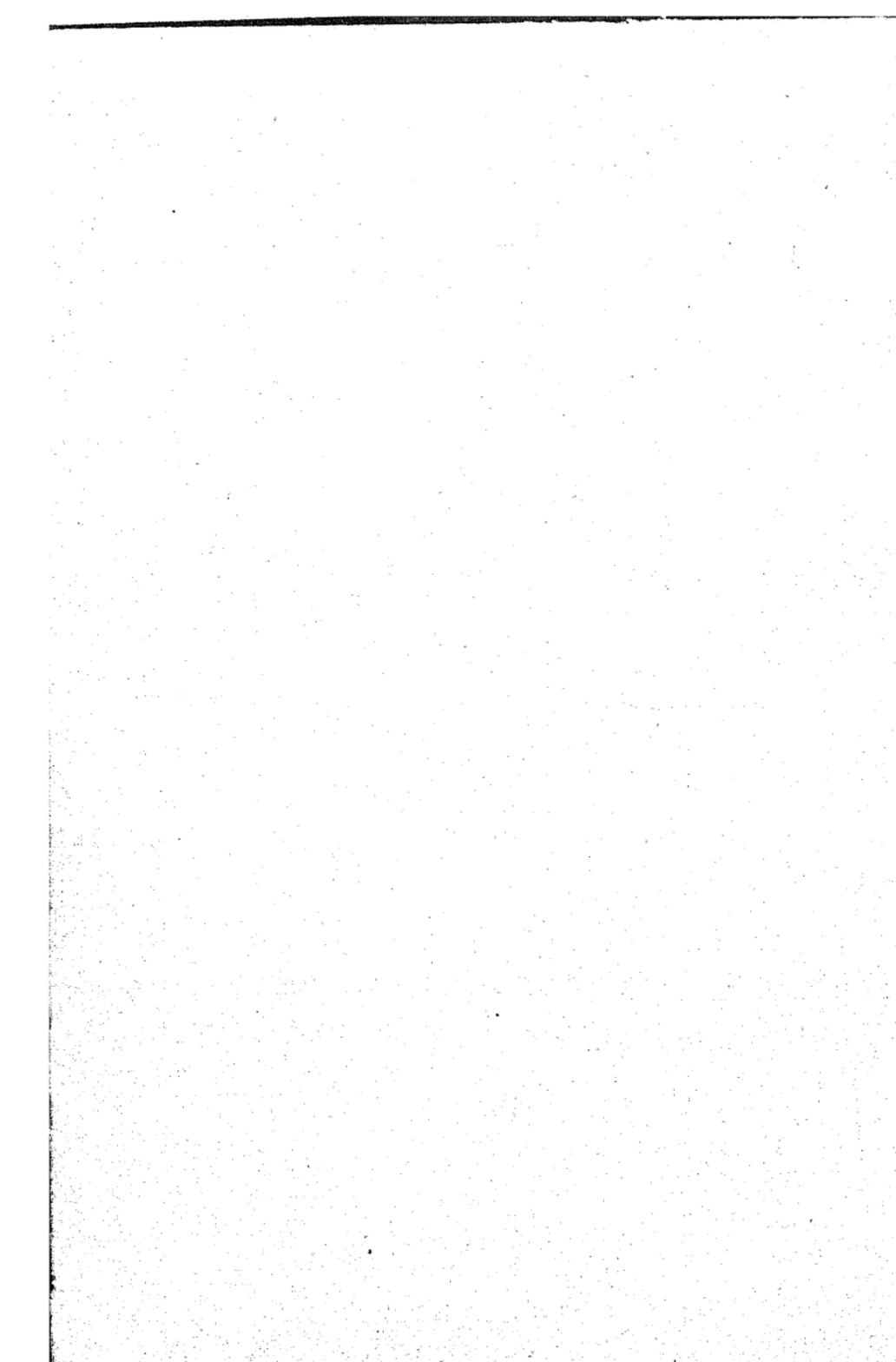
Nadie que nos vió pasar dejó de detenerse, destocarse y caer de rodillas. Los tranvías se detenían a nuestro paso, arrodillándose, al vernos, desde el último pasajero hasta el mismo conductor. Los que iban en coche se apeaban y se incorporaban a la fúnebre comitiva, con la fe y la piedad, la veneración y la ternura, con que el reducido grupo de amigos fieles que le acompañaron

hasta la cruz le siguieron hasta el sepulcro,
y hasta mucho más allá de la losa del se-
pulcro...

.....
—¿Mascarada?

¡Amor, y amor!... ¡Ah! A Sevilla, como a
la gran amadora del Evangelio, se le tendrá
que perdonar mucho, «porque ha amado
mucho».







La Saeta

A mi querido amigo Don Angel Herrera y Oria.

Passio Domini nostri Jesu Christi secundum pópulum: titularíamos el hechicero libro que se podría escribir acerca de la «saeta»: ese canto popular, netamente andaluz, y por ende, sevillano, con que el artista anónimo de la turba, en los cuatro o cinco versos de una copla, ha encerrado un «misterio» de la Pasión del Dios-Hombre; una historia, o una endecha; una execración y un reproche a los verdugos de Jesús, o una adhesión de simpatía como hoy diríamos, a los fieles amigos del Calvario; un requiebro a la Virgen dolorida

o una compasión a Jesucristo padecido: pero siempre, siempre, siempre, un trozo de Evangelio.

Quien se sepa pues, de memoria una colección de saetas y en Andalucía se la sabe todo el mundo, puede decir que tiene a la mano una «edición ilustrada» de ese Libro, que «no pasará, aunque pasen los cielos y a tierra.» ¡Pintan y esculpen, más bien que cantan!

Y con efecto: que diría un orador.

—He aquí que subimos a Jerusalén dijo Jesús a sus discípulos—y se consumarán todas las cosas que han escrito los profetas del Hijo del Hombre—Y la saeta canta:

Viendo Jesús que su muerte
La tenía tan cercana,
Llamó a su madre prudente
Y con discretas palabras
Va y le dice de esta suerte:
Madre mía de mi alma:
Vuestra bendición espero;
Porque ha llegado ya el día
Que, muriendo en un madero,
Se cumplan las profecías.

¿Quién ante el «paso de la Borriquita»,
ese pasmo.. «de Sicilia» para la gente me-
nuda, no ha escuchado cantar por nuestras
calles:

Cuando er divino Mesía
Entraba en Jerusalén,
Lleno er pueblo de alegría,
Con ramos, parma y lauré,
A recibirlo salía?

La Cena: esa pascua legal, «con deseo
deseada» por Jesús, a cuya mesa se sienta
en el cenáculo, con el dinero en el bolso y en
el alma la perfidia el apóstol sacrílego, tam-
bién tiene su saeta, evocadora del fresco de
Leonardo Vinci: oídla desde lo alto de ese
balcón:

Cuando Jesús proponía
Reunir a su apostolado
Para celebrar su cena,
Miró a un lado con gran pena
Y vió a Judas en pecado.

«Grupo» como el de la Oración del Huer-
to de la Cofradía de Monte-Sión, para el

que nuestro incomparable arte imaginero necesita un Cristo orante como el de Pedro Roldán, un ángel, que diríase descendido del mismo cielo, si no supiésemos que era de la Roldana, y tres apóstoles dormidos, entre rocas de corcho y varas de rosales, lo pinta, o mejor: lo esculpe y hasta lo policroma la saeta, con sólo estos áureos versos:

En el Huerto e las Olivas
Jesús a su Padre oraba:
Los Apóstoles dormían,
Y un ángel lo confortaba
En medio de su agonía.

O bien:

Los discípulos, dormidos.
El Maestro, en oración.
—Despertad, que me ha vendido
«El hijo de perdición» . . .
¡Dinero le han ofrecido!

Sale de la capillita de San Andrés, de la calle de Orfila, el paso de la Hermandad del Prendimiento, y dos voces distintas cantan a un tiempo mismo:

En el huerto lo prendieron,
Pa salirse con su gusto
De darle puros tormento...
¡Lleva cara de difunto!
¡Va muerto de sentimiento!
Viendo Pedro que urtrajaban
Ar divino Redentó,
Su espada desenvainaba
Y, tirándole a un sayón,
Una oreja le cortaba.

«El desprecio de Herodes», porque el divino Galileo no habla en su presencia de incestuoso, con la sangrienta burla de la vestidura blanca—camisa de fuerza, como hoy diríamos—ignominioso sambenito de la demencia: ese «paso» sevillanísimo, sin el que no se concibe un Domingo de Ramos de Sevilla, también lo coloca el pueblo sobre las doradas andas de esta saeta, realmente primorosa:

Herodes le preguntaba
Y Jesús no respondía.
Herodes lo despreciaba
—Y de blanco lo vestía
¡Y a Pilato lo mandaba!

¡A Pilatos!: el que lo hará azotar, para
que el pueblo cante, al verlo avanzar atado
a la columna:

¡Míralo por allí viene
Er mejón de los nacíos,
Atado de piés y manos,
Con el rostro denegrió!

¡Pilatos!, el que, como a Rey supremo
del dolor, lo hará coronar de espinas, para
que atruene los aires este lamento:

¡La corona der Señó
No es de rosas ni clavele:
Que es de junquillos marino,
Que le atraviesan las sienas
A aquer Cordero divino!

¡Pilatos!, que, queriendo salvarlo, en medio
de su punible cobardía, revestido de púrpu-
ra irrisoria y con cetro de caña para ludibrio
de su realeza, lo presenta ante el pueblo
desde el barandal del lithóstrotos a fin de que
la musa popular lo mismo cante llorando,
que cantando lllore:

¡Ya lo llevan ya lo traen,
Ya lo asoman ar barcón;
Con una caña en la mano,
Pa que sirva de inrisión...!

Pilatos, finalmente, que como en el «paso» primero de la Macarena, pronuncia la sentencia más inicua de los siglos. ¡Sss! ¡Calla y escucha!:

Pilato en la palangana
 Dambas manos se lavó,
 Porque curpa no le hallaba.
 ¡Y ar pueblo se lo entregó,
 Pa que lo crucificara!...

Y ya, la calle de la Amargura: el camino de la cruz; el «vía crucis».

Es Jesús el que habla:

—¡No hay quien me ayude a llevar
 Este leño tan pesado,
 Que llevo el hombro molido
 Y el cuerpo descoyuntado?—

Como un gusano arrastrando

Va pa er Carvario Jesús.

Las fuerzas le van fartando.

¡Ya no puede con la cruz

Y un hombre le va ayudando!

En la calle e la Amargura

Jesú a su Madre encontró:

¡No se pudieron hablá,

De sentimiento y doló!

Y en esto se vé venir por la típica calle de la Alcaicería, en derecha de la Campana, la Cofradía de las Tres Caídas, de San Isidoro...

El cuerpo de nazarenos, encapuchados de negro, se extiende a todo lo largo de la calle y el paso del Nazareno, caído bajo el peso de la cruz, se encuentra en el altillo de la plaza de la Alfalfa.

La musa callejera lo vé a lo lejos, entre luces y entre flores, y pregunta y se contesta:

¿Qué es aquello que reluce
En aquel monte florido?
—Es Jesús de Nazareno
Que con la cruz se ha caído!

Y allá va ésta, que no he oído más que en Hinojos, y que tiene, a lo menos para mí, todo el espíritu y toda la rudeza, todo el candor y toda la tragicidad de un alto relieve románico-bizantino:

En la calle e la Amargura
Se cayó Su Majestá,
Y aquellos perros judíos
¡Lo alevantan a patás!

¿A «patás»? ¿a «patás», la Majestad del «Rex tremendae majestati»?... Pues sí: a «patás». Y porque así fué tratada realmente y porque el pueblo lo sabe, su enérgico cincel lo perpetúa en el alto relieve de esa copla, que revela un artista de cuerpo entero. Díganme, si no, si es posible traducción más adecuada de lo de «oprobium hóminum et abjetio plebis». La palabra «patadas» me gustaría menos. «Patás», porque es más popular, es mucho más expresivo..., más enérgico..., ¡más de alto relieve románico-bizantino, entre candoroso y trágico, que es lo que hemos visto siempre en ese hechizo de copla.

.....
 ¿Personajes de la vía dolorosa me preguntáis?

Por allí viene San Juan
 Con el dedo señalando,
 En busca de su Maestro,
 Que lo están crucificando.

—
 El rostro acardenalado
 Le ha limpiado una mujer:
 La Santa Mujer Verónica,
 Hija de Jerusalén.

Ahí vienen las tres Marías
con los tres cáli de plata,
arrecogiendo la sangre
que Jesucristo derrama.

.....
¿No oís?... ¿No oís, en medio de la infernal
algazara que suena en las laderas del
monte del sacrificio, algo que habrá de re-
percutir eternamente en todas las entrañas
bien nacidas? ¿...?

—
En el Calvario dan gorges
Madalena, ¿que será?
—¡Es Jesús de Nazareno,
Que lo empiezan a enclavá!

—
En una cruz lo tendieron,
Las dos manos le clavarón;
No alcanzando a los barrenos,
De los dos pies le estiraron.
Para mayores tormentos.

¿Pintura más exacta del tálamo de amo-
res doloridos de la cruz que la que va en
esta copla:

Es tan estrecha la cama
Que han hecho al Rey de los reyes,
Que, por no caber en ella,
Un pie sobre el otro tiene.

¿El «Deus meus, Deus meus ut quid dereliquisti me»? ese amargo quejido del Cristo moribundo, que estremeció de dolor hasta a las mismas piedras?

En el Calvario se oía
El eco de un moribundo,
Que en sus lamentos decía:
«¡Me encuentro solo en el mundo
¡Con mi cruz y mi agonía!

Suena la hora de nona del día más memorable de los siglos, y

Ya comienza su agonía;
El pecho se le levanta;
Se le afila la nariz;
Se le aprieta la garganta...
¡Ya está próximo a morir!

¡Unos momentos más de angustias infinitas, en que soporta «la iniquidad de todos los inicuos» y ... la Musa popular, desmelenada como María Magdalena, ensorde-

decerá los aires a gemidos entre sus ayes desgarradores!:

¡Ya murió mi padre amado
Ya murió mi Redentor,
Ya murió en la cruz clavado
Mi Dios, mi Padre y mi Amor!

¡El desbaratado cataclismo, que hizo decir al Areopogita: o el universo perece o el Hacedor del universo padece?... También sabe de él nuestra saeta que traza el horrendo cuadro con estas enérgicas pinceladas de escenógrafo:

El sol se vistió de luto
Y la luna se eclipsó.
Las piedras se levantaron
Cuando el Señor expiró.

La tierra sintió su muerte
Y los cielos se nublaron;
Las sepulturas se abrieron,
Los muertos resucitaron.

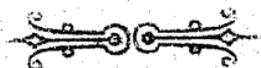
.....
Ya vienen las golondrinas
Con su pico muy sereno,
Pa arrancarle las espinas
A Jesús er Nazareno.

¿Qué queda como amargísimo epílogo de esta lúgubre tragedia, ante la que palidecen las de los Eurípides y los Sófocles? ¡Una madre dolorida, con el corazón erizado de puñales, tan triste y tan sin ventura como la que nos pinta la saeta!...

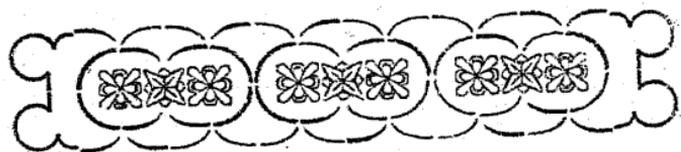
¿No hay quien me dé una limosna
 Para ayudar a enterrá
 A hijo de esta Señora,
 Que se quea esampará
 Güerfana, viuda y ¡sóla!?

.....

¿Verdad que recogiendo saetas por ahí —
 se me han quedado muchas en el tintero —
 pudiera hacerse un libro peregrino que pu-
 diera llevar por título: «Passio Domini nostri
 Jesu Christi secundum pópulum?»







Camino de Dios

I

Aunque parezca exclusivo de estas tierras sevillanas el que se dé en ellas el nazareno, como se da la juncia en las márgenes de los arroyos y los helechos entre los peñascos de la sierra, a la manera que donde menos se piensa salta la liebre, donde menos se piensa, ni siquiera se barrunta, suele saltar a lo mejor un nazareno.

No sé si será por el medio ambiente, si será por la influencia del ejemplo: pero no deja de ser frecuente el caso de un turista de Despeñaperros para allá, si no es de allende el Pirineo, que, habiendo visto las

Cofradías de las primeras tardes, o al confrontarse dentro del templo, a que fué a ver los «pasos» con el Cristo avasallador y definitivo que le llegó hasta el alma, se hace recibir de hermano; se provee de su túnica y de su capirote, aunque haya que revolver Roma con Santiago, y hételo en la tarde del Jueves o del Viernes, si no es en la madrugada, tan cofrade, tan nazareno y hasta tan «capillita» como si hubiese nacido, criándose y hecho hombre en la Ciudad,

*Que Hércules edificó,
Que Julio César cercó
De muros y torres altas,
Y que un Rey Santo ganó
Con Garci—Pérez de Vargas.*

He aquí cómo me refería uno de ellos su «nazarenato». Es un «histórico» sin desperdicio.

II

—Había yo venido a Sevilla aquella Semana Santa, como vienen casi todos los que vienen: a presenciar un espectáculo de uni-

versal renombre y a echar una cana al aire.

Me hablaron de lo cómodo de una silla en la plaza de San Francisco, o dentro de un café, en la calle de las Sierpes.

Yo no tengo paciencia para estar sentado mucho tiempo, y adiviné el placer de las esquinas. Eso de ponerse a ver Cofradías, como el célebre exterminador de ratas, sentado en su gran sillón, con su cachiporra en ristre y—vengan ratas, que yo las iré matando—no se aviene con un militar, y menos de mis nervios.

Y de esquina en esquina; de encrucijada en encrucijada; de barreduela en barreduela, y hasta de barrio en barrio, vi todas las de el Miércoles y las del Jueves, pues llegué en el correo de Madrid de dicho primer día.

El Jueves quedé rendido. Y después del *Miserere*, que por cierto tuve que oírmelo de pié, pues estaba la Catedral apisonada, cené como de costumbre y decidí acostarme... Estaba ya de Cofradías hasta el pelo, y me imaginaba yo que por mucho que tuviesen que ver las de madrugada, no serían otra cosa que la repetición, con ligeras va-

riantes, de lo visto hasta entonces, el Jueves sobre todo ..

Me acosté decidido, y no podía dormir... ¡Me escarabajeaba en la conciencia la ingratitud para con Jesucristo,—rachas de misticismo que le vienen a uno—de acostarme tan sereno y campante, a descansar a pierna suelta, mientras Él devoraba en su alma santísima todas las hieles de su pasión. Me acordé de aquello que dijo a sus apóstoles en aquella misma noche de eterno recuerdo: —¿Qué, ni una hora habéis podido velar conmigo?—y me levanté, aunque molido como alheña, me vestí en dos minutos y me planté en la calle.

Me hospedaba en casa de unos parientes, que vivían en la Casa de la Moneda, y me fuí pián pianito por la calle del Cardenal González, en derechura de la Catedral.

Era una madrugada de neblina espesísima, tan compacta y palpable, que daba la impresión de ir caminando dentro de una nube.

Desemboco en la anchura que hay entre la Catedral y la Casa Lonja, y veo... como



una constelación de estrellas indefinidas, hasta las que yo me hubiese remontado sin sentir, dentro de aquella nube de tormenta, o que hubiese descendido de los espacios siderales por arte de encantamiento, hasta ponerse al alcance de mi mano...

Eran... dos largas filas de puntos luminosos, que lo mismo podrían ser estrellas, como he dicho, que las luces de los cirios de los nazarenos de una hermandad... Cuerpo de nazarenos—o lo que fuera—que la niebla esfumaba y diluía, hasta hacerlos perderse enteramente en la negra opacidad de la apretada noche.

Sólo las luces de los cirios, y para eso veladas por la niebla, cual si estuviese cada una dentro de un globo de cristal esmerilado, era lo que se veía... Y allá al final de estas filas de luces, o constelación de estrellas, destacándose sobre el cielo del lado de Levante, que empezaba aunque medrosamente a clarear, destacándose, repito, la rígida silueta de una enorme Cruz, como la que vió Constantino refulgir en mitad del espacio, y en ella un Cristo muerto, entre cuatro llamas, como de otros tantos gruesos ci-

rios, que debían darle guardia de honor en las cuatro esquinas del invisible «paso»...

Aquel verso inmortal de la Divina Comedia:

Che in quella croce lampaggiava Cristo:

«Resplandecía Cristo en aquella Cruz» me pareció compuesto por el Dante para aquel punto y hora...

¿Era aquello una visión ultraterrena, dantesco-paradisiaca, en la que Jesús, crucificado y muerto, pero glorioso, se aparecía «para mí solo» dentro de una niebla, por el estilo de la que invadió el templo de Jerusalén, al tomar de él posesión la Divina Majestad?

¿Era que yo no estaba en una calle de Sevilla, ni era tal madrugada de tal Viernes Santo, sino en Jerusalén, y la plenitud del día, prótasis de la historia, cénit trocado en noche por el eclipse, que invadió toda la tierra, desde la hora de sexta hasta la hora de nona?

La neblina que lo diluía todo, menos al Cristo ¿era una mera neblina de mes de Marzo, o la misma que a manera de suda-

rio vistió al Gólgota, durante las tres horas de agonía del Cristo moribundo?...

El grupo de nazarenos que rodeaba el paso ¿eran tales nazarenos tangibles y palpables, o eran espectros... fantasmas los cuerpos resucitados y dejados escapar por los sepulcros, al grito con que el Hijo del Hombre llamó a la muerte?

Aquello, en una palabra, ¿era Sevilla en la madrugada de un Viernes Santo, o era una página viva del Evangelio, andando por las calles? ..

Quise romper a llorar, y no pude... ¡Caer de rodillas para besar la tierra bautizada con la Sangre del Calvario, y no supe hacerlo... Todo lo que se me ocurrió fué echar a andar hacia el Cristo como si una fuerza irresistible me arrastrara hacia El; llegar al «paso»; agarrarme a una de las maniguetas, y no apartarme ya de El en todo lo que restaba de estación.

.....
 ¡Hubiera ido El hasta el fin del mundo!
 Hasta el fin del mundo hubiera yo ido con El!
 ¡Hubiérame llevado hasta el ecúleo del tormento, a las llamas de las hogueras... a

las hambrientas fauces de las fieras de los anfiteatros! ¡Y al ecúleo, y a las llamas, y a las fieras hubiera ido gustoso, por no apartarme de la sombra de su cruz! Sin haber leído entonces al Apóstol, como le he leído luego, adivinaba, ¡sentía! aquella hermosa frase digna de él:—«ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni lo alto, ni lo profundo, ni criatura ninguna me podrá separar del amor de Jesucristo!

Comprendía toda la verdad de lo que, al leerlo, me había parecido inverosimilitud de novelista en la narración de usted «El misere-re del Conde», que figura entre sus cuentos «De guante blanco».

Como a aquel Marcelo Ossorio el Señor del Gran Poder, se me había atravesado a mí en mi camino el Cristo del Calvario... ¡Yo que había venido a... divertirme!...

Por cierto que, al llegar a la capilla, no me dejaban entrar. Es de regla o costumbre que no penetren más que los cofrades.. ¡Apartarme yo de *mi* Cristo?..

Pedí con vivas instancias que hicieran venir al Mayordomo. Le mostré mi tarjeta, y éste me dejó entrar.

—¿Qué es necesario para salir de nazareno el año que viene?

—Recibirse de hermano.

—¿Puedo recibirme ahora?

—¿Por qué no?

Y me recibí de hermano.

—¡Hasta el año que viene!...

Y satisficé mi luminaria de todo el año.

III

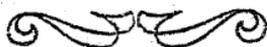
Desde entonces, don Juan, no he faltado ni uno, para acompañar a *mi* Cristo, haya estado, donde haya estado... Este año he venido de Larache.

He llegado a Sevilla en automóvil a las doce de la noche, para volverme a Cádiz a las siete de la mañana y embarcar en cuanto llegue.

Muchos años no hablo con nadie, ni veo

nada... Es decir: veo a *mi* Cristo... y *me veo a mí*, y voy hablando con Él, y Él hablando conmigo... ¡Y en verdad que «tiene palabras de vida eterna»!

¡Dice tanto un Cristo muerto!





La Virgen "mía"

I

Temo que pueda ser recusada esta «silueta» por parcial, sabiéndose como se sabe por aquí mi devoción ferviente y mi amor casi rayano en la locura, a la incomparable Virgen que, a la advocación del El Valle—la Virgen de mi pueblo—une el carácter de Dolorosa—la Virgen de mi alma.

Y digo «de mi alma», porque, aunque concepcionista hasta la médula de los huesos, como buen sevillano, y mariano «hasta la división del alma y del espíritu», como buen español, mi devoción más honda a la Santísima Virgen es en sus Dolores. Que, si Inmaculada la admiro y en todos sus demás misterios la venero, en su Dolor la admiro,

la venero y, además la compadezco con toda el alma. ¿Qué menos puede hacer un corazón bien nacido, ante un infortunio semejante?... Allí, pues, donde está una Dolorosa, está mi «amor compaciente», y si esta Dolorosa, es por añadidura, como la que con sus gubias, punto menos que angélicas, nos esculpió Montañés, y se llama como quien no dice nada, Virgen del Valle, díganme si no es para tener puestas en ella, como yo, con los cinco sentidos del cuerpo, las tres potencias del alma.

Pero, si por parcial se me recusase, ahí está toda Sevilla ¡y el mundo entero!, diciendo lo que yo: que con haber en Sevilla tántas y tántas y de tan gloriosas firmas, la Dolorosa *suprema de Montañés*, es la del Valle.

Porque es indudablemente, autenticísimamente, de Montañés. Es... la Cieguecita (1) de la Catedral, sólo llorando; como el

Célebre Inmaculada de Montañés, que se venera en uno de los altares laterales del coro, denominada así por tener casi cerrados los ojos, para mejor expresar el pudor y la pureza.

Cristo de los Cálices es el mismo de Pasión, sólo crucificado; como el Señor del Gran Poder es el mismo del Amor, sólo con la Cruz a cuestas: la obra más acabada en su género del Escultor de Cámara de la Virgen —el Pintor es Murillo,—que, si cristalizó en concepcionista por exigencias de la época, sintió por temperamento, tanto o más que las celestes idealidades del Misterio Purísimo, las realidades ensangrentadas de la horrenda tragedia de la Pasión.

Como obra definitiva de Montañés, tiene todo el ingénito señorío del más *Señor* de nuestros Maestros imagineros del siglo XVII. Y si llora, ¿qué digo *llora*? si se está muriendo de pena, su pena es por las penas de un Hijo augusto.

Nati poenas ínclyti.

Dolor de Madre de un Rey, su dolor es sereno, resignado, señorial, ¡augusto!: ¡el dolor de toda una reina, suprema mártir, que, si se entrega a todo el dolor que cuadra a su infortunio, hácelo sin menoscabo de su majestad soberanal ¡Así, y no de otra manera, lloraría la Virgen cuando *stabat*

justa crucem: con señorío de reina; con resignación de esclava; con... lo que quiera que le competiera, de Madre de Dios!... La Virgen del Valle no anda. La Virgen del Valle *stat*: si firme e inquebrantable como su amor, con un dolor en el alma y en el rostro, como para matar de dolor al universo.

Cuando en la noche del Jueves Santo, después de haber recorrido nuestras calles en medio de una verdadera apoteosis, penetra por las naves de nuestra Catedral, que con ser tan inmensurable le viene estrecha, y flotando, flotando sobre el mar de cabezas del gentío que ávido de escuchar el *Misere-re* hinche las naves e invade las capillas, cabezas que se levantan para mirarla con los ojos vidriados por la emoción y para bendecirla con los labios tremantes por el sollozo; ante los cuatros gigantescos frentes del monumento encendido, se vuelve de cara a él y se detiene en la marcha triunfal de su dolor... divino, ¡ah! entonces no parece una imagen más o menos vestida—y lo va como una reina—ni mejor o peor enjoyada—y lo va como una Emperatriz de Bizancio— ¡es la Madre del Cristo del monumento,

que no acierta a separarse del Sepulcro, porque allí está su tesoro, como que está allí su corazón! Y si al fin y a la postre tiene que echar a andar, camino de la puerta de los Palos, porque el tiempo urge y las templaduras *y piccicatos* de los violines de la orquesta, que maciza y apisona el presbiterio, están diciendo que va a empezar de un momento a otro el realmente estupendo *Christus factus*, se aleja del Monumento, majestuosa y resignada, llorando la catástrofe divina de su Hijo inclito: *Nati poenas inclyti*.

¡Es su instante, y es su sitio! No la calle, ni la plaza, ni la ronda, ni el barrio. El único marco que la puede encuadrar dignamente es la hipérbole de tamaño y de arte de nuestro templo catedralicio: y el instante, el instante en que la avasalladora tempestad de instrumentos y de voces del *Miserere*, como potente eco de la humanidad entera, gime, más bien que canta: *Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem*.

La Virgen del Valle lo oye, cuando sale por la puerta de los Palos, y se vuelve a su

iglesia, llorando por las calles *Nati poenas
inclyti.*

II

Sucede entre las Cofradías de Sevilla lo que entre las diversas casas de familia de cualquier pueblo: que en unas es el padre el preferido y en otras, la madre. Y si en «el Gran Poder» o en «Pasión»; en «el Amor» o en «el Patrocinio de Triana», el Cristo lo absorbe todo, en la Macarena y en «la Amargura», por ejemplo, lo mismo que en «el Valle», la Virgen es el delirio de la Hermandad y la razón de ser de toda la Cofradía.

Y con venerar, y mucho, los hermanos del Valle a su Cristo de la Coronación y a su Nazareno con la Cruz al hombro, acaso se avinieran con otro Cristo. ¿Con otra Virgen? ¡Nunca!

No me quiero acordar de cuando, hace unos años, se le prendió fuego a las ropas de la Señora dentro del camarín, y se le deterioraron las manos y se le chamuscó la cara.

—¿Pero qué es eso?., ¿? Pero, qué pasa?—

pregunté al grupo de Hermanos que vinieron desatentados a traerme la noticia.

—¡¡¡Que nos hemos quedado sin Virgen!!!

Y se me echaron a llorar, hombres como trinquetes, «como se suele llorar en la muerte del primogénito».

Por misericordia de Dios, el daño no había pasado del lado de allá de la encarnación, y para eso, en los salientes del rostro... Podía fácilmente restaurarse—nos dijo Joaquín Bilbao—sin que perdiera su enfonación primitiva, ni siquiera la pátina del tiempo, pues había quedado mucho a que poder ajustarse para copiar. ¡Y tuve la inmensa dicha de que fuera mi huésped muy cerca de dos meses!...

La alegría que habría en la casa de Jairo, en la de la viuda de Naím y en la santa morada de Marta y María al ver resucitados a sus queridos muertos, complázcome en pensar que sería sombra de la que hubo en el patio de esta casa, el día en que, acabada la restauración y vestida la Virgen, vinieron los cofrades a darle el visto bueno...

¡Besos a la Santa Imagen... lágrimas de

alegría... abrazos de unos a otros... —¡hay que ver cómo quiere esta gente de Andalucía y cómo sabe expresarlo!—, ¡todo les parecía poco para manifestar su contento!!

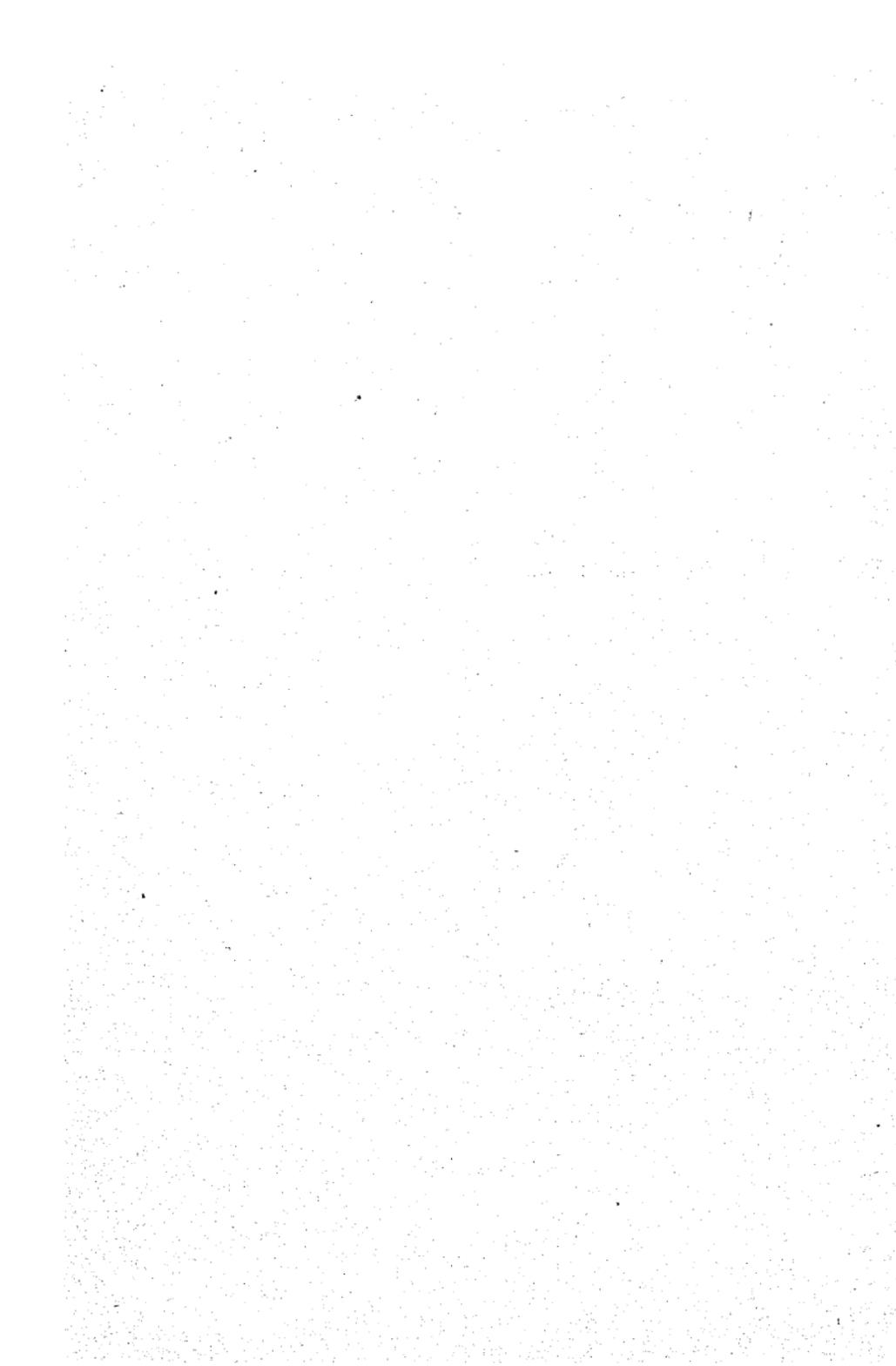
Y entonces se pensó en una fiesta de acción de gracias, que corriera parejas con la grandiosidad del beneficio. Y en la festividad de los Dolores Gloriosos, previos unos maitines a toda orquesta, cantados la víspera por la noche, y una misa de Comunión general, que celebró a primera hora, el entonces Obispo de León, Don Juan Manuel Sanz y Saravia, ¡allá va nada menos que una misa pontifical, con que se dignó de honrarnos el Señor Arzobispo de Sevilla, Don Enrique Almaráz y Santos: fiesta tan repiqueteada y tan solemne, tan por todo lo altísimo y tan reestrepitosa, que ha dejado memoria para siempre en nuestros fastos cofradieros!

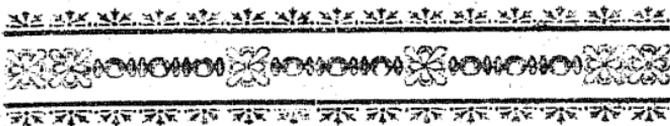
Para ella se colocó la celestial Señora, con todo el deslumbrador aparato del mismísimo Jueves Santo del almanaque, sólo con *todas* las flores blancas que hubo en *todos* los jardines de Sevilla.

Y debajo de aquel palio—de museo—

ejemplar estupendo de bordado de hojilla de plata al gusto del siglo XVI, cuando todavía el arte gótico no ha acertado a resolverse en el del Renacimiento... con aquel manto—copia de las platerescas bordaduras del palio mismo y complemento de él—sin más joyas entonces que un artístico puñal del siglo XVII que yo le había regalado en recuerdo de la honra que otorgado me había al aceptar el hospedaje de mi pobre morada—y quizás más que por esto, para que tuviese siempre algo mío sobre su corazón —puñal en el que engarzaron para aquel día todos los brillantes que tenían los Hermanos... encuadrada por encajes de fabuloso precio la carita morena y sevillana de Virgen de Montañés, o sea, como diría el Ali-gieri: «La faz que más se parece a la faz de Jesucristo», aquello, más que montón de flores y bordaduras, de encajes y joyas, aquello, en fin, más que «paso» de Virgen, parecía meramente una visión de el cielo de los cielos... en el cielo de la tierra.

¡Madre mía!





Regnabit a ligno Deus.

«Empapada la ardiente fantasía» en los horrores sublimes de la Pasión, había yo salido del sermón de las Tres Horas: con lo que queda dicho que era Viernes Santo.

Aquel «Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen», inefable ajustamiento al «orad por los que os persiguen y calumnian», cúspide de la moral evangélica.... aquel «Hoy estarás conmigo en el paraíso», con que premia la fé más grande que ha visto en Israel y en el universo mundo—la fé de descubrir un Dios en un ajusticiado... y sobre todo: aquel «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» que hizo estremecerse y hendirse de dolor las mismas peñas, de tal suerte se habían gra-

bado en mi memoria, que todo lo que no fuera la rumia de su recuerdo me parecía una profanación: un sacrilegio casi...

Huyendo del ruido de las calles céntricas y del torrente de mundana pompa que iba para la plaza de S. Francisco, se me ocurrió enderezar la proa hacia la calle de Reyes Católicos: y al llegar a la esquina del paseo de Colón, he aquí que veo descender por la cuesta del puente de Isabel II, claro que precedidos de la imprescindible cruz de guía, un cuerpo de nazarenos, recortando la enérgica silueta de sus negros capirotos sobre el fondo de luz y de alegría primaveral de un cielo de intenso añil, como es el que ha hecho Dios para dosel de esta tierra de su Madre... Era la Cofradía «del Cacho-ro», que venía de Triana, a su anual estación de penitencia.

Y me situé en lo ancho de la vía.

Un cuarto de hora de espera, y apareció ante mis ojos, la representación del *ecce lignum crucis*, que había oído ejecutar aquella mañana en el presbiterio de nuestra Basílica a nuestro Eminentísimo Cardinal, descalzo de pies y piernas, para más

reverente adoración al sacrosanto madero, «de donde había pendido la Salud del mundo».

¡Ecce lignum crucis!: y había visto asomar del lado allá de la línea de horizonte del lomo del puente, la tablilla del I. N. R. I. de una cruz, y los dorados rayos de unas «potencias».

¡Ecce lignum crucis!: y había asomado los brazos de una cruz con dos manos divinas en ellos enclavadas y chorreando sangre....

¡Ecce lignum crucis!: y había aparecido el rostro agónico del más bello entre los hijos de los hombres.... y un pecho, hinchado por la última aspiración de la lucha de la vida con la muerte,... y un sudario, movido y elegante, que recuerda los gregüescos de la época de los Austrias.... y unas piernas apolíneas, aunque contraídas por el dolor... y unos pies agujereados y sangrientos.... ¡el estupendo Crucificado, en fin, del Patrocinio de Triana!, a pleno aire y a pleno sol, como en el Gólgota; enseñoreándose sobre el dolor y sobre la agonía, y haciendo del palo de la maldición y de la pi-

cota de la infamia el incommovible trono de un reinado.

Regnabit a ligno Deus: cantó el Real profeta: Dios reinará desde un leño... y en verdad que no es posible traducción más justa de la frase de David, que «El Cachorro» de Triana... El Cristo del Patrocinio realmente reina.

Clavados en el cielo los vidriados ojos, en que ha querido poner el escultor, realista hasta en eso, el estrabismo de la agonía, parece que llama al Padre, para en las divinas manos entregar el espíritu... ¡Unos momentos más de sed y de amargura, y todo habrá quedado consumado...!

La obediencia hasta la muerte y muerte de cruz se habrá resuelto en exaltación, y al nombre de Jesús se doblará toda rodilla en el cielo, en la tierra, en los abismos... y el que cargó «su imperio sobre su hombro» habrá empezado a reinar desde el madero por derecho de conquista, sobre la tierra, el mar, los astros, todo el mundo, lavados con su sangre:

*Terra, pontus, astra, mundus
Quo lavantur flumine*

Es el instante del Cristo del Triana: el instante culminante de la pasión: el instante, por ende, culminante de su vida: el instante supremo de la Historia: ¡lo más grande de la historia y del universo mundo!

«Lo más grande que hay en el universo —ha dicho un orador de Francia (ahora no recuerdo cuál, aunque acaso sea Bossuet)— lo más grande que existe en el universo es Jesucristo. Lo más grande que existe en Jesucristo, su sacerdocio. Lo más grande que existe en su sacerdocio, su sacrificio, y lo más grande que existe en su sacrificio, aquello en que su sacrificio consiste: o sea: la separación de los elementos de su humanidad santísima: su alma y su carne, que, al separarse la una de la otra, aunque permaneciendo unidas a la divinidad, dan por resultado el hecho de su muerte.»

La muerte de Jesucristo, que es lo más grande del universo, es el instante escultórico del prodigioso Cristo trianero.

¡Y qué modo tan divinamente sublime de «tenerse» en la cruz! No cuelga: está. Su cruz, más que patíbulo, parece trono, y más

que reo proscrito, parece rey triunfante. ¡En verdad que no es necesario conocer a David, para columbrarlo Dios, reinando desde un leño! El Cristo vence; el Cristo reina; el Cristo impera: dice el «paso» del Cachorro en mitad del puente de Triana.

Unido con la tierra por el asta de la cruz, clavada en ella, el alma que se escapa de sus cárdenos labios lo une al cielo: es «la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo»... Por eso tiene los brazos abiertos: para abarcarlo todo, *sive quae in coelis, sive quae in terris sunt in ipso*: todo lo de los cielos y todo lo de la tierra, porque todo está en él.

.....

¡Alma de Jesucristo, próxima a separarte de su carne en el Crucificado anónimo de Triana! ¡Alma, que te separarás de la carne, porque así el Verbo lo quiera—«yo soy quien da la vida y nadie me la arrebat»!— ¡Alma, *repleta malis*, saturada de amarguras de desengaños, y emborrachada en hieles de ingratitudes, anda: apártate de una vez de esa carne sacrosanta, exprimida en la

cruz como se exprime el racimo en el lagar!

Exhala, Jesús mío, ese grito que bulle en tu garganta moribunda, como señal convenida con la muerte para que se cebe en tí, y vuela, ¡vuela al seno del Padre, como beso del mundo redimido al Dios que lo creó para su gloria!

¡No más fatigas, no más sudores, no más negros desamparos, ni por parte de Dios, ni por parte de los hombres... ¡comience de una vez el triunfo inacabable del Apocalipsis, *quia occisus es* porque moriste!

Pero no: ¡unos momentos más todavía, para que reines sobre Sevilla, desde ese leño, como desde él reinaste en el Calvario sobre todo el mundo, con ese cielo de primavera sevillana como dosel de tu trono; con estos naranjales en flor y estas acacias floridas como escabel de tus plantas; con la púrpura real de tu vertida sangre, acusando el desnudo de tu cuerpo; con la corona de espinas de la realeza de tu dolor, como el hijo de David con la con que lo coronó su madre en el día de sus desposorios; y en cada mano un cetro... ¡aunque de hierro

y de hechura de clavo! *Intende prospere procede et regna...* A reinar por las calles de Sevilla en esta tarde del Parasceve.

Y tu, artista inmortal, que concebiste en tú mente creadora con una de esas divinas intuiciones del genio el Cristo de la Expiración de Triana y con gubias que nadie ha superado lo trasladaste a la madera: descansa en tu obra. ¡No importa que no haya en Sevilla una calle con tu nombre, ni se sepa quién eres!: te basta con haber sido todo lo grande, todo lo genio que fuiste, para de esa manera tan acabada haber hecho ver al mundo con la suprema belleza del Rey del dolor, la tremenda majestad del Dios, crucificado. Esa es tu obra: la realeza por la cruz: la apoteosis inefable del dolor y de la agonía, sobre el negro pedestal del infamante leño en donde reina desde há ya veinte centurias, el que por su cruz reinará con reinado que no tendrá fin por los siglos de los siglos.

Regnabit a ligno Deus.



Hagamos Patria.

En Sevilla, gracias a Dios, no hay que hacerla, por la sencilla razón de que está hecha.

Gallarda prueba de ello ha sido la espontánea y unánime, formidable y avasalladora, delirante y frenética manifestación de amor, que brotó anoche en la Plaza de San Francisco, al aparecer en medio de ella, detrás del «paso de Virgen» de la cofradía de Monserat, la Enseña roja y gualda de la Nación Española.

Divisarla toda Sevilla, congregada allí, y levantarse y descubrirse ante ella como un solo hombre, todo fué uno. Y aplausos estrepitosos, de esos que dejan doloridas las

manos, y vivas ensordecedores, de esos que dejan enronquecida la garganta, aclamaciones y vítores a la Patria y al Rey, al Ejército y a Sevilla, a las Cofradías y al «orden», resonaron como la «voz de muchas aguas» de la frase apocalíptica, hasta dejar lastimado el tímpano del oído; ahogando y no dejando percibir los compases majestuosos y solemnes, hieráticos y augustos de la Marcha Real Española, pedida a voz en grito por el pueblo y ejecutada luego por la banda militar, que daba escolta al «paso» de la Virgen.

A vista de aquel desate de patriotismo, la Bandera cambió de lugar y pasó a la presidencia del «paso» de la Señora... Y la Bandera y la Virgen; la Patria que nos ha hecho españoles, y la Madre del Calvario, que nos ha hecho hermanos de su Cristo y por ende, hijos de Dios, fueron reverenciadas con un mismo saludo; ovacionadas con un mismo aplauso y amadas «hasta lo último», con un mismo movimiento de nuestro corazón de Hijosdalgos, al par que de Hijos de la Mujer que mereció tener a Dios por Hijo.

Sevilla estaba sedienta de protestar de algún modo contra la cobardía y la impiedad, la inhumanidad y la barbarie, ocurrida durante la madrugada anterior, en las Gradadas del relicario de su Catedral, sin rival en España; al pie de su Giralda, sin segundo en el orbe y durante el edificante desfile de la Cofradía del Señor del Gran Poder: el Cristo de los aristócratas... y de los corraleros, de los ricos y de los pobres, de los artistas y de los devotos... el Cristo, solución de todos los problemas de todas las casas y paño de lágrimas de todos los dolores de todas las madres... ¡el Cristo, cuya capilla es un propiciatorio que no se desacredita nunca, y cuyo Poder, más que Grande, Infinito, viene siempre en auxilio de todo el que le invoca!... Lo de *exauditus pro sua reverentia*, que dijo del Hombre Dios el Apóstol a los hebreos: «escuchado por derecho propio», lo ha visto siempre Sevilla «ejecutado por Dios» en el Señor del Gran Poder. Por eso se le ha acercado siempre, usurpando las palabras del leproso del Evangelio: *Domine; si vis, potes me mundare*: Señor, si quieres, «puedes» lo que te pido.

Pues bien: a la Cofradía de esta Imagen, y al grupo de señoras agradecidas al Señor, que le siguen anualmente por nuestras calles durante la madrugada del Viernes Santo—¡a ese grupo de hijas y de novias, de hermanas y de madres, cada una de las cuales es la heroína de un drama del hogar, cuando no de una tragedia que Cristo solucionó a maravilla con su Gran Poder!—a ese Cristo, repito, y a ese grupo fué el artero y cobarde, impío y sanguinario golpe del sin entrañas, que se vendió como Judas, para condenar a muerte, como Pilatos a Cristo, a toda Sevilla entera... siquiera la metralla de su explosivo no lesionara más que a un pobrecito hermano de una orden religiosa, que en medio de los horrores de su mutilación, todavía da «gracias a Dios de que sea él y no un padre de familia el que haya escogido la Divina Providencia, para víctima de la catástrofe y hostia del holocausto...» ¡Cómo se parecen a Cristo los que son de Él..!

Y pregunto a Sevilla: a Sevilla, la de los hombres «masculinos» y la de las mujeres, todas «feminidad». ¿Podemos tolerar que siga adelante esta campaña—porque esto es

una campaña—contra lo que constituye la manifestación más esplendorosa de nuestra fe, y la prueba más elocuente de nuestro amor: «nuestra Santa Semana Santa», como me decía días pasados en un hermoso autógrafe «una Sevillana ausente», lectora de *El Debate*? ¿Nos cruzaremos de brazos ante... cuatro indocumentados, demolidores de lo que está en la médula de nuestras costumbres, viniendo a ser la más legítima de nuestras glorias como pueblo, y la más mimada de nuestras aficiones como individuos? ¿La Semana Santa de Sevilla, a merced de cuatro «golfos» que salgan vociferando— ¡bomba! ¡bomba!— como ayer, para sembrar la alarma, y tras la alarma, el pánico, y tras el pánico, el hambre para Sevilla entera y plena, porque la Semana Santa de Sevilla, que es la fe, y es el arte, y es la hermosura, y es la piedad, es a la vez «el pan de sinnúmero de casas de familia»?

Las Cofradías son el pan del productor de cera y del cerero; del cargador de «pasos» con su capataz a la cabeza, y del pobrecito acólito que carga con el cirial o bambolea el incensario... De ellas come el carpintero

que construye la peana, el tallista que talla los respiraderos y el dorador que los dora... el broncista que hace la candelaría, los candelabros de cola y los varales del palio, las varas de mando y las bocinas, los faroles del «paso» del Señor, el inri y las cantoneras de la cruz... De ellas vive el comerciante que vendió el terciopelo para el palio o el manto, las insignias o la túnica, y el bordador que lo tomó por su cuenta y que da de comer a tantas casas de familia, cuantas son sus operarias, que tienen que velar desde antes de la Purísima..., el joyero que cuajó de brillantes las potencias del Cristo, o que forjó y repujó y cinceló la corona de oro y el puñal para el pecho de la Virgen.. el que cuida las flores para venderlas y la infeliz «que arquila un parmo de terreno, pa ganarse honrámente un bollo e pan, con media ocena e siya»...

Pan para la del puesto de calentitos, para el vendedor de globos, para el aguador, y el expendedor de tortas y pestiños, avellanas y altramuces, para el que pregoná estampas del Señor del Gran Poder y de la Virgen de la Esperanza, o vocifera la lista de las Cofra-

días con sus horas y el libro de saetas, nuestras Cofradías son un río de oro que gastan los que pueden y que *siempre*, SIEMPRE, SIEMPRE, va a parar a la casa del pobre y del jornalero..., a la del cochero de punto y a la del mozo de estación; a la del músico y a la del camarero de hotel... a la de la lavandera y la planchadora de túnicas; a la del zapatero que hizo el zapato o las sandalias; del pasamanero que hizo el cordón, o del... (no sé qué nombre tiene) que cortó y pegó con engrudo el «macho» del capirote.

Es la ocasión de que el artista venda sus cuadros y el comerciante sus recuerdos de Sevilla—panderetas pintadas, palillos con cintajos y madroños, acuarelas baratas y cencerros pintados con asuntos taurinos...— los días en que se quedan tambaleándose las alfarerías de Triana, vendiendo a precio de oro sus pintorescos cacharros y sus azulejos de luz y de iris, que antes han sido jornales de infinitos operarios... La fecha en que hacen su agosto el hostelero y el proveedor; el cicerone y el anticuario; el dueño del agua-ducho y el amo del café; el sastre y la modista; el peletero y la entoladora, que de cua-

tro guñapos que usted le dé, le «degüerve una mantilla, que quita como er sentío». ¡Con decir que sé de una casa comercial que ha hecho de abanicos en estos días dieciseis mil pesetas «más» que el año pasado!...

Confiteros y vendedores de bocas y canchales, de cajetillas de fósforos y de gaseosas: cuantos vivís del comercio o de la industria, sabed que está en peligro el pan de vuestros hijos: defended como se defiende el derecho a la vida, lo que es el gran puntal de vuestras casas. ¡Es vuestra hora de la que depende todo vuestro año! la fecha en que España y Europa y América y el mundo, a cambio de una sonrisa y un clavel y sobre todo: a cambio de «una seguridad absoluta de que están en manos de un pueblo de caballeros», nos visiten y nos amen... y de camino nos enriquezcan. ¡Sevilla sin su Semana Santa es pueblo muerto!

Se impone, pues, que Sevilla mire por sus prestigios ante el mundo y por su pan para dentro de casa: y que esos cofrades que tanto aman a sus Cofradías, defiendan a

piedra y honda esos vivos pedazos de su alma de sevillanos.

¿Cómo? haciendo el vacío, ¿qué digo haciendo el vacío? acorralando con la fuerza avasalladora de los números, a «los que han tomado por contrata» despojarnos de lo que es el alma de nuestra alma y vida de nuestra vida: a los que, como los miembros del Sanhedrín al Nazareno divino, han dicho, señalando a nuestra Semana Santa: «reus est mortis»; reo es de muerte.

Si yo fuera alguien en este mundo,—pero la cosa es que no soy nada—yo me atrevería a proponer a toda Sevilla en masa un acto de resonancia universal, en protesta de esta campaña demoledora: campaña que tendrá que resolverse, y esto necesariamente y a muy breve plazo, en un gemido de dolor, como el de Jeremías: «los caminos de Sión lloran, porque no hay quien acuda a las solemnidades»... ¿Quién va a venir, esperando una bomba?

Este acto resonante de viril protesta pudiera entrañar dos partes. Primera: en el día de la Santa Cruz una solemne fiesta de desagravio a Jesucristo en su imagen del Gran

Poder, conducida al efecto a la Santa Iglesia Catedral, por todos sus cofrades a cara descubierta, con representación de todas las Cofradías, para que allí, donde ha sido la ofensa sea el desagravio, donde ha sido el pecado sea la reparación, y ante la misma Imagen precisamente, intentada atropellar y destruir, reedificar los muros de la Jerusalén de esta Semana Santa que se bambolean al empuje satánico y homicida de los que no pueden ver con buenos ojos que Sevilla crea, que Sevilla rece, que Sevilla ame.

Segunda parte de mi programa: un desfile de toda Sevilla en la tarde del mencionado día de la Cruz. por delante de una gran bandera Española, a los acordes de una Marcha Real Española, ejecutada a la vez por todas las bandas militares que hubiese en la ciudad: así, para enardecernos a la vez en amor patrio y en amor cofradiero, y al pie de nuestra Bandera, creer en nuestro Dios, amar a nuestra Patria, defender a nuestro Rey, identificarnos con nuestro Ejército y protestar que somos del orden y de la justicia, que condenamos y anatemat-

zamos la coacción, la tiranía y la barbarie, y que no consentiremos jamás ni nunca que se nos apuñale con mano sacrílega el corazón y se nos venga a escupir saliva y veneno en las mismísimas niñas de nuestros ojos.

¡Sevillanos, por vuestra Semana Santa, a la que llaman por ahí «Semana Santa del universo mundo»! ¡Ricos, por vuestro decoro! ¡Pobres, por vuestro pan! ¡Cristianos todos, por vuestra fe!

En manos del Excmo. Ayuntamiento, genuino representante del pueblo de Sevilla, pongo la idea. Su Excelencia, que tan bien sabe velar por el esplendor y los intereses de este gran pueblo confiado a su custodia, dirá si esto que desde mi retiro y oscuridad me atrevo a proponer es pensamiento traducible en hecho, o... «aegrisomnia», desvaríos de un demente.

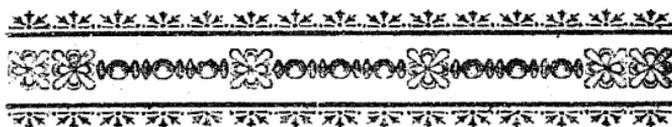
Sevilla, Sábado Santo de 1919.

NOTA: Y ahora hagamos historia:

Aeogida con el mayor entusiasmo la idea que antecede por el Emmo. y Rvmo. Sr. Cardenal

Arzobispo con su Cabildo Metropolitano; por el Excmo. Sr. Alcalde y Ayuntamiento de la Ciudad; por el Hermano Mayor de la del Gran Poder con sinnúmero de hermanos de la misma, cuyas tarjetas, cartas y telegramas conservo, y por Sevilla entera, que desfiló por esta casa a manifestar su adhesión al pensamiento, la Mesa de la Hermandad, por razones que ni entonces discutí ni ahora discuto, tuvo a bien acordar que no saliera del templo la sagrada Imagen.





“Grand Hotel”

—¿Y a ónde, hermanito de mi arma, si lo tengo tó ocupao? ¿Qué quedrá una, sino aprovechá estos día, y ganarse honrámente un bollo e pan, ¡con lo carísima que están las susistencia y lo largo que es un año!?... ¿Qué quedrá er ciego, sino ve?

Pero las casa, hijo, no son de lástico, ni las persona, muñecos e sorpresa, que los pué tené una metío en una caja sin cabé, (y sinó, miá tú er sarto que pegan, cuantito se le jurga a la tapaera) y una gota, que no es na, jace rebosá ar vaso... ¡De moo, hermanito, que no pué sé!

En la sala der barcón, un matrimonio de

Aracena... con dos niñas casi mocita y un zagá de unos cinco o seis año... Er matrimonio, en la cama de Vitoria, las dos niña en un catre, y el niño... ¡po en un baú!... Le he quitao la tapa, que la tenía arrancá de cuando nos muamo la otra vé, (porque siempre se ha dicho que una muá es un fuego) y adentro der baú le he puesto dos armojás anlugá e corchón, y las naguas e la estufa, pa que se tape.. ¡Po my contentos que están, y diciendo que se quean jasta ferial!

Po en la arcoba, una madre, ya de edá, con dos hijas ya mujere, lo cuá que son de Bormujo: las tré en una cama de a cuerpo y las sillas e rejilla por to arreó, porque son mú grandables las tré y con mú güenas carne, especiá la más chica de las hermana, que ¡malegrara que la vieras comé! ¡Es que es más jonda, hermanito, que un resentimiento de familia!... Po tienen que entrá ellas primero, como tú comprenderá, y cerrá la puerta de cristale: lo cuá que le he tenío que poné unos visillos der periódico de ER DEBATE, que lo compra tu tío los má e los día; y alospué entra er matrimo-

nio de Aracena... y se acabó tó el lao de la calle. ¡Miá qué lástima! ¡Sala y arcoba!

En er cuartillo der corredó, otro padre, con otro hijo mocito, que viene a ve si lo coloca en los tranvía... Y una hija mocita (por cierto mú chulita la muchacha). ¡Po en er güeco de la escalera, en un catre que me ha emprestao mi Dolore, y er corchón de mis hija, con una armojá que le he engeminao de un delantá de tela de corchone que me dió meses pasao la señorita Concha!... ¿Funda?... ¿Pa qué? ¡Toas esa son complicacionel

En er cuanto del lavaero... po un «so-mié» encima de los lebrillo, pa dos muchachos de Dos Hermana, uno de ellos ahijao de tu tío y el otro primo suyo, lo cua que quizá se arregle con tu prima Lola, que si no fuá por eso, ya los hubiá yo espotricao, porque están de barde... Y encima de la cardera con dos tabla y al anafé der plancheo por cabecera, ¡po tu tío, que er pobre se aviene a tól...

Y dirás tú:—¿Y ustede?—Po nozotra, hijo del arma, es deci: ellas, encima de la

mesa der comedó con una manta ebajo, como los capuchino, y las piernas arrecorgan-do, como si fuán las bambalinas e un palio, porque la mesa es corta como tú sabe. Y yo... ¡po ebaje e la mesa jago la rosca como los gato, pa si tienen los güespe que entrá y salí, que no tengan que andá con tropezone! ¡Ande, dime tú, hermanito, ánde los meto, como no sea en... la cárcel!... ¡Lo cuá que quien debía está en la cárce era yo, que, en vista der negocio del año pasao, no he tomao una casa mayó, y no este canuto e caña, que tiene una que está en pié lo mismo que las abuja en los arfiletero.

La comía es lo que menos me apura a mí, ¿sabes tú?: porque en habiendo agua caliente en las casa, er cardo der puchero no hay ninguna escritura notariá pa que esté más claro o más espeso; y si es er café, lo mismo: que cuando está mú cargao, hasta irrita... Después e tó ¿qué sabe er cuerpo lo que se le echa? y no se debe de sé gastrónomo y los pobres meno... Lo peó, hermanito, son las cama... ¡y con las desigencia que tiene tó er que paga un pupilajel... Lo primerito que le exigen a usté son sus sábana y su cobertó...

unque no tengan corcha: sus güenas armojás, y quien dice sus armojás dice ¡su palangana!... ¡¡su palangana!! y quien dice su palangana, dice lo e más allá... que no semos cuerpos glorioso, y una noche cogía por punta tiene muchísimas hora...

De moo, hermanito de mi arma, que lo lamento tantísimo, porque basta de media vé que tú estés por medio... Yo, si lo pagaran bien, aunque no fuá má que pa taparle la boca a tu tío, ¡po jaría un defuerzo, y aunque fuera me echaría un jierro en la cara para servirtel... ¿Cuántos dices tú que son?

—Po otro matrimonio, con uno niño de tres o cuatro año, y una niña e mantilla... Ellos, aunque coman por su cuenta, lo cuá que traen un canasto a tente-bonete de tó lo que Dios crió, porque pa traé de tó, traen jasta tortillas e bacalao y una orza con pestiños..., ellos lo que quieren es encontrá ande quearse y que sean gente güena y de concencia que no le vayan a robá una noche jasta er cielo de la boca. Ellos están dispuesto a pagarlo bien ¿sabusté? ¡No son gente que arreparan en reá más o meno!... Ellos, por lo que yo le he oío decí, están dis-

puesto a pagá, aunque sea un duro diario por los cuatro. Ahora: que e semenesté que saque usté argo pa mí; que tós semø hijos e Dio, y er que sirve de intrépete en un negocio é semenesté que no dé gorpe en barde.

—¿Y vienen por mucho tiempo?

—Po lo meno, lo meno, jasta po el lao allá de feria.,.

—Totá: ¡catorce día!

—¡Chipél! De moo que catorce duros ¡por lo menol, no hay quien se los quite a usté...

—De moo que sin comía, un duro por los cuatro... ¡Voy a eso!... Semenesté, hijo mío, que den argo má!... Siquiá a razón de dos peseta por cá unol.. Hay que vé que tengo que jacé mis gasto pa recibirlo, aunque tenga que comé de mis carne, como quien dice... De ponerlo, como los pienso de poné en er comedó, que es lo que quea, ¡po tengo que jacé aunque sea de vegetá, un corchón pa la mesa: ¿qué meno? ¡Le añairé unas sillas pa... ¡Oye! ¡Es é mú arto...

—Mi cuerpo, por ahí, por ahí ..

—Po le añairé, aunque sea un cajón e tabaco, que le pía a la estanquera der Posti-

go... aunque alospués de día lo suba a la azotea. Al niño se lo espositaré en la tader baví güerta ar revé... y a la niña... ¡y eso digo! ¡Ande se la coloco, Dios eterno! Con ellos en la mesa no pué sé, porque tó lo má que tendrá de ancho es una vara... De moo, hermanito, que miá tú que confirto tan atró!

Lo de meno es nosotra, tus primas y yo, porque acá semo de familia y podemos dirno a la puerta de la calle y sentarno en el lumbrá y pasarnos la noche, aunque sea acertando divinanzas.. ¡Aquí la dificurtá mayó es encontrá ánde acostá esa criatura, aunque sea semenesté comprá una zalea!... ¿Ves tú?... ¿Otro gasto!

Porque en la mesa no cabe. Ebajo de la mesa con el hermano, la tapaera der baú es mu estrechísima y me la pué ajogá ¡y miá tú qué cargo de concencia tan regrandísimo!... Así es que no pué sé, y créete que lo siento... (Gran pausa).

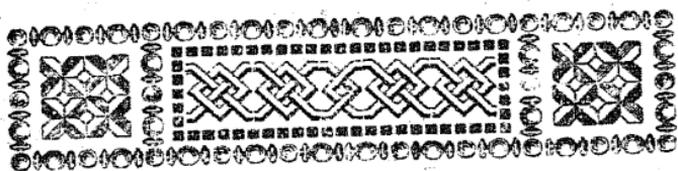
Una cosa me se ocurre, pero que nó es por el interé, sino por servirte y porque basta de media ve que diga la dotrina:

«dar posada ar pelegrino», y aunque ellos no sean pelegrino, son forastero, y en los der paí está—aunque yo sea de Ecija—sé hospitalario con los que «nos visitan», como dicen los periódico... Así es, que disle que sí: que se puen vení endeje esta noche: y ya lo sabe: ¡a razón de dos pesetas por cabeza, aunque a la niña no le ponga na más que una!... Yo me vardré de mis traza pa jacerle una cunita, que ni pa la hereera de un marqués... (Piensa) ¡Justo!... ¡Cabá!... ¡Con razón dice el reflán que más hace er que quiere que er que puede!... ¡Nal ¡que se vengán!...

—¿Y ande la va usté a epositá, aunque mar pregunte?

—Po... en er macetón de la cá, que es entrelargo... Se lo lleno de serín... le plantifico encima su zalea... ¡y er Niño de Dió era Niño de Dió, y durmió en un pisebre!... ¡¡Contra, con las desigencia!!





El "Cicerone"

—¿Caballero?... ¿Caballero?... ¡Servidó!...
¿Gusta er señó que un servidó acompañe ar
señó y le enseñe ar señó Sevilla y sus moru-
mento?... Si quiere er señó que le enseñe er
carné ar señó... ¡Po a la orden!...

Este es er patio de los naranjo: ¿sabustér
(digo) ¿sabe er señó?... Se llama de los naran-
jo, por que aquí no verá er señó na má que
naranjo... dulce, ú agrios; pero naranjo.. Lo
cuá que esa pila que está ahí er medio tié
un mérito atró, porque en ella se bañaban
los moro, ante de entrá a oir misa, porque
esto era su ilesia protestante.

Ese púrpito es pa er sermón de dotri-

na que se predica tós los año tar día como er Domingo e Dotrina... lo cuá que han predicao endeje é tós los santo, que vea er señó en el armanaque (1) cuando andaban por er mundo...

La nave der Lagarto... Esa vara, la vara de la justicia... Ese freno, er freno der caballo de San Fernando, ¡lo cuá que era rey!... Ese cuerno, er cuerno de un güey, que estuvo el animalito acarreando titita la piedra é la catedrá, y, cuando reventó el animalito —Dios lo tenga en su gloria— los señores Canónigo corgaron er cuerno ahí, pa que sirva de ejemplo a titito los animales que-rencioso... Ese lagarto que ve ahí er señó, era un lagarto que había por estos arreore, que se comía toas las mañanas cien doncella, y San Jorgue cuando vino pa la niguración de la ilesia de la Caridá, que por eso se llama capilla de San Jorgue, lo mató endeje encima der caballo y los señores Canó-

(1) Alude al hecho histórico de haber predicado en él San Vicente Ferrer, el Beato Juan de Avila, el Venerable Contreras y el Beato Fray Diego de Cádiz.

nigo lo corgaron tambié, pa que sirviera de escarmiento.

Esa puerta que ve ahí er señó es de la biloteca colombina... porque acá llamamo biloteca a toas las habitacione atestás e libro... y alospué a ésta le llamamo colombina, porque tititos los libro, que ve ahí er señó, ¡po los trajo Cristóbar Colón cuando vino de la Habana!... ¡Otavía güelen a la brea de los barcol...

¡La Catedrá!... ¡La ortava maravilla!... ¡Misté qué nave, misté que nave! Po toas las cinco que tiene son iguá de larga!...

¡El Artá Mayó... con toa la vía der Señó y tó el año cristiano, jecho de burto... que por eso arremata con er Señó en la crú! Un millón de andilugencia tié concedía por un cachillo e creo que sé le reel!...

La Capilla Reá, ande está er cuerpo incorruerto der Rey San Fernando, ahí en esa urnia, jecha de plata a martillo... y ahí abajo en esa cirta los resto de Don Pedro er Crué y de Doña María la Padilla... ¡Habrá oío er señó hablá de ella? Po parmó la infelí, cuando le llegó la hora y ahí está mascando tierra .. ¡No semos naide!

¡La Sacristía Mayó! Ahí están toas las alhaja: pero e semenesté sacá un permiso, y es jasta un contra Dió de gástá dos peseta pa no ve na. Lo mejoncillo que hay es la Custodia de un tar Juan de Arfe, y pa eso la pué ve er señó de cuerpo presente cuando pásemo polante er morumento, que otavía no se ha quitao.

¡Er sepurcro de Colón!... llevao a cuesta por los reyes mago... que por lo visto eran cuatro anluga de tré... Este, er San Cristoba de la Catedrá, que ¡cudiao con el hombre, la estatura que tenía!...

¡Er Morumentol... ¡Po titito é de arriba abajo está pintao a brocha por Murillo!... ¡Había que ve cómo pintaba aquel hombre y los güenos materiale que gastaba!... ¡De aquí!... ¡Butizao en la Madalena!... ¡Ya se murió!...

Esto, cuando tié que ve y que explicá es pa Semana Santa, cuando se jace la ceremonia de la vesila.

Sale der coro er Señó Canónigo, Dirnidá de Sorchantre, y sube al artá mayó, a ondeá de acá pa allá una bandera negra con una crú colorá... tanmientra están cantando víspera...

Eso es porque en la Ciudad de Jerusalén, ¿sabusté? siempre que llevaban a ajusticiá algún reo, iba un señó Canónigo llevando la bandera, por que era en los tiempo de la inquisición y aquí ha queao la costumbre y se jace la ceremonia los día de los arreore de la Samana Santa... ¡A mí es cosa que me imponel!

A esto le dicen er San Antonio...! Tamie de Murillo!... ¡El hombre, por lo visto, tamie pintaba cuadros! Tienen tan oscura la capilla, porque dieron los pájaro en vení a aporsarse encima de la mesa creyendo que era de verdá; y entonce los señores Canónigo, ar ve que estaban echando er cuadro por ahí, con lo iscremento, po han puesto esa cortina tapando la ventana, lo cuá que no se ve na... Si acaso, ye llamaré a un peón, que venga con la llave de la capilla y escoorra la cortina, aunque haiga que darle una pesetilla pa café... ¡Son padres e familia los infelice!... ¡Tú!... ¡hombre: jar favól...

Po ya aquí, poco hay que ve... ¡Si quie er señó que váyamo a la Arcaza!...

... ..
¡Er Patio de Banderá!... asín llamado, por
que aquí las ponían a secá.

¡El Arcázal!... Obra de los Reyes moro...
Na má que San Fernando los echó fuera pa
ciento y un día y se queó aquí a viví .. A la
muerte del santo, los hereero se la vendieron
a Don Pedro er Crué, que fué el que jizo er
baño de Doña María de Padilla... A lospué
lo veremos en los jardine...

Esta mancha que ven aquí los señore, que
parece de jierro, po e de sangre!... De la
sangre de un hermano de leche der Rey Don
Pedro er Crué, que se llamaba Don Fradi-
que... Tuvieron unas palabrilla, dicen, hija
de la confianza... y el Rey Don Pedro lo man-
dó matá, que no arcanzó ni er santolio...
¡Pronóstico reservado!...

¡Er salón de Embajadore, con toa la
corte celestía, pintá en er techo!... Esos
barcone, de las habitacione de los Reye,
que son ahora los dueño... Eso no se pué
ve, na má que con un permiso.

... ..
¡Er Patio de las Doncella! porque ahí se
pagaba er tributo de las cien doncella...

jasta que vinieron los cantonale, y dijeron que qué iba aquí jugao...

¡Ese, er Patio de las Muñeca!... Se llama de las Muñeca, porque... un... día... ¡ejem! ¡ejem!... ¡ejem!... se cayó un porrazo en é la reina mora, y se dislocó la dos muñeca, que por poquito si se las parte, ¿sabusté?... ¡Le iban a poné er Patio de las Roillas, porque se las jizo porvo del roillazo que pegól... pero alospué pareció más bonita la nombra-día de er Patio de las Muñeca, y se le queó er Patio de las Muñeca...

¡Los jardine!... ¡El estanque... con sus peces e colore!... ¿No ha oío decí er señó «ría-se usté de los peces e colore»?... ¡Po de ahí dimana!... Estas dos mannolia las trajo Colón de América en dos maceta, y ér mismo la sembró; lo cuá que al istantito tomaron la tierra, y mire el señó cómo s'han puesto...! Ese es er baño de Doña María Padilla..., na má que está mú oscurísimo y no se pué entrá...

Er pabellón de Carlos V. Aquí dice la historia der Padre Mariano que se venía por las tarde a tomar er té... hasta que dió en maleá del estómago, y se tuvo que dí a to-

má las aguas de Marmolejo ar convento de..., ¿cómo es la nombradía, Curro del arma?... Ello es cosa de tela... ¡Ah, sí! ¡ar Monasterio der Yute!...

Esto, cuando tié que vé es cuando se le da la llave a los juegos de agua y empiezan a salí chorros, por toas parte... ¡un chaparrón pa arribal...

—Po ahora, si le parece ar señó, lo mejó es que tomáramo un coche, y mos íbamo a la casa e Pilato, ¡que eso sí que tié que vé! ..

¡Tú, Anrique..., A la casa e Pilato, y ya estamos allí!...

¡Qué quieres! ¡Semenesté jacé en er mundo de tó! Son días de ganarse cuatro cuartos honrámente, y aquí me tienes e guía endeje antié! Yo no me apuro por na, ¿sabe? Y, como, después e tó, son forastero, po se le dice lo que le parece a uno, y argunos ni rechistan...

A vé si los engatuso pa llevarlos a Itálica, y entonce te avisaré con er coche, porque basta de media vé que séamo der

mesmo barrio... Con eso tú me dice por er camino cuatro cosa, porque yo no he dío nunca y no sé pónde empezá... ¡No hay allí una plaza ande jaca la utosia?

—¿...?

—Sí, hombre; ¡er firteatro!... ¡Po a bien que no suena mucho!...

.....
 ¡La casa de Pilato!... Palacio gótico de la época de Luí XV..

Estas cuatro estatua son cuatro diosa de una religión que se llamaba er paganismo, porque se pagaba tó: de moo que allí er que debía, pagaba, y en pá... Que otavía ar que paga... ¡po le llaman pagano!

En la meseta de la escalera está er gallo de la Pasión... y edentro de la capilla, la columnia de los azote... ¡Es un palacio mu güeno, y hecho a tó lujo!... ¡Tenía el hombre mucho parné!

—¿...?

—Po er mismo nombre lo dice. Porque la jizo Pilato... Al hombre no le gustaban los hotele, ¿sabusté?... Y como era mú aficionaísimo, ¡vamo: que le gustaba mucho la Semana Santa y ferial, po se venfa tós los

año, allá por los reore der Carnavá, y ya no había quién lo echara, jasta que pasaba er Corpu... ¡Tamié venía argunos año pa la procesión e la Vigen e los Reye; lo cuá que n unca se iba, sin su güen cajón de yemas e San Aleandro.





“El año cristiano.”

Recordarán nuestro amigos de *El Debate* —y si no lo recuerdan, se lo recordamos ahora— que salimos hace un año *camino de la caseta*: «lo cual que» por habérsenos atravesado en nuestra ruta el temible grupito de damas postulantes de la Fiesta de la Flor, nos gastamos con ellas el dinero que llevábamos y consumimos en un sermón sin paño sobre el modo de prenderse la mantilla, el fósforo que teníamos reservado para el perjeño de la «silueta».

Mas, como quiera que el amigo que nos había invitado a su caseta se picó de lumbré y se resintió de muerte por lo que en-

tendió que era un desaire por nuestra parte, hétenos este año de Cristo de 1919, dispuestos a llegar, así sean manadas de lobos carniceros las que nos salgan al paso... ¡Hay que desagraciarlo a todo trance!

Porque lo que constituye el principal encanto de la caseta de nuestra Feria, es la franca hospitalidad, rayana en culto, que se otorga a todo amigo que entra, o simplemente que pasa por el paseo. Aquella hospitalidad de los Patriarcas de la Biblia, que salían al encuentro del peregrino; lo adoraban, frente en tierra; le lavaban los pies; cocían en su honor un amasijo y asaban un ternero, cediéndoles para dormir el más confortable pabellón de la tienda de campaña, es tortas y pan pintado para la hospitalidad que en la caseta de nuestra Feria se usa a todo pasto.

Allí hay siempre de todo: desde una mecedora en que sentarse, hasta una borla de polvos con que darse una mano de gato las señoras... Un globo, u otro juguete para los niños... ¡Hasta un rincón estratégico para los pobrecitos novios!

La cosa es que esté el dueño—y está de

cuerpo presente en la caseta, dure la Feria lo que durare—y que éntre un amigo dentro de su tabernáculo.

El amigo que nos ocupa es llamado por todos los suyos con el mote o remoquete de «El Año cristiano», siquiera me haya tocado a mí, como parte más débil, cargar con el mochuelo de la responsabilidad por la imposición del nombrecito.

Es la criatura más buena que come pan: tan cristiano, por un lado, y por otro, tan fiel observante de todas las ritualidades del almanaque de Sevilla, que no han encontrado nombre más propio que ponerle.

Por Pascua, ya se sabe: su Portal de Belén o su Nacimiento, con su zambra de panaderetas y zambomba, su pavo y sus turrónes. Por Reyes, sus regalos a sus hijos debajo de la almohada... y los nenes tienen ya su bigote y las nenas sus novios.

Por Carnaval, su almuerzo de huevos con chorizo y sus poleadas de postre.

El Miércoles de Ceniza, su ceniza de mano de su párroco, su ayuno a rajatabla y su *vieja*, representando la Cuaresma, con sus seis piés y su zoquete, colgada en el come-

dor, debajo del cuadro de San Cayetano... Sus torrijas desde el Domingo de Ramos, en que estrena hasta el gato de la casa... Sus natillas el Jueves Santo y su arroz con leche el Viernes... Su comunión pascual «en familia» el Domingo de Resurrección, con el almuerzo en que no puede faltar ni la sopa del puchero, ni el jamón en dulce. Su postre de pasteles todos los domingos y su gran bandeja de yemas de San Leandro todos los días de Santos, así sea la cuñada de la criada, que está en el pueblo, quien esté de días, y su almuerzo en el hotel o en el restorán el día del Corpus, después de la procesión...

Primero falta el sol en su carrera, que él con toda su prole en la velada de San Juan, claro que consus buñuelos, y a la bajada del puente de Triana, el día de «Señá Santa Ana», con su atracón de sandía en un puesto de ellas en la calle Betis... y antes dejará de rezar el santo rosario en familia todas las noches— con asistencia del novio de la niña, si ya entra en casa—que omitir él su veraneo en una de las playas de por aquí, durante los rigores caniculares... su vi-

sita al cementerio el día de los Difuntos, y su paseo en coche de todo lujo por la orilla del río el día de la Purísima.

Su balcón es el primero que se cuelga dicho día y el último que se descuelga el día del Corpus... Es de las Conferencias de San Vicente de Paul y habla de cofradías todos los días del año, durante media hora por lo menos. Yo lo quiero con todo mi corazón, aunque le queme la sangre.

De donde sacarás, alma devota, si un sevillano, de esta cuantía en su sevillanismo podrá omitir ninguna de estas dos cosas: vestirse de nazareno, siquiera un día de la Semana Santa—él es de los más edificantes de la del Silencio—e instalar su casilla en el real de la Feria. . y ya, una vez instalada, prescindir dentro de ella del más nimio y menudo de todos los pormenores de casa y boca.

—¿Manzanilla?... ¿Jerez?... ¡Lo que usted quiera!... ¡Pida usted por esa boca!...

Y aquello es un surtidor de líquidos topacios en «cañas» de aire sólido, con sus «tapas» correspondientes—nunca se sirve en rústica—de jamón, salchichón, langosti-

nos, estén a la altura a que estén las subsistencias; pues para eso lo hay, gracias a Dios, y para no hacer las cosas como se debe, se queda uno en su casa, haciendo marquetería...

— ¡Tú! ¡Otra botella!

Allí las avellanas, los turrónes, los cocos de la Habana y las castañas de Marañón; les alfajores, los dátiles y las bocas de la Isla, alternando con los barquillos y almendrados que vende el barquillero transeunte, o con la copa del ¡riquillo helao! que pregona al pasar el tío de la garrafa, vestido de Don Tancredo... claro que sin perjuicio del aguardiente matutino, «bucólica» *Alborada* con acompañamiento de buñuelos con chocolate... sin menoscabo del almuerzo a su hora competente, en que se extrema la nota del rumbo y el esplendor; de su comida formal a las ocho o las nueve de la noche y su opípara cena de fiambres, entrada la madrugada... ¡Viva el lujo y quien lo trujo!

— ¡Pero hombre!.. ¡Tánto regalarse el pico...

— Pues mire usted, don Juan: pues lo hago ¡por culto a la justicia!

—¡A ver!...

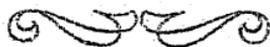
—Sí, señor: todas estas cosas buenas que Dios cría y que cría para el hombre, ¿por qué no hacérselas disfrutar a mi familia y a mis amigos, tan buenos como son? ¿Vamos a hacer a Dios el desaire de no tomárselas, y que se las tengan que comer solamente sus enemigos?... Usted, que tanto talento tiene, estudie la cuestión: y verá usted cómo un padre cristiano como yo, y un amigo cristiano como yo, no puede «en conciencia» hacer otra cosa... ¡Tú!... ¡Tráete otra botella de manzanilla, con unos langostinitos, para estos señores, y un café u otra porquería por el estilo para el Señor Lectoral! ¡A ver!

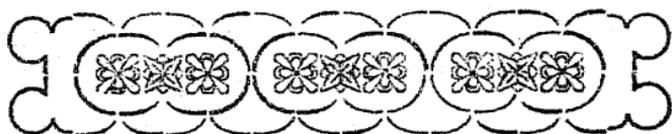
Pero como el hombre, diga lo que diga el materialismo, ha nacido para cosas mucho más altas que comer y beber—el hombre no es simplemente un tubo digestivo—como el hombre, y con el hombre la mujer (a lo menos en Sevilla y en días de Feria) trae a la historia más trascendental misión, lo primero, primerito, que se instala en toda caseta «rectamente ordenada» es... un piano. Las niñas y las amiguitas de las niñas, los niños y los amiguitos de los niños, se traen

sus castañuelas, o palillos, como los llamamos por acá, desde luego adornados de cintas de los colores nacionales rematadas en cairelcs, y se empieza a bailar sevillanas, manchegas, peteneras, boleros, vitos, desde que el rubicundo Apolo se asoma por los balcones del oriente el primer día de Feria, hasta... que vuelve a hacer lo propio y mismo y por balcones idénticos, el día después... ¡del último día de Feria!... ora hayan sido tres, ora hayan sido cuatro, ora hayan sido cinco... y «así sucesivamente»... ¡Bien por la resistencia activa! No siempre ha de ser pasiva.

Y ahora caigo en la cuenta de la bronca que me aguarda, cuando venga esta «silueta» en *El Debate* y caiga en manos del «modelo»... ¡Dios me coja confesado!...

En fin, ¡a Roma por todo, y tal día hará un año, siquiera *no cristiano!*





Tragedia doméstica.

I

—¿Qué es eso, hijo de mi arma?

—¡Ná!

—¡No! Na, no... ¡Tú traes argo, pero argo mu gordo, pa vení con esa cara!... ¿Qué te ha pasao?

—¡Ná!... Que Federico... ¡Ay qué desgracia tan grande!.. ¡Ay!

—Federico, ¿qué??

—¡Ná!... Que se fué a subí en un tranvía, en la puerta la Macarena...

—¿¿¿Y qué???

—¡Ná!... ¡Que se fué a subí, y... ¡Pero no

se asuste ustedé ni se dijusel... ¡Ay! ¡Ay!
¡Ay!...

—¡Por er Santísimo Sacramento del Artá, Dios y hombre verdadero, principio y fin de todo lo criado!... ¿Qué le ha pasao a tu hermano, pa esos llanto?... ¡¡Habla, por Cristol!

—Ná: que pegó un rebalón y le pasó el tranvía poncima y... ¡¡le ha cortao las dos pierná! ¡Pero no se asuste ustedé, no se vaya ustedé a poné mala y sea peól!... ¡Ay! ¡Ay!

—¡¡Ayyy! ¡¡Aaaayyy!!! ¡Centraña de mi corazón y de mi vía!... ¡Pino de oro, que no había otro en er barrio!... ¡¡Más güeno pa su madre que... el hijo pródigol!... ¡Lucero de la mañana, con las dos piernas cortás por vitaliciol!... ¡Ay qué desgracia tan grande, Señá Santa Ana y Padrecito mío der Cachorro!... ¡Y... ánde está!... ¡En el hospítal! ¡No verdad?... ¿Y por qué te has venío, so mala sangre, y no te has queao a la vera de él? ¡No te da pena, judío, hereje...

—Porque me lo dijeron a la bajá der puente y dije, digo: ¡Vy a prepará a la probecita mi madre, pa que no se asustel!

—Po güeno: quéate tú aquí, que este

mostrao mardecío no se pué queá solo ni en lo que canta un gallo.. ¡Yo iré, si e semenesté, a la fin der mundo, jasta que dé con é, vivo o muerto!... ¡Yo! ¡Tu madre de tu arma, mi corazón! ¡¡La que le duele la muela!! ¡La... ¡Pára, tranvía! ¡¡Páraa!!...

—¿Pero sin mantón, ni ná?

—¡¡Güena esty pa mantón!!...

II

¡Ay, hijo de mi centraña!

—¿Qué le pasa a ustedé, señora?

—¿Qué quiere ustedé que me pase?... ¡¡La desgracia más atró que le pué pasá a una madre!!... ¡Un hijo! ¡Un hijo como er só der medio día, con veintitrés año, mi corazón, que se quea una esmorecía de lo guapo que é, en vispera de casarse, y de jacé mu regüen casamiento, me lo ha cogío un tranvía en la puerta e la Macarena y ¡le ha cortao las dos pierna, por semejante sitio!...

—¡Ay, no me lo diga usted! ¿Y cómo ha sío eso?

—Que se fué a subí mi corazón. Se rebalaría con argo que habría en la calle, le

pasó er tranvía poncima y misté qué aguilando er que me se entra por las puerta er primer día de Feria de Abri... ¡Por Dió, condurtó, no pare usté!... ¡Por sus hijos e su arma, se lo pío a usté en roillal... ¡No pare usté na má que en la Madalena, pa bajarme y tomá un coche que me lleve al hospítá y traérmelo a mi casa al arma mfa, o morir me allí con él... ¡Espejito de mis ojos!... ¡Alegría de mi casa!... ¡Si te viera er probecito de tu padre, que tantísimo te queria, jecho un esportón de carne!... ¡Una misa! ¡Una misa peña de limosna, y escarza, por las calle, a Jesú der Gran Podé, como sarga con víal... ¡Sentao en un carrillo lo quiero pa que yo no le farte ni gloria, mientras tenga remos su madre pa trabajál... ¡Qué doló y qué sentimiento: en la fló de la vía jecho cachitos, como pa arbóndiga! ¡Aaayyy!

III

—¡Federicooo!... ¡Federicooo... ¡¡Centraña de mi centrañaal... ¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy!
¡¡Aaaaay!

—Oiga: ¡qué escándalo es ese, ni qué

manera de llorar?... ¿Es esto, acaso, la dehesa de Tablada, o una casa de orden, donde se debe entrar con compostura?... ¿Qué se le ofrece a usted?

—¡Mi hijo, mi Federico! ¡Vé a mi hijo, esté onde esté! ¡Ar más esgraciaito de los hombre!... ¡A ese infelí, que ha cogío y estrozao vivo er tranvía e la Macarena!... ¡¡Por los clavos e Cristo, déjemusté entrá!!... ¡Soy su madre y es mi hijo, y lo tengo que ve, y aliviá, ¡hijo mío de mi arma!, aunque hubí que resistí una carga a la bayoneta! ¡Centraaaaa!... ¡¡Mi corazooooon!!...

—Aquí no ha entrado hoy ningún herido ni ningún lesionado por el tranvía!... Usted está mal informada, por lo visto.

—¡Pero si ha dío a decírmelo otro hijo que tengo, que se llama Manuel

—¡Pues se lo habrán llevado a otra casa de socorro! Aquí, desde luego, no.

—¡Eso es pa no dejarme entrá, y que no escandalice! ¡Pa que me vaya!... ¡¡Pa que me vaya, y no me quée ni er consuelo de cerrarle los ojo!!.. ¡¡Por lo que usted más quiera en este mundo, cabayero!!... ¡¡¡Por sus hijos, si los tiene, déjame usted entrá, por

Dió!!... ¡Hermana!... ¡¡Por caridá!!... ¡Usté que es Hermana de la Caridá!!... ¡Dile usté a este güen hombre que se ponga en razón!!... ¡Que tenga en cuenta que una es su madre!... ¡Usté, que contimás y mucho será la Superiora, jágame esa caridá!... ¡¡Por la Virgen de los Reyel!!

—Mire, señora, que lo que le ha dicho el portero es la verdad. Aquí no ha entrado hoy ningún herido... Es más: ni se ha sabido, tan cerca como estamos de la parada de la Macarena, que haya pasado ningún percance... ¡Oiga, Muñoz!: lléguese en un saltito a preguntar, a ver si ha ocurrido algo de lo que dice esta señora... Ande... Véngase conmigo. Siéntese un rato en la portería y serénese usted... ¡Ya Dios Nuestro Señor querrá que no haya sido nada!...

Usted, Sor: haga la caridad de una taza de tila, calentita, con un poco de agua de azahar...

¡Siéntese, hermana!...

¡Confíe siempre en Dios!...

¡El sabe mejor que nosotros lo que nos conviene, y no permite que seamos afligidos más de lo que podemos!...

IV

—¿¿...??

—¿¿¿¿...????

—Que allí, gracias a Dios, no ha pasado desgracia ninguna, ni ese es el camino el Puerto.

—¿Lo ve usted, señora? ¡Eso ha tenido que ser una mala inteligencia!

—¡Pero si es otro hijo mío quien me lo ha dicho! ¡Lo cuá que se lo dijeron a la bajá der puente, porque acá vivimo en Triana, por el lao allá e San Jacinto!...

—¡Nada!: ¡una falsa alarma, gracias a Dios!... Vuélvase usted a su casa, que, como haya pasado algo, ya le avisarán a usted...

—Pues quéese usted con Dió, y usted dispense.

—Pero ¡tome la tila! ¡Que está muy excitada!

—¡La cosa me parece que no es pa meno!

—¡Deje!... ¡El agua de azahar!... ¡Traiga! ¡se la enfriaré!

—¡Hija! ¡qué regüena seil! ¡Dió se lo pague a ustedel!...

V

—¡Mannué! .. ¡¡Manué!! .. ¡¡¡Manuéeeee!!!
¿Ande demonio se habrá metío?... ¡¡Manué!!

.....
Oigasté, señá Rocío: ¿ha visto usté a mi hijo Manué, por una causaliá?

—Pa er Monte de la calle Pureza van los do: é y el hermano, con los corchone y los catre en un carrillo.

—¡¡¡Mardecía sean su estampa!!!... ¿Vaya que es pa la papeleta de los toro?





Piropos de Feria.

Altura: un metro, treinta. Anchura: por ahí por ahí.. Hacía recordar la frase de los libros de geografía «aplanada por los polos y ensanchada por el ecuador». Y envuelta en su gran mantón de Manila.... catalana, con cada floripón en el bordado de colores, del tamaño de una rueda de sandía, y arrastrándole los flecos de complicado enrejado, va la Maestra Pastora, que no cabe por la calle de las casetas.

—¡Miá, nene: échate a un lao!

—¿.. ?

—¡La tinaja pa la cá!

.....

—Oisgasté, niña: ¿esos diquele son los de usté, o es que se ha traío usté a la feria los ojos der puente de Triana?

—¡Ay la niña! ¡que paece un bicho e armeja,....

De eterna juventud como Ninón de Lenclos, lleva sus cincuenta y siete años, sobre todo por detrás, como ya quisieran muchas llevar los veinticinco.

Por delante, es otra cosa: pues la maldita pata de gallina le llega hasta el nacimiento de las pintadas canas y lo fofo y descolgado de los carrillos le forma como dos pape-ras al lado de la barba. Ni lo tupido del velillo que anuda en el sombrerete de juvenil hechura, después de enmascararle la faz de repintado pergamino, basta a corregirle la partida de bautismo.

Pero, amigo, por detrás, éche usted garrideces en el talle, garbo en los movimientos y majestad y elegancia en todo el continente. Vístala usted ahora de seda cruda, con ancho cinturón color magenta, y cóbjela usted con risueña sombrilla de maña-

na, y a ver si hay en el real muchas que le hagan aire.

Uno que la había seguido entre apretones y codazos, pues se le escurría y escapaba entre el gentío, logra al fin darle alcance, por junto a la rifa de las Escuelas Católicas. La mira de arriba abajo por delante y le dice por toda galantería:—¡Ole, y bien por... la experiencia!... ¡La experiencia es la madre de la ciencia! Por juguetes pa los nietos: ¿no verdá?....

.....
—No pase usted por el puente de Triana.
¡no pase usted por el puente de Triana!

—¿!....??

—¡Porque la van a afeitá, y va a sé peó!.... (1)

.....
—¡Miá qué ojos, que paesen dos puñalás en una estera!

{....!

—¿Tú se los ves?....

.....
—
(1) Suele haber a la subida del puente de Triana barberos al aire libre para el servicio de arrieros, carreros, gente marinera, cosarios y demás transeuntes.

Se había vestido de largo aquella misma Semana Santa. El jueves cabalmente, para los oficios de la Hermandad de la Caridad, a que pertenecía su padre. Pequeña de estatura y cenceña de carnes, lo infantil del vestido de *chermouse* crema, estrecho hasta la exageración y corto en demasía, hácele parecer aún más pequeña y enjuta; contribuyendo a ello lo desafortadamente grande de la peineta de rubia concha y lo amplio de la mantilla de amarillenta blonda Gallaruzá.

Parece por la calle de San Fernando, camino de la Feria, una frágil porcelanita del Retiro, andando por sus pies... una linda damita de marfil, desprendida del varillaje de un abanico de la época del Imperio.

Va del brazo de su padre, chocho y bicaído, y con razón, con lo hechicero de la criatura, y que, grande, como el San Cristóbal de la Catedral, robusto como lo era de nacimiento y rechoncho y panzudo como pone la madurez, afina y empequeñece con el contraste, la deleznable y frágil y punto menos que aérea silueta de la muchacha.

Un chusco de buen gusto los vé venir.

Se encandila ante cosa tan bonita y tan sutil a un tiempo mismo, y tirándole el sombrero de ala ancha a los menudos piés, que pudieran calzarse con pétalos de lirio, le dice este piropo:—¡¡olé, y viva lo endeble!!

—¿De qué torre se habrá escapao esta lechuza?...

—¡Nena!... ¡Nenita!... ¿Quié usted jasé er favó de desirme con qué mira usted?...

—¡Adiól! ¡Otra cupletista!... ¡Asín no se encuentra una cosinera, po un ojo de la cara!... ¡Es mucho abusá der género!...

—¡Po con que se hubiérais queao en er lugá, eso íbamos ganando! ¡Lástima de dinero gastao en er billete!... ¡Menos má, si es de ida y güerta!...

—¡Miá que narise, que paesen un garbanso con dos picaural!...

—¡Po no crea usted, señoral! ¡Er que es car-

vo es porque quiere!... ¡Hay muchos específicos pa er pelol...

—¡Descubrirse, señore!... ¡Er pendón de Castillal...

—¡La prosesión de los güeso!...

—¡Miála en su coche, y otavía me debe a mí los turrone é pascual...

—Oigasté: ¿eso es un vestío o una na-güeta de armao? ¡No cogerá usté zarpa por er real...

—¿Quié usté ponerse rica, metiendo gafas e contrabando? ¡Dió, que narisel...

—¡Ay la niña!... ¡Que paese er palo é un consul ¡Arrecógete, mujé, esa mantillal...

—¡Güen mantón... pa empeñar!...

—¡Míralas!... «¡Las españolas pintadas por sí mismas!»....

—¡No todas tienen doncella!...



—¡Ay!... ¡Gracias a Dios que mejora sus horas!...

—¡Arretíratel... ¡Arretíratel... ¡El orgullo de Arbacetel!...

—¡Feilla, pero con grasia! ¿No verdá?..

—¡Las de Tomares, las de Tomares! Doña Tula con sus cuatro retoños, camino de la caseta del Círculo de Labradores. ¿A dónde irán esos cinco esperpentos...

—Dí mejor a dónde no irán: porque lo que toca ir, van a toas partes.

—Por cierto, chico, que se han tocado el arca. La Popó, de amarillo con mantilla de madroños... De celeste, con mantilla de blonda negra, la Lulú. De blanco, con mantilla de casco, la Mimí, y de rosa, con mantilla blanca, la Fofó.

—¡Concurso de mantillas, por lo visto!

—Déjame, que voy a hacerle a la madre una pregunta... Usted perdone, señora.

—No hay porqué.

—¿Todas esas cuatro niñas son de usted?

—Servidoras de usted: sí señor.

—¡Conque las cuatro!... ¡Pues siento mucho decirle a usted que me parece, ¡me parece!, que tiene usted ahí niñas pa rato! ¡Si nó, a la fiesta iremos!...



Sevilla, 26 de Marzo de 1920.

IMPRIMATUR:

† Enrique, Cardenal Arzobispo de Sevilla.



INDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA	V
Deuda flotante	1
Turismo	9
Culto interno	17
El respetable público.	27
La Catedral	37
La Camarera.	45
«El señor ese»	55
«El convidado de piedra»	65
Héroes anónimos	77
Preparativos.	85
«La Amargura»	95
Amor... Amor	101
La Saeta	111
Caminos de Dios	125
La Virgen «mía»	135
Regnabit a ligno Deus	145
Hagamos Patria	153
«Grand Hotel».	165
El «cicerone»	173
«El año cristiano»	183
Tragedia doméstica	191
Piropos de Feria	199
